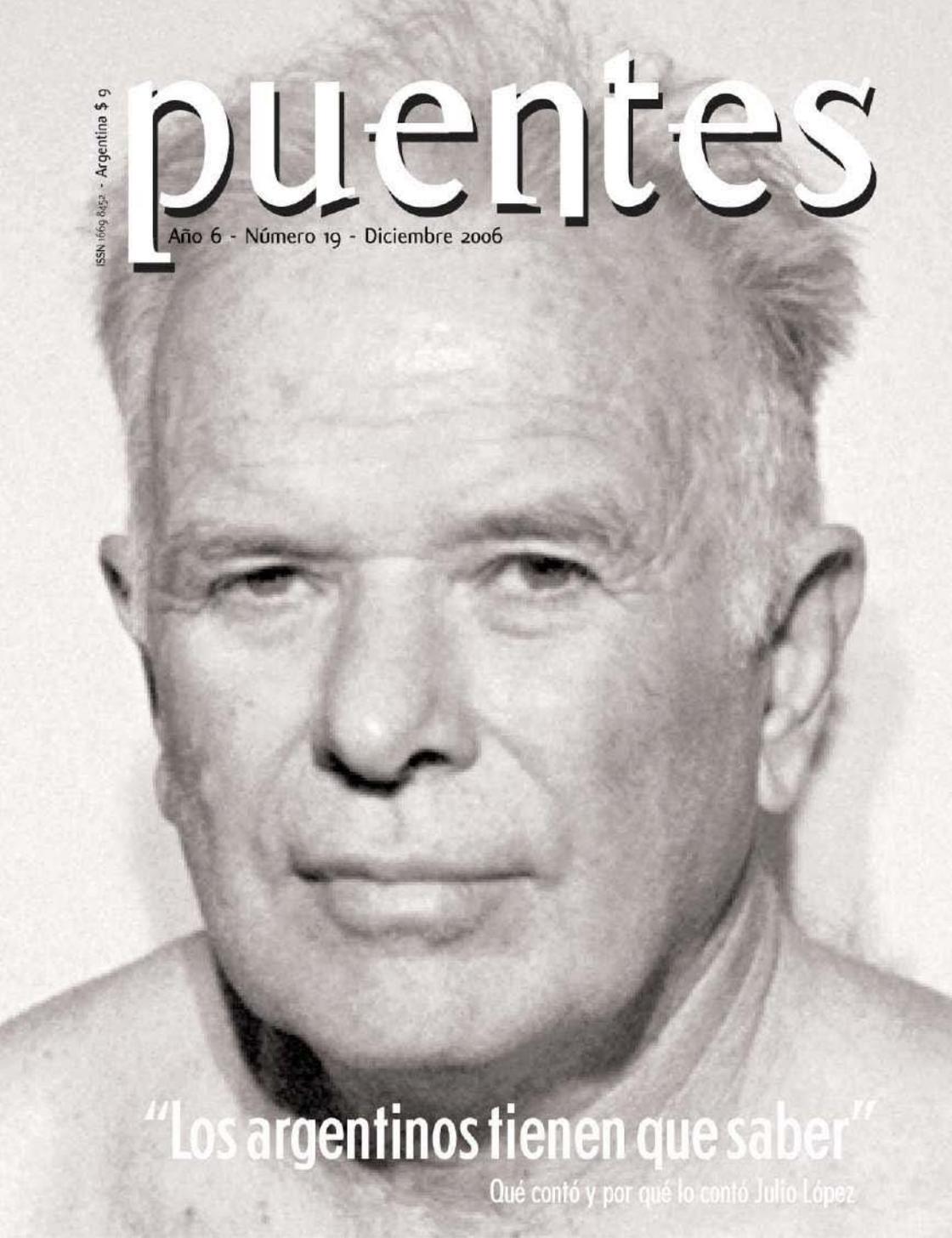


ISSN 1669 8372 - Argentina \$ 9

# puentes

Año 6 - Número 19 - Diciembre 2006

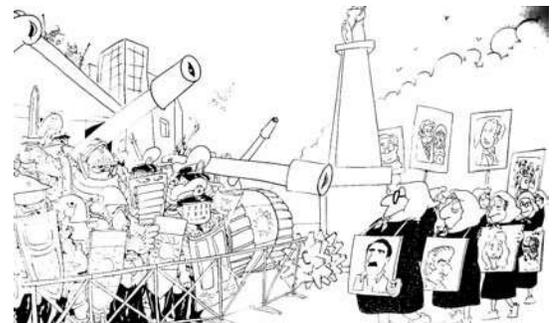
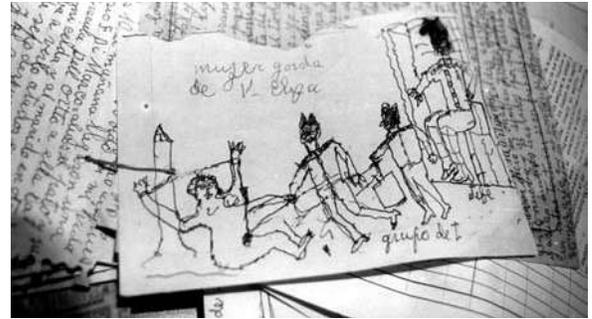


“Los argentinos tienen que saber”

Qué contó y por qué lo contó Julio López

# sumario

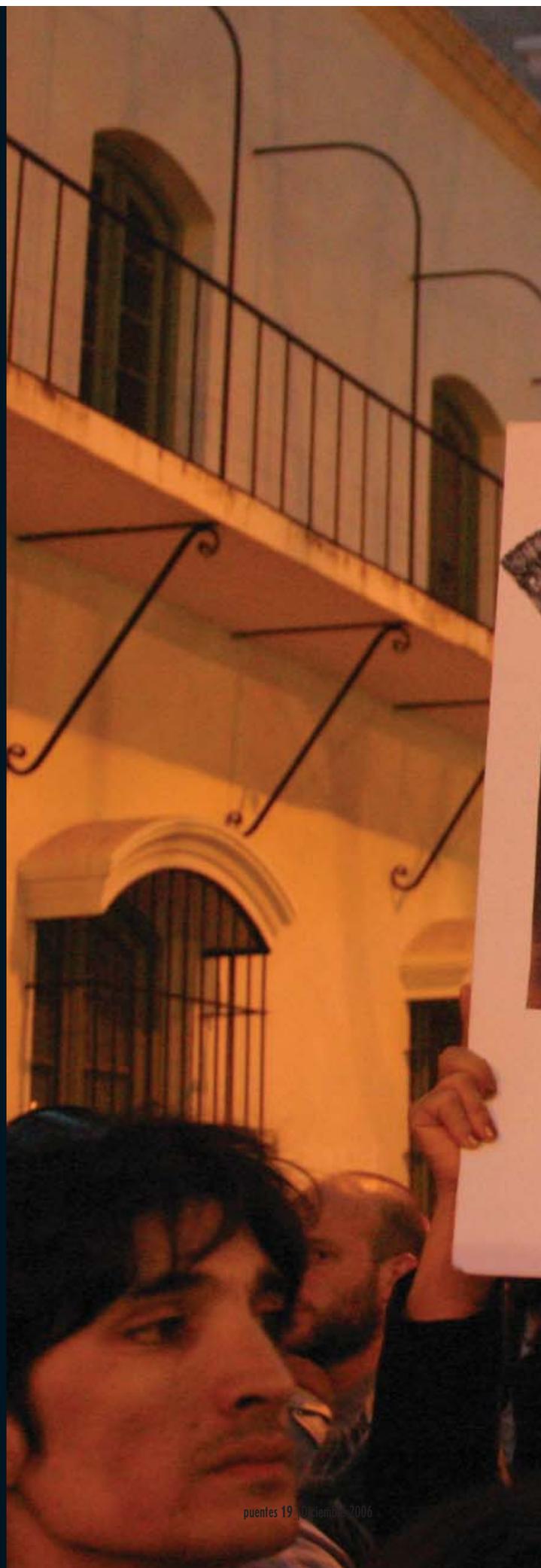
**6.** Lo que sabemos. Por Paula Bonomi, Ana Cacopardo, Ingrid Jaschek y Juan Bautista Duizeide. **10.** Única solución: profundizar la justicia. Por León Rozitchner. **12.** Entrevista con Mariana Paz de Marco, hija de Patricia Dell'Orto y Ambrosio de Marco, fusilados. "¿Viste esas mantas que hacés con retacitos?". **14.** Entrevista con el juez Carlos Rozanski: "Como un espejo roto". **16.** La memoria colectiva. Entre la resistencia y la gubernamentalidad. Por Alain Brossat. **22.** ¿Libertad para los enemigos de la libertad? Por Leigh Payne. **28.** Memoria militar: entre héroes y traidores. Por Valentina Salvi. **35.** El 24 de marzo según *True Peace*. Recordando con ira. Por Emiliania Mèrcere. **40.** La dictadura en el Gran Rosario. Testigos y vecinos. Por Gabriela Águila. **48.** Los exiliados argentinos en Francia. El descubrimiento de los derechos humanos. Por Marina Franco. **58.** Entrevista con Miguel Rep: "El artista es un pensador". **66.** Comisión Provincial por la Memoria. **69.** Dossier documentos: de lo secreto a lo público. Introducción por Patricia Funes. El epicentro de la violencia. Por Julio Raffo y Marcos Lohlé.



Julio López

# “Los argentinos TIENEN QUE SABER”

Un trabajador. Un militante. Un hombre común en circunstancias extraordinarias. Una víctima del terrorismo de estado y a la vez un testigo incómodo. Alguien que vio la cara del monstruo y prometió dar testimonio ante sus compañeros de martirio. Su desaparición, tras haber declarado en el juicio contra el ex-comisario Etchecolatz, es de una enorme gravedad. Confirma que los genocidas acechan y no están solos. El único camino para terminar con el miedo pasa por profundizar la justicia, desbaratar la impunidad y “buscar a López hasta debajo de las piedras”. Para eso, la ciudadanía debe movilizarse y el estado continuar con la política de juicio y castigo a los culpables de genocidio. Escriben y opinan Carlos Rozanski, León Rozitchner, Ruben López, Mariana de Marco.



CON  
VIDA



X  
A

APARICION  
CON VIDA



JORGE  
JULIAN  
LOPEZ

# Lo que SABEMOS

Entrevistas Paula Bonomi, Ana Cacopardo,  
Ingrid Jaschek

Textos Juan Bautista Duizeide

Fotografía Helen Zout  
Alejo Garganta Bermúdez

“...por ahí me equivoco en alguna cosa, pero lo que me da la memoria es todo cierto...”.  
De la declaración de Julio López

*La madre: -¿Por qué te empeñas en revolver el dolor?  
El poeta: -Es necesario. Estamos perdidos si no lo hacemos.  
El último silencio, Carlos Alsina*

“Lo que se sabe hoy de López es que no se sabe nada”, planteó Nilda Eloy, ex-detenido desaparecida y testigo en el juicio tras el cual se condenó al ex-comisario Etchecolatz a reclusión perpetua por homicidios y tormentos en el marco de un genocidio. Por entonces habían pasado unos días del aciago 18 de septiembre en que López salió de su casa en Los Hornos para ir a presenciar los alegatos, saludó a algunos vecinos como cualquier día y no volvió a ser visto por nadie.

Lo que se sabe es anterior.

Lo que se sabe es que Julio López —de 76 años al momento de dar testimonio— había sido secuestrado de su casa de Los Hornos el 27 de octubre de 1976. Que estuvo detenido en el Pozo de Arana, las comisarías 5ta y 8va de La Plata y la Unidad Penal N° 9 y fue liberado en 1979. López trabajaba como albañil y militaba en una unidad básica de la calle 68 entre 142 y 143 con Patricia Dell’Orto y Ambrosio De Marco. El matrimonio, que tenía una beba de 25 días fue secuestrado en la casa de la familia de los padres de Patricia, una semana después que López.

Lo que se sabe es que en el juicio López contó lo que sabía, lo que le había pasado, lo que había visto: “Me sacan el pulóver amarillo y me lo atan con un alambre al cuello. Pero yo veía todo. En el operativo los reconozco a Etchecolatz y a su chofer Hugo Guallama”. Y contó lo que pasó

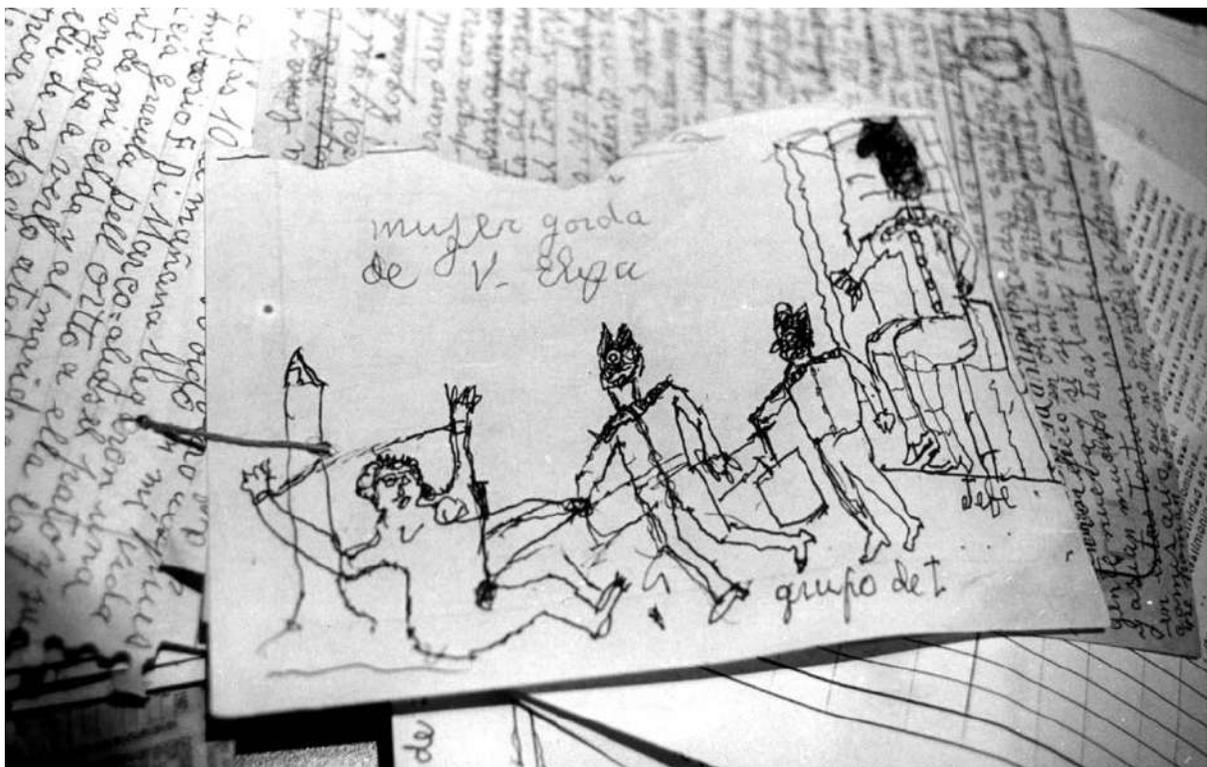
días después en Arana: “Etchecolatz, haciendo uso de valentía, dice: *Voy a felicitar al personal porque agarraron a estos montoneros (...)* Nos picanearon toda la noche. Etchecolatz no tenía compasión. Él mismo iba y nos pateaba”. Y lo que siguió, cuando llevaron a Patricia y Ambrosio al centro clandestino: “A Patricia la torturan con nosotros. Me dijo *uno de estos hijos de puta me tenía los brazos y otro me violaba*. Le habían arrancado un mechón de pelo y sangraba. El marido estaba tirado, todo lastimado”.

Y recordó la noche del 9 de noviembre de 1976, cuando tras explotar una bomba en la Jefatura de Policía, los represores focalizaron su venganza sobre los detenidos. “Cinco por uno”, los escuchó decir López. “A la noche, llegó toda la patota. Patricia me dijo: No me fallés, buscalos a mis padres y avísales dónde estuve. Dale un beso a mi hija”. Después, vio cómo sacaban de la celda a Norberto Rodas, un detenido paraguayo, y lo llevaban a un cuarto contiguo. Escuchó un grito y un disparo. Siguio Patricia. “Ella gritaba *no me maten, quiero criar a mi nenita*. Y otro tiro. Después lo sacaron al marido, que no se levantaba; así que lo agarraron entre dos. Y otro tiro más. Entre gritos, mataron más gente esa noche”.

López contó lo que vio a través de la mirilla de una puerta. Fue tajante, López: “Etchecolatz personalmente dirigió esa matanza”.

Y más, contó: cómo a los pocos días lo subieron junto a un grupo de detenidos a un camión y los “tiraron” en la comisaría 5ta, “como bolsas de papa”. Cómo les dieron de comer y pusieron una tableta de Gamexane en la celda para desinfectarlos. Y contó cómo volvió a ver allí a Etchecolatz: “Un día llega la patota y nos picanearon. Etchecolatz estaba a un costado y decía *dale, subile más, porque este gringo se me hizo el guapo con la otra máquina, que era a batería. Vos me conocés, hacete el guapo como esa noche...*”.

López, que a casi treinta años de los hechos se los



Dibujos de Julio López (Helen Zout)

relataba por primera vez a un tribunal con la posibilidad de condenar al reponsable, ofreció mostrar las marcas que todavía lleva en el cuerpo.

El juez Carlos Rozanski, quien se desempeñó como presidente de ese tribunal, destacó: "En el juicio todos fueron testigos importantes, pero no todos aportaron datos de la misma importancia. En el caso de López, se da que es un hombre grande que después de muchos años cuenta lo que

**¿Puede existir, hoy, un grupo de tareas con capacidad operativa para secuestrar a alguien sin ser visto —aun sin contar con zona liberada—, no dejar rastros y mantenerlo desaparecido pese a una búsqueda en la que están empeñadas todas las fuerzas de seguridad y servicios de inteligencia, amén de existir una recompensa de 200.000 pesos por brindar datos acerca del paradero del secuestrado?**

le pasó y da detalles. No tuvo limitaciones para hablar (...) La intensidad, la falta de freno para contar que tuvo López, sólo la tienen los chicos y las personas que han vivido situaciones tan traumáticas, que han viajado tan lejos en el dolor, que no están comprendidos por la especulación. Tienen ese mandato de contar todo" (ver en este mismo número la entrevista con Carlos Rozanski).

El filósofo León Rozitchner ha escrito: *Julio López tuvo el coraje y la persistencia, durante casi treinta años, de mantener*

*viva esa experiencia del terror vivido para que haya por fin justicia. En su persona la verdad histórica se hizo el lugar humano, insobornable, de la persistencia de la dignidad del hombre allí donde tantos de sus conciudadanos la habían perdido. Por eso fue elegido: en Julio López han querido desaparecer la dignidad más difícil y elevada que existe entre nosotros (ver en este mismo número Única solución: profundizar la justicia).*

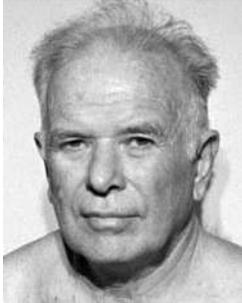
Entretanto, sabemos que López cumplió sus setenta y siete años —el 25 de noviembre— estando desaparecido.

Con el paso del tiempo, algunas preguntas en torno al caso deberían tornarse más y más candentes: ¿Puede existir, hoy, un grupo de tareas con capacidad operativa para secuestrar a alguien sin ser visto —aun sin contar con zona liberada—, no dejar rastros y mantenerlo desaparecido pese a una búsqueda en la que están empeñadas todas las fuerzas de seguridad y servicios de inteligencia, amén de existir una recompensa de 200.000 pesos por brindar datos acerca del paradero del secuestrado? ¿Investigan quienes aseguran estar investigando? ¿Tienen capacidad investigativa esos encargados de la investigación?

Cabe hacerse algunas preguntas acerca de las mismas preguntas: ¿Estos interrogantes se han generalizado en la sociedad? ¿Los medios de comunicación se los han planteado? ¿O para su lógica no es noticia que López siga desaparecido? ¿Los tiene en cuenta el estado argentino para ir reformulando la investigación a medida que pasan los días sin resultados?

Mientras tanto, López sigue desapareciendo. Cuando se

## Sobre la fotografía de tapa



Ahora miro esta foto y siento que Julio Jorge López me esta mirando. Un día posó su mirada calma, convencida, sabia, sobre mi cámara, que es como decir mis ojos. Me conmuevo y siento su presencia.

Las tomas fotográficas tienen mucho de intuición, tienen mucho de economía de palabras a la espera de un gesto donde se revelen expresiones guardadas. Y él sabía mucho de esto. Nada menos que él, que supo tanto de guardar recuerdos a la espera del momento oportuno, que supo de soledades llenas de presencias, de la certeza de poder cumplir las promesas contraídas.

Un hombre robusto y sólido. Exactamente como es él, simple y verdadero, valiente y solido. Pero a pesar de eso, diría que me transmitió su juventud, una lozanía que no tiene que ver con la edad cronológica, sino con el espíritu de aquellos que guardan un resto, porque saben que aún tienen mucho por hacer.

No me fue difícil trabajar con Julio Jorge López, por el contrario diría que es un modelo ideal, porque él sabía quién era y qué quería. No tenía imposición alguna. Era cristalino. Me inspiraba y me inspira una infinita ternura.

Ahora miro esta foto y siento que Julio Jorge López nos esta mirando. Con su mirada calma, convencida, sabia, un día posó su mirada sobre mi cámara, que es como decir mis ojos. Me conmuevo y siento su presencia.

Y siento que esta ahí, mirándonos a todos, enfrentándonos a nuestra realidad, a nuestro dramático presente, a nuestra historia. Sufrida historia Argentina que el 18 de setiembre del año 2006 fue modificada, en gran medida, por el hombre que nuestro en esta foto, el gran hombre que nos ocupa, nuestro querido compañero nuevamente desaparecido, Julio Jorge López.

*Helen Zout, La Plata, 15 de diciembre del 2006*

encontró su llavero, misteriosamente plantado a la entrada de su casa, que permanece con *celosa* custodia, los grandes diarios argentinos le dedicaron a esa provocación un pequeño artículo en página par, bien lejos de la tapa.

Mientras López sigue desapareciendo, en medio de algunos silencios estridentes, proliferaron las amenazas y las intimidaciones. Fue amenazado el Juez Corazza. Fue amenazada Isabel Chicha Mariani (presidenta de la Asociación Anahí y una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo). Fue amenazado el camarista Leopoldo Schiffrin. Fue violado el domicilio de Nilda Eloy —también custodiado *celosamente*—, quien además recibió llamadas que habrían sido cursadas desde un edificio del ejército. Y la sobreviviente de la Noche de los Lápices Emilce Moller recibió una carta firmada por tres ex comisarios de la bonaerense en la cual la increpaban.

Mientras López sigue desapareciendo, un autodenominado *grupo de resistencia republicana* habría anunciado por correo electrónico al Ministerio del Interior, a la agencia oficial Telam, a los matutinos *Clarín* y *Página/12*, que López había sido ejecutado a las 15.15 del 19 de septiembre. ¿Se trata de *carne podrida*? ¿De una broma siniestra? ¿De alguien que se montó sobre la desaparición?

Nilda Eloy: se pregunta: “¿Cómo seguimos en este contexto? ¿Cómo seguimos ante la desaparición de Jorge? (...) Costará más, se nos hará más difícil. Tendremos que vencer, por ahí algunos compañeros, más temores que los de costumbre. Pero con los juicios vamos a seguir. Es inconcebible que pretendan nuevamente negarnos el derecho a algo tan imprescindible para el ser humano como es la justicia. Tal vez lo que más duele es que todavía no se tiene una real conciencia de que esto no afecta solamente a los juicios o a Jorge o a los testigos. Esto nos afecta a todos como sociedad. Es pretender silenciarnos de nuevo, es pretender encapucharnos de nuevo. No lo van a lograr, no tan fácilmente. Y no porque sea fácil convivir con el reclamo de aparición con vida en pleno 2006. Marchar bajo esa consigna es muy doloroso, pero no es imposible. Esperamos que todo el mundo vaya tomando conciencia porque nos vamos a necesitar todos”.

Mientras tanto, lo que sabemos es que aunque pasen y pasen los días, no deja de ser 18 de septiembre, López no deja de estar desapareciendo y la sociedad entera de ser marcada por su ausencia.

Sabemos eso que dice Nilda Eloy: “la única seguridad que tengo es que no hay que bajar los brazos”.

Los testimonios usados en el presente informe, fueron realizados como parte del trabajo de producción del documental *Un claro día de justicia*. Un trabajo audiovisual de la Comisión Provincial por la Memoria que da cuenta del juicio al genocida Miguel Etchecolatz y las perspectivas que abre en la sociedad.

Ruben López

# “Mi viejo tenía necesidad de contar”

“Mi papá es un tipo trabajador que laburó toda su vida desde que vino de General Villegas. Un tipo sencillo. Muy futbolero. El tipo que se dedica a su casa, a sus plantas, a sus flores. Laburó cuarenta y pico de años en la construcción siendo albañil. Construyó su casa, construyó la mía, construyó la de mi hermano. Es una persona que sin decirlo nos recaló la cultura del trabajo”.

“Nunca nos contó de eso. Supongo que por proteger a la familia, por no hacernos daño, porque mi vieja con nosotros chiquitos sufrió mucho durante tres años. Él nos protegió. Sin decirlo es un pacto de silencio: él no nos contaba y nosotros no le preguntábamos”.

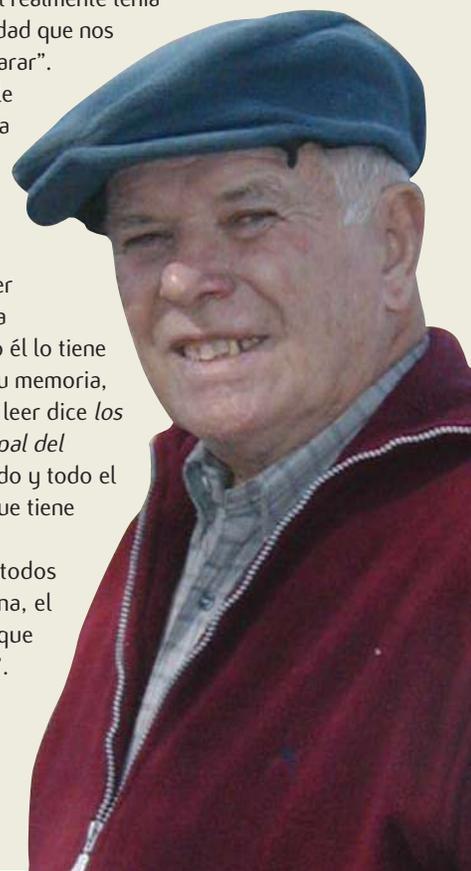
“Cuando se inició el juicio a Etchecolatz es como que un poquito más se abrió y nosotros también nos abrimos. Empezamos no sé si a preguntar, él más que nada empezó a contar algunas cosas. No comprendíamos por qué quería declarar. La familia siempre estuvo en contra, pero no porque no se hiciera justicia, sino por miedo a que a él le pasara algo. No físicamente sino en su cabeza. Comprendimos el día que escuchamos la declaración porque él insistía tanto. Cambiamos la opinión cien por ciento”.

“Escucharlo declarar a mi viejo fue muy fuerte. Escuchar lo que él sufrió y lo que él vio sufrir a otras personas. Es difícil expresar los sentimientos durante las tres horas de declaración que escuchamos. Comprendimos que él realmente tenía necesidad de contar y estuvimos apoyándolo. Y la verdad que nos sentimos orgullosos de que mi viejo haya podido declarar”.

“Él tenía necesidad de contar por la promesa que le hizo a Patricia. Él había prometido a su amiga Patricia que iba a contar lo que a ellos les había pasado y a su familia. Eso te demuestra que es un tipo que tiene como valor fundamental la amistad”.

“Mi viejo durante los últimos años lo que hizo fue cada cosa que le venía a la mente anotarla en cualquier papelito que encontraba. Por eso fue tan importante la declaración. Dio detalles de días, de horas, y todo eso él lo tiene porque lo escribió. Cada momento que se le venía a su memoria, él anotaba. Uno de los escritos que él hizo y pudimos leer dice *los argentinos tienen que saber, creo que eso es lo principal del legado que dejó mi viejo*. Ojalá llegara a todo el mundo y todo el mundo comprendiera que lo que hizo mi viejo es lo que tiene que hacer cualquier ciudadano de este país”.

“No le está pasando a mi papá. Le está pasando a todos los argentinos. Puede ser el papá de cualquier persona, el hermano de cualquier persona de este país. Yo creo que como sociedad no nos tiene que volver a pasar esto”.



# Única solución: profundizar la justicia

Por León Rozitchner

Fotografía Alejo Garganta Bermúdez

Se ha escrito en un diario de derecha, que la de Julio López es la desaparición más resonante desde la vuelta de la democracia. Ha habido también otras, pero esta desaparición es la más resonante: ha penetrado y se ha expandido con su grito mudo en el cuerpo de los argentinos. Ha hecho reverdecir de nuevo el espacio donde el terror, para inmovilizarlos, había tallado sus monstruos dentro de nosotros mismos.

El sistema que produjo a los desaparecidos subsiste ahora en las sombras: el subsuelo de las instituciones de esta democracia vuelve a mostrar su fundamento de crimen permanente. Ese pasado permanece vivo y sigue penetrando con sus actos también en otros espacios subterráneos: el terror inconsciente que trabaja en silencio en cada ciudadano.

Y ellos quieren que lo sepamos: pirograban nuevamente en el cuerpo vivo de cada uno de nosotros, ahora por interpósita persona, las marcas del horror para que no presentemos resistencia: para que en el país que ellos han destruido no se haga justicia. En este caso el nuevo desaparecido sigue produciendo el efecto que el terror busca: que no esté ni vivo ni muerto, en una oscilación permanente entre el ser y el no ser de su presencia ausente. Que seamos nosotros, para sostenerlo y pensarlo, quienes debamos darle vida: al identificarnos con el desaparecido podemos correr su suerte, compartir su destino. Y los desaparecedores del pasado de pronto vuelven a aparecer con el acto más osado y desafiante: vuelven a mostrar el rostro feroz de su existencia ahora convertida en presencia oscura y subterránea.

Este desafío no es sólo contra la población. La Argentina toda aparece desafiada por el terror: quieren mantener el poder impune de la muerte del pasado en el presente. Y por eso para enfrentarlo no es suficiente que el Estado muestre el rostro de Julio López por los medios, ofrezca una recompensa o espere que aparezca: creer que con propagar su figura dejará de ser un desaparecido. Eso no basta. Hay que evitar que el

último desaparecido sea el que anuncie los futuros.

Porque también los genocidas, al borrar la existencia de Julio López, han cambiado su modo de ser genocidas. Antes estaban visibles en los Videlas o los Masseras; ahora, invisibles, se transforman en terror mucho más insidioso. Quieren decirnos, en democracia, que siguen presentes aunque nadie sepa quiénes son y cómo existen: su modo de existencia también se ha transfigurado y su amenaza se sitúa con mayor insidia en los subterráneos y en los flecos del Estado. Si los desaparecidos no son, no existen, no tienen entidad, como afirmaba desde la nueva ontología del terror un Videla, ahora ellos, los herederos de los genocidas, son y existen en su ser invisibles: viven activos de una vida subterránea, fantasmas amenazadores aunque intangibles. Quieren que sepamos que ahora, aunque no tengan rostro, no han desaparecido. Que existen de otro modo a cómo existían antes, pero que el efecto de su amenaza y quizá de su poder están al acecho nuevamente.

Hay que hablar de Julio López de otro modo. En su ser callado, donde sin embargo se concretan de manera plena la valentía y las cualidades humanas más enteras, Julio López tuvo el coraje y la persistencia, durante casi treinta años, de mantener viva esa experiencia del terror vivido para que haya por fin justicia. En su persona la verdad histórica se hizo el lugar humano, insobornable, de la persistencia de la dignidad del hombre allí donde tantos de sus conciudadanos la habían perdido. Por eso fue elegido: en Julio López han querido desaparecer la dignidad más difícil y elevada que existe entre nosotros.

Ahora el presidente Kirchner, según lo expresa la derecha cómplice, es culpable de su desaparición por haber propiciado la derogación del indulto a los genocidas. Culpable quiere decir: usted enfrentó a los genocidas y propició que se haga justicia: que no haya olvido. Entonces usted



vuelve a provocarlos: quiere romper los límites de la impunidad de los asesinos. Eso dicen. Si se mantuviera la impunidad ante el crimen, piensan y anhelan, no habría nuevos desaparecidos: con los que ya lo han sido sería suficiente, el objetivo de vivir en una paz que prolonga el genocidio estaría cumplido: volveríamos nuevamente a vivir tontos y felices en una democracia aterrada.

Es forzoso, es necesario para ellos que cuando ese límite de muerte comienza a ser colectivamente enfrentado se nos amenace nuevamente con la desaparición de personas. Porque el capitalismo neoliberal es genocidio *normalizado*: es el desaparecedor cotidiano de la vida. El desaparecido es, en su contundencia sintética, su imagen concentrada, más veraz y tenebrosa.

Con la desaparición de Julio López quieren acallarnos, enmudecernos a todos nuevamente. Pero el sentido que encierra la desaparición, lo que ésta tiene de monstruoso, no solamente debe ser esclarecido como un mero crimen. Hay que abrir el espacio más allá del imaginario en el cual se inscribe, y que quieren que vuelva a ser cerrado en esa sola imagen. Los genocidas nos están diciendo que siguen confor-

mando, invisibles, el subsuelo tenebroso del Estado. Ése es el objetivo y la amenaza de los genocidas actualizado en el presente: renovar en cada ciudadano, como antes en dictadura pero ahora en democracia, la inmovilidad de la muerte.

Si culpa habrá por parte del gobierno será por no poner al Estado democrático en condiciones de legítima defensa. Porque ahora es el poder del Estado, de la Argentina toda, el amenazado. El gobierno como Estado y sus poderes legislativo y judicial, tanto como la ciudadanía, no pueden dejar de defenderse: profundizando la justicia.

**León Rozitchner** estudió Humanidades en la universidad de la Sorbona, París, Francia, donde se graduó en 1952 como Doctor en Filosofía. Es además Licenciado en Letras. Ejerce la docencia como profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Fue junto a David e Ismael Viñas fundador de la revista *Contorno*. Ha publicado entre otros libros *Freud y los límites del individualismo burgués* (1972), *Las Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia* (1985), *Perón, entre la sangre y el tiempo* (1985) y *La cosa y la cruz* (1997).

Mariana Paz de Marco, hija de Patricia Dell' Orto y Ambrosio De Marco, fusilados

# “¿Viste esas mantas que hacés con retacitos?”



Voces, rumores: “Lo primero que supe fue que había un hombre que había estado secuestrado con mis papás y que había visto cuando los *fusilan*. Hace 15 años de esto. Después, en el '99, cuando es el Juicio por la Verdad que él declara, él no quiso verme porque le habían dicho que me parecía mucho a mi mamá y no quería verme, decía como que le iba a hacer mal. Y yo tampoco quise verlo. Y cuando declaró ahora acá no quise venir. Nunca lo crucé. Para mí fue un alivio que no me quisiera ver porque yo tampoco quería verlo. Que es raro también porque sabés que es el tipo que estuvo con tus papás antes de que los maten y es una persona que te puede decir un montón de cosas, que por ahí está bueno escuchar, no, no está bueno... no es lindo escuchar... y no lo quería ver, no hubiera sabido cómo hablarle. Pero es una persona que estuvo siempre, por eso mismo, por ese testimonio, por el mensaje, por... Y a veces tenía la sensación, como una responsabilidad entre comillas, porque él empieza a hablar para poder contar lo que mi mamá le había pedido que diga. Porque le costaba, porque no quería hablar, porque quería olvidarse. Después por suerte terminó haciéndolo por él. Pero sentía que él empezó por mí. Sí, sí, por eso es como un compromiso, no sé cuál es el compromiso, es un compromiso con que él no esté. No quiero decir responsabilidad, porque no soy responsable, pero...”.

**El duelo:** “Es cuando me entero de que los habían fusilado. Ése es el momento. Bueno, listo, se terminó la fantasía de que por ahí te los cruzás, por ahí aparecen. Ahí ya se

supo que no. Lo que más lo completa a todo esto, lo que a mí me pasa, es lo que dice López que le dice mi mamá. Siempre estuvo esa cosa entre egoísta de decir: *¿era más importante cambiar el mundo que criar un hijo?* Todavía no sé cuál es la respuesta. Pero desde el momento ese que él nos cuenta lo que ella dice, lo que ella pide, es, creo que es, lo mejor que me hizo escuchar”.

**Ethecolatz:** “A mí los viejos me dan mucha pena siempre. Y cada vez que me cruzo un viejito así por la calle pienso, por ahí es un hijo de puta y uno le está teniendo pena y con él me daba esa sensación. Pensar que es un viejito y es un hijo de puta... ¿no? Verlo por la calle y lo ayudás a cruzar la calle y es un hijo de puta y lo demostró con lo que dijo, además de cómo lo vino demostrando siempre, ¿no? Pero eso”.

**La historia completa:** “Son recuerdos ajenos y con eso vas tratando de ubicarte. ¿Viste esas mantas que hacés con retacitos? Es un poco eso. Completa, creo, que no se va a armar nunca la historia. Porque es incompleta. Falta la parte”.

**Después:** “Me da la sensación de que siempre se habló, se criticó a los grupos de derechos humanos o de izquierda como una cosa conspirativa, está claro que no era tal sino algo real. López no está, es real. Que se sigue desapareciendo gente, que se sigue reprimiendo y que pasaron un montón de cosas... No, no.... No se tienen que bajar los brazos, no se tiene que dejar de pedir, no se tiene que dejar de salir a las calles... Así se sigue... De pedir, de reclamar, de estar”.



**AMBROSIO DE MARCO**  
**PATRICIA DELL'ORTO DE DE MARCO**  
 Desaparecidos el 5 de noviembre de 1976 en Villa Elisa



Largo camino de 30 años.  
 Ahora, tomar aire y seguir.  
 Nada termina; otra vez,  
 nuevas viejas búsquedas.  
 Con la angustia de  
 su ausencia irreparable.  
 Con la satisfacción que da  
 la justicia lenta.  
 Con el dolor y el compromiso  
 por esta nueva desaparición.  
 Con la necesidad de legar  
 la memoria y la dignidad.  
 La de ustedes.  
 La de López.  
 La de los treinta mil.

**El mensajero de un deseo**

Hace 15 años que conozco a Julio López, aunque jamás lo haya mirado a los ojos.

Las ganas de no cruzarnos fueron mutuas; le habían dicho que me parecía mucho a mi mamá y no quiso verme. Y yo no quise enfrentarlo.

Hoy siento que las piezas de la historia se unen gracias a él; que todo tiene un sentido, que él fue el mensajero de un deseo y de un recuerdo; el mensajero de tanto amor dentro del horror más enorme.

Particularmente, mi historia empieza a tomar forma después de haberlo escuchado. Le debo, le debemos, mucho. La justicia que comienza a asomar, para mis papás, para los 30.000 que no están, mucho le debe.

No puedo evitar sentirme en deuda; dan ganas de salir corriendo a buscar hasta abajo de las piedras. Hasta encontrar a Julio López.

**Vísperas**

Todos son un poco testigos, un poco *escuchas* de parte de mi historia. (Y sí, voy a hablar en primera persona, casi por primera vez; y no me interesa a quién le importe más o menos: sólo quiero compartirlo).

Nunca creí que un día como el que está por venir llegara realmente.

Crecí con vacíos; crecí con algo que sonaba a hueco cada vez que se trataba de cerrar el círculo, que se quería dar un final (si es que se puede, si es que se quiere...).

El próximo martes 19 de septiembre, finalmente alguien va a ser formalmente juzgado y condenado por la desaparición, tortura y homicidio de mis papás, Patricia y Ambrosio.

Voy a poder contarle a Francisca una historia completa. Ella va a poder crecer con justicia hecha.

Después de treinta años (¡ya treinta años!) de esperar y descreer que esto pudiera llegar (especialmente mi familia) hay un cierre, un descanso en el camino, una especie de satisfacción por haber llegado a este punto. Nada termina acá. Empieza. Empieza un nuevo camino para recorrer, nuevas búsquedas, nuevos-viejos responsables. Pero todo cambia.

Pensé que iba a ser testigo de muchas cosas. Sinceramente, nunca creí que iba a vivir esto.

Brindo por esto.

Brindo con mis papás.

Brindo con ustedes.

Brindo con mi familia y especialmente con Javi y Francisca.

Brindo por memoria y por justicia.

**Muy adentro**

...lo que pasa por la panza, lo que pasa cuando se llora con las tripas, cuando se abraza a los que se ama, cuando se siente flotar algo en el aire que no se puede comparar casi con nada...

Sentirse acompañado por los que no están, sentirse apoyado por los que faltan, sentir que los que estamos somos todo, sentir que por fin, que uno no está solo, que no estamos equivocados, que nada fue al pedo. Que se puede. Sabemos, de ahora en más, que se puede. Por nosotros, por ellos, por los hijos que tenemos y los que vamos a tener.

La sensación de parto la tuve todo el día en la cabeza; la ansiedad que sentí ayer sólo la sentí antes de que nazca Francisca. Ayer y el día en que Fran nació son los dos días que seguramente nunca voy a olvidar.

Gracias a los que estuvieron sin estar, a los que dicen sin decir y a los que abrazan diciendo.

# “Como un espejo roto”

Entrevista Paula Bonomi, Ana Cacopardo,  
Ingrid Jaschek

Fotografía Alejo Garganta Bermúdez

**Jorge Julio López:** “En el juicio todos fueron testigos importantes, pero no todos aportaron datos de la misma importancia. En el caso de López, se da que es un hombre grande que después de muchos años cuenta lo que le pasó y da detalles. No tuvo limitaciones para hablar, habló sin especulaciones. Dijo lo que pasó. Muchas personas están sacando de sí hechos de esta naturaleza, y se observa que lo hacen porque tienen necesidad de contar lo que pasó, no sólo a ellos sino al que estaba al lado. La intensidad, la falta de freno para contar que tuvo López, sólo la tienen los chicos y las personas que han vivido situaciones tan traumáticas, que han viajado tan lejos en el dolor, que no están comprendidos por la especulación. Tienen ese mandato de contar todo”.

**El juicio a Etchecolatz:** “Lo habitual en la justicia es cierta dilación, pero no tanto como en este caso. Los 25 años que pasaron sin que se llevaran a cabo los Juicios involucran a toda la sociedad, no sólo a quienes declararon, sino a todos, incluido el poder judicial. Era necesario hacer una reconstrucción con los actores que sobrevivieron y vinieron al Juicio. Yo no tuve dudas, en ningún momento, de retomar algo que no debía haberse interrumpido nunca porque no es *natural*, si bien tampoco fueron *naturales* los gravísimos hechos juzgados. Esto significó un costo social enorme que estuvo presente al iniciar el juicio”.

“En el Juicio a las Juntas se probaron distintas cosas, una de ellas, fundamental, es una metodología, un sistema para secuestrar, para matar, para dejar algunas personas en libertad para que contaran lo que pasó y así generalizar el temor. Dicho temor fue lo que hizo que se retardaran tanto los juicios posteriores. Si en aquel Juicio a las Juntas se probaron una cantidad de cosas, es sano iniciar éste planteando que lo que ya estaba probado desde antes, nosotros no teníamos que volver a probarlo. Es una

verdad. Esa verdad no se toca. En los años transcurridos la sociedad cambió. En los años del Juicio a las Juntas se vivía algo que se sabía histórico: se estaba juzgando por primera vez a gente que tenía un enorme poder. Simultáneamente, la mayoría de los que estábamos allí no sabíamos lo que había pasado, lo que teníamos eran recortes de la realidad, como un espejo roto. De hecho, los que tenían una visión más completa eran los que habían cometido los delitos y los que los habían sufrido. Nosotros tratamos de reconstruir ese espejo roto”.

**Testigos:** “Cualquier persona que tiene que ir a declarar sufre. Porque el diseño del sistema judicial así lo provoca. El testigo va a un lugar que no conoce, tiene que hablar de cosas dolorosas y privadas, frente a personas que tampoco conoce. Cada vez que declara revive las situaciones traumáticas y el dolor aumenta a niveles extraordinarios. Las Naciones Unidas hablan de protección al testigo, pero habría que redefinir qué significa el respeto por el testigo. Si yo le pido a una persona que veinte veces me cuente un hecho doloroso, aunque le sirva un té lo estoy maltratando. Ésta es una circunstancia que debe tenerse en cuenta. A mi entender es una deuda que tiene el Estado: instrumentar un mecanismo que sin violar el derecho a la defensa, no deje de tener en cuenta la protección y el respeto al testigo. El Estado no tiene derecho a producirle un nuevo daño a quien ha sido víctima”

**Organismos de DD.HH.:** “Las O.N.G. organizadas por las víctimas o por los familiares pueden ser muy positivas o negativas. Lo positivo es el aporte social, lo negativo es que al hacerse responsables de una función del Estado, éste deja de ocuparse de espacios que le corresponden. Ni las víctimas ni los parientes deben tener ningún tipo de obligación o atribución para reemplazar al Estado en su deber de investigar. Sí tienen el mandato de reclamar, pero es entendible que si el Estado no cumple con su función, las O.N.G. terminen haciéndolo”.

**Chicha Mariani:** “Todos los familiares que han tenido que emprender esa tarea de hacer lo que el Estado no hizo, tienen el motor que el Estado no tiene, que es el dolor. El Estado puede comprender intelectualmente, pero el dolor es intransferible, y eso hace que el abuelo buscando a su nieto tenga una energía que es



Carlos Rozansky, presidente del tribunal que condenó a Etchecolatz

incomparable. Esto es lo que impresiona, no sólo en el caso de Chicha Mariani sino en todos, por la obsesión en la búsqueda. Un poeta latinoamericano decía que su coherencia era la suma de sus obsesiones. En un tema como éste no hay otra manera en que se pueda iniciar la búsqueda de la verdad. Para una abuela, la desaparición de su nieta es un hecho que la afecta tanto que lo único que le interesa en la vida es el encuentro de la verdad. Lo más impactante es la ausencia de cansancio. Sólo puede no agotarse quien tiene tal nivel de sufrimiento que lo lleva a superar sus condicionantes físicos y psíquicos”.

**Genocidio:** “La conclusión a la que arribamos unánimemente es que no juzgábamos a Etchecolatz por una simple suma de delitos, sino que lo hecho por él formaba parte de algo más grande, formaba parte de un plan sistemático. No es algo que haya surgido sólo de este juicio, sino que había sido probado en el Juicio a las Juntas. Esa certeza del plan sistemático, es la que impidió a los jueces llevar esto al terreno de lo seccionado, o sea cortar un pedazo de la realidad y decir acá lo único que estamos haciendo es juzgar y condenar con prueba seis homicidios o tormentos. Nosotros consideramos que, después de tantos años, y aun con lo negativo que tuvo la tardanza, se han ido agregando elementos que trascienden una prueba puntual o un testigo, son elementos culturales. Uno de ellos es el fallo, muy importante, histórico, de la causa 44, la causa Camps, en la cual fue condenado Etchecolatz a 23 años de prisión por tormentos, si bien las leyes posteriores lo beneficiaron. No hay forma de tomar estos delitos aisladamente, tenemos la obligación de contextualizarlos. En la Argentina, la definición de a quiénes se iba a aniquilar fue hecha por

quienes los aniquilaron, las personas que llevaron a cabo este plan sistemático. Todos los juicios que sigan deberán ser analizados en el contexto adecuado, porque si no se lo hiciera así, se continuarían reproduciendo mecánicamente los procedimientos tradicionales que fueron creados para delitos tradicionales. El Código Penal Argentino no fue hecho pensando en que iba a haber 30 mil personas desaparecidas. Fue creado para delitos tradicionales, pero después de la Segunda Guerra Mundial se firmaron convenciones precisamente para este tipo de casos. Esta sentencia es el resultado de la ley. Había una deuda muy grande de la justicia, era la obligación de los jueces aplicar la ley con la verdad por delante: que hubo un genocidio cometido entre los años 1976 y 1983”.

**Los efectos sociales:** “Se abre una gama de posibilidades enorme, que va desde lo más personal y profundo, como la madre que por treinta años buscó la verdad y al finalizar el juicio dice *yo tenía una opresión en el pecho durante treinta años y se me fue*. Esto es un tema que hay que tomar, es la forma más dramática de representar el valor reparador que puede tener la justicia. Y como contraste, el disvalor que significa no haberla ejercido durante treinta años. Cuando un tribunal puede traducir una sentencia como ésta es porque no hubo condicionamientos, y esto es posible porque en el país se produjo un espacio muy particular que será necesario estudiar. Pero el hecho es que el juicio se hizo, la sentencia está y la sensación de reparación está. Trasciende lo jurídico.

El poder judicial forma parte de una sociedad, los jueces y esta sociedad tienen la madurez para generar estos espacios. Es importante verlo para que los juicios sigan haciéndose”.

# Entre la resistencia y la gubernamentalidad

¿Siempre la memoria colectiva tiene vocación de ser un medio de resistencia de los gobernados -o de fracciones de ellos- a los abusos del poder, a las violencias y a los crímenes cometidos por los gobernantes y por los Estados?

Por Alain Brossat

Ilustraciones Miguel Rep

Numerosas situaciones contemporáneas llevan a pensar que la memoria colectiva se alinea, en toda circunstancia, en las filas de los resistentes. Así, por ejemplo, en los años 80 he asistido como un testigo atento a la manera en que se fue formando, en los países del este europeo y en la Unión Soviética, toda una constelación de *medios de memoria* en torno a *lugares de memoria*, cuya interacción con las acciones directamente políticas que condujeron a la caída del sistema post-stalinista fueron constantes y decisivas. Más recientemente, a fines de los años 90, tuve la oportunidad de observar en Chile y en Argentina el modo en el cual la cuestión de los desaparecidos obraba como un catalizador de mutaciones políticas globales; no solamente de aquello que los términos institucionales más corrientes llaman “retorno a la democracia”, sino también de notables modificaciones en la relación entre Estado y sociedad, y aun más, diría con Foucault, entre gobernantes y gobernados. Asimismo pude verificarlo en Francia (esta vez en carácter de activista además de observador), con motivo de la notable movilización que se extendió a lo largo de todo el año 2001, al cumplirse cuarenta años de la terrible masacre de argelinos perpetrada por la policía parisina en la noche del 17 de octubre de 1961: la memoria colectiva y sus opciones son llamados a ser, en ciertas circunstancias, el terreno para que crezcan las movilizaciones de protesta y las conductas de resistencia, introduciendo al medio social sensibilidades políticas y agrupamientos militantes por fuera del encuadre parlamentario y la autoridad establecida. Cualquiera que visite París, podrá constatar uno de los resultados de aquella movilización: una

modesta placa conmemorativa en el Pont St. Michel, a pasos del edificio de la policía y del palacio de justicia, que inscribe sobre bronce, en ese lugar tan altamente simbólico, la memoria de aquel crimen de Estado.

Podrían multiplicarse los ejemplos contemporáneos en los cuales la memoria histórica, lejos de ser un simple *medio*, es a la vez el objeto y el operador de una serie de oposiciones altamente significativas: sociedad/Estado, poder/sin poder, los de arriba/los de abajo. También oposiciones en la dimensión moral: memoria/olvido, admisión/negativa, verdad/mentira, justicia/injusticia. En todas las sociedades concernidas, la carga afectiva de tales oposiciones resulta evidente, ya que siempre se trata de secuencias altamente litigiosas del pasado las que se forman en torno a ellas. El pasado que no pasa es siempre incandescente. Esa condición determina las opciones morales: aquellos que se activan ante la *recuperación de la memoria* —como sucede actualmente en España, con motivo de las fosas colectivas a las cuales fueron arrojados los republicanos muertos por los verdugos franquistas— evidentemente perciben esa lucha contra la amnesia y el borrado de las huellas del crimen no sólo como políticamente justa, sino también como *virtuosa*. En una configuración así, el olvido es inmoral, y la moralidad está toda entera del lado de la anamnesis reparadora, del lado del esfuerzo destinado a traer al presente el recuerdo de los vencidos.

Tal modo espontáneo de problematización de los dilemas de la memoria por la mayoría de nosotros, tanto en los medios populares como en los intelectuales, es constantemente alimentado por la propensión de los Estados, de los



gobiernos, de las administraciones y de las instituciones a borrar las huellas de los crímenes cometidos en un pasado más o menos reciente por representantes de esas mismas autoridades. Esa tendencia permanente se manifiesta ya sea negándose a considerar la continuidad de la autoridad y las responsabilidades que de ello derivan, o practicando la negación sistemática de la criminalidad de las propias acciones pasadas. Es buen ejemplo de lo primero lo que hizo durante largo tiempo la república francesa, después de 1945, respecto a los crímenes cometidos por el llamado “gobierno de Vichy”; para ejemplificar lo segundo, puede citarse la postura de los gobernantes japoneses frente a los crímenes masivos cometidos por la Armada Imperial entre 1937 y 1945 en China y sus alrededores.

Se impone la idea según la cual el olvido constituye la prolongación del crimen; en el caso de los genocidas y de las prácticas de desaparición de personas, es —en tanto que borramiento continuo de las huellas— prosecución activa y voluntaria del crimen, *perpetuación infinita*.

Sin embargo, es de temer que este cuadro sea demasiado bello para ser verdadero y demasiado simple para encarar hoy los dilemas de la memoria colectiva, comprendida en ella la memoria de los crímenes de Estado. Basta tomar el caso de Ruanda en la actualidad, para encontrarnos con un panorama bastante más complejo que el evocado hasta aquí. Sobre la cuestión del genocidio de 1993, un crimen de Estado por

**Se impone la idea según la cual el olvido constituye la prolongación del crimen; en el caso de los genocidas y de las prácticas de desaparición de personas, es —en tanto que borramiento continuo de las huellas— prosecución activa y voluntaria del crimen, perpetuación infinita.**

excelencia, si bien estuvo implicado un sector importante de la sociedad, las memorias estatales se dividen y se oponen. Por un lado están los *olvidadizos*, entre cuyas primeras filas se encuentran los sucesivos gobiernos franceses que no escatiman esfuerzos para borrar las huellas de su responsabilidad en la perpetración de ese genocidio y llegan a intentar confundir hablando no del genocidio cometido contra los tutsis, sino de los genocidas ruandeses. Del lado de los *memoriosos* hay también *memoriosos* estatales extremadamente activos: los actuales gobernantes del país, que de modo constante traen a la actualidad el recuerdo del genocidio, tanto como representantes autoproclamados del *partido de las víctimas* o como fuerza armada que desplazó al partido de los genocidas. De idéntico modo, si bien dentro de un contexto diferente, se puede afirmar que la memoria del apartheid, en tanto factor de legitimación política, ha pasado hoy en Sudáfrica al lado de la autoridad, del Estado, que tiene a su cabeza a veteranos dirigentes del Congreso Nacional Africano y figuras históricas de la resistencia. Lo que es necesario comprender es

cómo en tales casos, así como en tantos otros, la memoria de crímenes de Estado y de violencias extremas, ingresa en los circuitos de gobierno y se convierte en integrante de un dispositivo general de *gubernamentalidad*.

Un poco por todas partes, pero de manera singular en las viejas democracias de Europa Occidental, nuevas formas de eso que puede llamarse “gobierno *por la memoria*” (y no de la *memoria* tal cual lo practican los regímenes autoritarios y totalitarios) está en plena expansión y experimenta actualmente toda una variedad de desarrollos. Asombra la manera en la cual, en un país como Francia, el motivo de la memoria colectiva ha efectuado, a lo largo de pocas décadas, una especie de giro completo. En los años 70, a impulso de los memorables acontecimientos de 1968, la memoria colectiva era un tema vinculado al de las *voces de abajo*, las culturas perdidas, el mundo de los vencidos, de toda esa polvareda de humanidad desaparecida sin huella, que Foucault llama *la plebe, los hombres infames*. Contra la memoria *anticuaria* del Estado, con sus rituales patrióticos y sus conmemoraciones oficiales, se activaba una memoria regeneradora, destinada a reanimar el recuerdo múltiple, comprimido, negado, enterrado, de una dimensión popular de la historia de las naciones y de las clases sociales abiertamente antagónica a la del Estado. Por entonces, el editor que fue el sismógrafo de la época, François Maspero, lanzó una colección titulada *Actas y memoria del pueblo*. Luego, poco a poco, se produjo una especie de torsión a favor de la autoridad, el Estado, las instituciones; éstas *entraron en el juego* de la activación de la memoria como medio de producir efectos de unión de un nuevo tipo. Ya no encuadrables en aquello que podría llamarse las *disciplinas patrióticas*, como la conmemoración de victorias memorables, de héroes guerreros, de horas gloriosas de la nación (14 de julio, 11 de noviembre, 8 de mayo), sino de dos nuevos registros: aquel de la movilización post-nacional *soft* y festiva de la cual la conmemoración desencantada, lúdica y hedonista del bicentenario de 1789 es a la vez el momento inaugural y el ejemplo insuperado, y su opuesto, la memoria luctuosa asociada a diferentes figuras del pasado culpable, del mal absoluto y de la víctima como substituta del héroe o del mártir, en tanto que personaje central en ese relato del pasado en torno al cual la comunidad de los vivientes es convocada a agruparse.

En las actuales configuraciones de Europa Occidental —*post-nacionales* según Jürgen Habermas—, el gobierno de las masas por la memoria patriótica pero con aires progresistas, dialécticos, utópicos, se ha vuelto impracticable, es lo inactual. Si los franceses ni quieren oír hablar de lo que se conmemora el 11 de noviembre y el 8 de mayo, no es tanto porque los alemanes se han convertido en nuestros amigos, y por lo tanto una nueva utopía o un nuevo progresismo histórico europeo hayan tomado cuerpo, volviendo intempestivas y anacrónicas las celebraciones, sino sobre todo y más trivialmente porque se trata de días feriados. Ya son

más conquistas sociales que datos históricos.

Es en tales condiciones que se va pasando de las formas clásicas del gobierno de la memoria colectiva, tal cual las practicaba un Estado moderno preocupado de mantener la identidad nacional y afirmar los consensos patrióticos, a un gobierno *por la memoria*, a la vez más flexible, variable, diferenciado, un gobierno de tipo regulador más que disciplinario. En el registro ligero, el pasado resulta una reserva inagotable de datos, acciones, personajes, lugares, objetos, que presentan un cierto *valor de ancianidad* y son por lo tanto *conmemorables*. Así se va entrando en la era de la conmemoración/celebración perpetua. La atención, fatalmente huidiza, es arrebatada por la compulsión de las repeticiones del calendario, con su ritmo cada vez más frenético, dentro del cual, como en un remolino, el centenario de la rehabilitación del capitán Dreyfus viene a borrar el aniversario de la muerte de un cantor popular o la celebración del fin de la esclavitud hace olvidar la invención de la t.v. en colores o de la cafetera eléctrica, todo en un

**La sensibilidad post-catastrófica está caracterizada por una profunda melancolía. Las sensaciones asociadas a ella giran sin fin en torno al enigma insoluble del Mal Absoluto: ¿cómo seres humanos pudieron infligirle tantos sufrimientos a otros seres humanos?**

estado de indiferenciación típicamente post-histórico. El tono dominante de esta modalidad de aprovechamiento de la historia es el de la ligera euforia. Al pasado se lo celebra sin pausa como si fuera una caverna de Alí Babá de la cual son extraídos, en un flujo ininterrumpido, los objetos conmemorables, uno más cautivante que el otro. El tipo de movilización que suscita este cultivo intensivo del pasado es de naturaleza ejemplarmente post-política: una sucesión de acontecimientos sin relación entre sí, en una temporalidad estallada. Una memoria de a migajas se desplaza sonámbula en el gabinete de antigüedades del pasado. Es una memoria colectiva en la que los esquemas culturales y consumistas substituyen a las opciones políticas, por lo que las divisiones y conflictos que pudieran surgir de los recuerdos irritantes son limadas en provecho de un comercio unanímista de *souvenirs*: remeras, llaveros, postales, etc.

Nada demuestra mejor la potencia de este nuevo régimen memorial, unanímista, despreocupado, despolitizado y consensual, que la reciente conmemoración del centenario de la rehabilitación del capitán Dreyfus. Mientras que el caso Dreyfus fue, por excelencia, el acontecimiento que dividió a la sociedad francesa de su tiempo, cien años después ninguna voz discordante se alzó ante la ordenada conmemoración de ese aniversario litigioso por parte de las más altas autoridades del Estado. Este ejemplo muestra claramente cómo el advenimiento de una edad de la conmemoración ligera, desdramatizada, desencantada, permite toda clase

de operaciones de transferencia de moralidad: el Estado, que tanto pecó durante el caso Dreyfus, a cien años de él se fabrica una virtud, se pone en el rol de administrador de las lecciones surgidas de sus propios errores, y se autoasigna el puesto de gerente ilustrado de la memoria colectiva. Así se pasa a un régimen de flexibilidad, de fluidez incluso, que permite a las autoridades controlar lo esencial: el rumbo global de los relatos del pasado y la posición del narrador, al mismo tiempo que se liberan del peso de los grandes relatos y de las historias oficiales construidas durante la época clásica del estado-nación. El contraste es en dicho sentido notorio, entre el régimen de flexibilidad memorial establecido en un país como Francia, en el que el poder político delega el relato escolar del pasado a los historiadores y docentes profesionales encargados de elaborar los manuales destinados a las escuelas, y un régimen disciplinario como el de Japón, en el que periódicamente estallan violentos conflictos a causa del modo en que tal o cual manual relata diferentes acciones criminales perpetradas por la Armada Imperial en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Tales ejemplos nos conducen naturalmente a lo que me gustaría denominar “el registro *pesado* del gobierno de la memoria colectiva”. En Europa occidental, lo que marca la época no es tanto el pasaje de un régimen de la historia nacional a otro de la historia europea, a favor de un afortunado cambio de escala, sino la coincidencia de una desintensificación de las identidades nacionales con la intensificación de la sensibilidad al desastre y a las violencias extremas, al genocidio. Fundamentalmente, experimentamos el impulso de recordar que, más que ser europeos, somos sobrevivientes que pueblan ese espacio post-catastrófico que es el mundo después de Auschwitz. En esas condiciones, la figura del héroe nacional cede su lugar, en los relatos colectivos y las opciones de la memoria, a la figura de la víctima.

Hay un ejemplo elocuente al respecto: algunas voces se elevaron, en los meses previos a conmemorarse la rehabilitación del capitán Dreyfus, reclamando que sus cenizas fueran trasladadas al Panteón. Por diversas razones, el parlamento no estaba de acuerdo con esa propuesta, pero fue una figura de la oposición socialista, Robert Badinter —quien fuera Ministro de Justicia de François Mitterrand y cuyo nombre quedó asociado a la abolición de la pena de muerte en Francia— quien zanjó el debate a través de una fórmula: el Panteón —escribió en un periódico— *es para los héroes y el héroe del caso Dreyfus es Zola*. El capitán Dreyfus *fue una víctima*. Y en torno a esa víctima —cuyo infortunio, por su condición de judío anuncia el de todas las que padecieron el tiempo del exterminio totalitario— el público fue convocado mientras la república encontró el medio de celebrarse a sí misma por boca de su presidente. “Con el caso Dreyfus —declaró Jacques Chirac en su discurso del centenario— la república, a través de los valores sobre los cuales fue fundada, fortaleció sus raíces”. Celebrando su capacidad

de reparar el error cometido en su nombre contra un inocente, la república hace el panegírico de su propia aptitud para reformarse a fin de que prevalezcan el espíritu de justicia y el imperativo de verdad por sobre una concepción estrecha de la razón de Estado. Es evidente: el pasado constituye la superficie refractante sobre la cual el Estado, en el presente, muestra al público su perfil virtuoso: en palabras de Chirac, los “derechos y los valores que deben ser permanentemente defendidos”.

Con esa unión consensual en torno a la víctima, ligada por las imágenes tenebrosas del pasado, la política de la memoria y el gobierno por la memoria adoptan un cariz decididamente *ético*. El sentimiento patriótico estaba fundado sobre la memoria exaltada de hechos de armas, fueran victorias deslumbrantes o trágicas derrotas, y sobre la conciencia de la irreductibilidad de las singularidades que las determinaron, como por ejemplo el coraje nacional. En cambio, la sensibilidad post-catastrófica está caracterizada por una profunda melancolía. Las sensaciones asociadas a ella giran sin fin en torno al enigma insoluble del Mal Absoluto: ¿cómo seres humanos pudieron infligirle tantos sufrimientos a otros seres humanos? El culto feroz de las singularidades nacionales, religiosas y étnicas es substituido por la ola universal de una humanidad desolada, inconsolable, ante el recuerdo angustioso de los grandes desastres del siglo XX.

Cabe cuestionarse hasta dónde la memoria colectiva no se ha intensificado en cuanto opción de gubernamentalidad. En la época clásica del estado-nación, el gobierno de la memoria colectiva se concentraba sobre dos dimensiones: la soberanía y la identidad nacional. La escuela y las fuerzas armadas eran sus vectores más importantes. Fuera de esos puntos de concentración, la memoria se presentaba, en un país como Francia, como un vasto campo dividido en una multitud de medios reunidos en torno a relatos singulares del pasado poco influidos por el discurso de la autoridad. En la era post-nacional y post-catastrófica, en esta especie de post-historia en *trompe-l'œil*, la memoria colectiva tiende a devenir una opción globalizadora de las relaciones entre gobernantes y gobernados. El gobierno *por la memoria* se intensifica y se diversifica por múltiples razones. Cuanto más difícil se hace gobernar movilizándolo hacia el porvenir, más el pasado tiende a convertirse en la pantalla sobre la cual, como substituto de la utopía del progreso o de la revolución, son proyectados los mitos (en el sentido que Sorel le otorgaba al término) capaces de reunir y movilizar a la población. A su vez, cuando más se debilitan los esquemas clásicos de la democracia representativa, o sea su capacidad para encuadrar dentro de formas institucionalizadas a la división social y a la conflictividad resultante sin negarlas, más se instala una democracia de opinión, la democracia del público en lugar de la democracia de los ciudadanos. En ella lo característico es la formación de uniones grupales anómicas o inorgánicas, más o menos unanimistas, sin deliberación. Y las mul-

titudes movilizadas por actos de memoria —llevadas por flujos afectivos de intensidades variables en torno a los cuales se forman vastas agrupaciones, ya sea estáticas y culturales o dinámicas y políticas— son precisamente de esa especie. Las más propias de la democracia de opinión son las del primer tipo. Constituyen un ejemplo clásico de ellas las Jornadas del Patrimonio en Francia, en ocasión de las cuales miles y miles de visitantes comulgan en el culto de los monumentos, de los sitios y de los hombres ilustres, en una suerte de compulsión del consumo cultural como principio de identificación de baja intensidad relacionado con una herencia cada vez más difusa e indeterminada.

Quiero mencionar por último, entre los factores decisivos para la expansión de eso que siguiendo a Foucault podría llamarse *la pastorat memorial contemporánea*, al desmantelamiento del Estado Social. A medida que se va dando en formas más o menos brutales en las democracias contemporáneas, éstas apelan invariablemente a instancias que lo substituyan en su capacidad de brindarle a los gobernantes dispositivos de control, de encuadramiento, de acompañamiento y de seguimiento de la vida de los gobernados. Se trata de un programa centrado en *hacer vivir* más que en movilizar o disciplinar como en la fase anterior de los Estados, aquella en la que reveladoramente dominaban las figuras del trabajador y del productor. El Estado Social prometía toda clase de retribuciones al trabajador movilizándolo, y el motivo de la reforma era un poderoso medio para activar una conflictividad social y política bajo control.

Estos principios tienden a ser hoy borrados sobre la arena de la gubernamentalidad y nuevos procedimientos aparecen. Se gobierna cada vez menos apelando a la reforma, al progreso social y a la negociación sujeta a normas entre actores sociales. Cada vez más se gobierna por la seguridad (por el miedo y por la puesta en escena de riesgos),

**Cada vez más se gobierna por la seguridad (por el miedo y por la puesta en escena de riesgos), por la regulación de irregularidades nacidas de la desmovilización de una parte de la fuerza de trabajo (se sabe que la ociosidad es mala consejera). Cada vez más se gobierna por lo societario en oposición a lo social (mediante reformas que no cuestan nada pero mantienen la ilusión de un acrecentamiento constante de las libertades y cuyo modelo clásico es el matrimonio homosexual). Y se gobierna, en fin, por la memoria.**

por la regulación de irregularidades nacidas de la desmovilización de una parte de la fuerza de trabajo (se sabe que la ociosidad es mala consejera). Cada vez más se gobierna por lo societario en oposición a lo social (mediante reformas que no cuestan nada pero mantienen la ilusión de un acrecentamiento constante de las libertades y cuyo modelo



1990 y PICO, EN DELANTO.  
ELLOS JUEGAN SOLOS.

clásico es el matrimonio homosexual). Y se gobierna, en fin, *por la memoria*. En esta modalidad, el pasado se convierte en una especie de parque de diversiones en el cual los gobernantes se dedican a organizar atracciones constantemente renovadas, en torno a objetos infinitamente diversos e *interesantes*. Objetos serios (la inmigración en Francia, sobre la cual se inaugurará próximamente una *ciudad* en el antiguo Museo de las Colonias), objetos triviales, poco cuenta. Lo importante es la formación de un continuum estático, a flote entre el presente y el pasado, en correspondencia con el desgajamiento del presente con el futuro (aquel de las utopías, de los grandes proyectos y de los mitos escatológicos). Memoria flexible, memoria líquida, en desplazamiento y reposicionamiento constante, memoria ecléctica y desencantada, memoria fundamentalmente cínica. Su horizonte no es la verdad sino la puesta en valor, el cultivo del pasado en el presente. Un ejemplo de esa sofisticación de carácter post-histórico: Francia es el país en el cual, a un mismo tiempo, un grupo de diputados que responden a Chirac puede votar una ley celebrando los *aspectos positivos de la colonización*, estableciendo que éstos sean enseñados en las escuelas a los niños y donde el presidente de la república, de visita en Madagascar, ex-colonia francesa, puede estigmatizar las consecuencias del sistema colonial y las masacres coloniales. Francia es el país donde los educadores y los histo-

riadores han publicado el primer manual de historia contemporánea elaborado en común junto a colegas alemanes y destinado a alumnos de ambos países. Pero también es el país en el cual la compañía de ferrocarriles, que colaboró de manera tan entusiasta en la deportación de judíos y opositores políticos durante la Segunda Guerra Mundial, niega —seis décadas después— hasta la más mínima responsabilidad en aquel crimen. Francia es, en fin, el país en que la potente administración de la empresa de ferrocarriles, con justicia asignada a un viejo deportado, se supo asegurar los servicios de un abogado, Arno Klarsfeld, que resulta ser el propio hijo del hombre que estableció la lista de judíos franceses víctimas de persecuciones raciales bajo la ocupación alemana y redescubrió el fichero judío establecido por las autoridades de Vichy...

Es esto lo que yo llamo cinismo, el hermano gemelo de una especie de nihilismo post-histórico. El problema es que ninguno de los dos se separa, en un país como el mío, de lo que podría llamar —valiéndome de un último barbarismo— la *gubernamentalización* de la memoria colectiva.

**Alain Brossat** es filósofo. Se desempeña como profesor en la Universidad de Paris VIII-Saint Denis. Es autor, entre otros libros, de *El cuerpo del enemigo* y *Para terminar con la prisión*. Es además miembro del comité editorial de la revista *Lignes*.

# ¿Libertad para los enemigos de la libertad?

Por Leigh Payne

Ilustraciones Miguel Rep

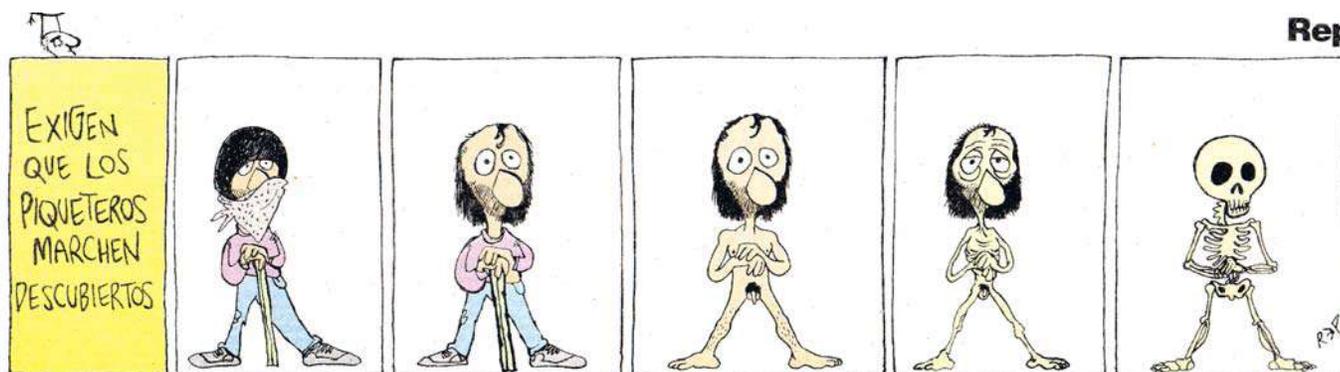
**Los países emergentes de dictaduras se enfrentan a una disyuntiva: si permiten la libre expresión, los partidarios del autoritarismo usarán su libertad para reafirmar nociones heroicas del pasado violento, y si censuran esas intervenciones violan uno de los pilares de la democracia. Si bien la ley juega un importante rol simbólico al condenar la apología de los delitos contra los DD.HH., ¿no impugna más exitosamente esas versiones la sociedad civil?**

Las transiciones hacia la democracia rara vez ocurren sin una lucha por la memoria. Como las víctimas y los sobrevivientes de las atrocidades desafían el pasado autoritario, los perpetradores de la violencia estatal y quienes los apoyan intentan reafirmar las imágenes heroicas de aquel pasado. Los gobiernos democráticos y las sociedades se enfrentan con un dilema. Pueden promover valores democráticos de libre expresión, que permitan a los apologistas del autoritarismo influir en la memoria colectiva, o pueden censurar esas expresiones, socavando un valor clave de la democracia.

Los teóricos democráticos han luchado con el dilema de la libre expresión en una variedad de contextos políticos. Los defensores de la Primera Enmienda de la Constitución de los EE.UU. afirman que las restricciones de la expresión causan un mayor daño a la democracia que permitir expresiones objetables. Obrando de tal modo, estos teóricos se ponen a sí mismos en el rol políticamente incómodo y moralmente discutible de, por ejemplo, defender los derechos de un grupo neonazi para marchar en Skokie, Illinois, contra las agotadoras objeciones de sobrevivientes del Holocausto y otros residentes de la comunidad judía.

Otro enfoque teórico argumenta en favor de imponer cierto grado de censura para proteger las democracias de los discursos muy polémicos. La expresión sin control, argumentan, debilita a las democracias, haciéndolas menos capaces para resistir sus desafíos. Estos defensores podrían aplaudir el reciente arresto del negador británico del Holocausto, David Irving.

En Argentina, los perpetradores del terrorismo de Estado en unas pocas ocasiones hicieron alarde de las leyes de amnistía que los protegieron de las persecuciones y hablaron para defender sus actos de violencia del pasado. Las cortes democráticas usaron la figura de *apología del delito* para condenar y encarcelar a quienes incurrieron en esos desbordes. Las sanciones afirmaron la condena oficial de



la violencia del pasado y demostraron que los perpetradores podrían escapar de la justicia por sus actos de violencia pero no por glorificar esos actos. Cabe preguntarse: las restricciones a la libre expresión ¿traen justicia, fortalecen la democracia y propenden al afianzamiento de una cultura de los DD.HH.? El caso argentino presenta una oportunidad para rever el debate filosófico sobre la expresión pública en las democracias, anclándolo en una lucha empírica sobre la memoria del pasado autoritario.

#### Preguntas de la esfinge

La lógica y los valores democráticos son defendidos por quienes se sitúan a uno y otro lado de este debate. Los defensores de la libre expresión reconocen, por ejemplo, que algunas restricciones son necesarias para proteger a los ciudadanos. Las democracias deben prohibir discursos que constituyen una amenaza directa y creíble para un individuo o individuos específicos. Los perpetradores de la violencia estatal que hacen comentarios amenazadores asegurando ser “los asesinos mejor entrenados”, e incluso manifestando su deseo de volver a ser convocados para actuar, no han anunciado planes específicos para secuestrar a nadie. Mientras que los defensores de la libre expresión pueden hallar estos comentarios objetables, no los encontrarían ilegales. Si en cambio exponen un plan para matar a cierto legislador, a un juez, o a un defensor de los DD.HH., ese discurso creíble y orientado —aun sin ser cometido el acto— constituiría un crimen.

La expresión o discurso que viola el derecho de los ciudadanos a no escuchar es para ellos causal de acciones legales. Así, la ley debería sancionar a un maestro que impusiera una versión heroica del pasado autoritario a sus alumnos, pero no a un perpetrador que hiciera declaraciones similares en televisión. El argumento esgrimido es que las audiencias pueden apagar sus televisores, mientras que los alumnos en la escuela no tienen la misma libertad para ignorar a su maestro. Los defensores de la libre expresión sí restringen discursos que, de forma directa e inmediata, puedan crear un peligro público. Uno no puede gritar *¡fuego!* en un teatro lleno a menos que haya un incendio.

Aparte de estos riesgos específicos, los defensores de la libre expresión abogan por la expresión abierta de las ideas. Sostienen que la expresión de quienes carecen de poder político, de las visiones políticas impopulares, y de las ideas que desafían visiones políticas prevalecientes, sirve para afianzar los tres pilares de la democracia: participación, competencia y discusión. El contra discurso, no la censura, es el mejor remedio para el mal discurso, sostienen.

En el otro lado de este debate, se sitúan aquellos que consideran a la democracia demasiado vulnerable para la expresión sin límites, y abogan por *leyes mordaza* para protegerla. La expresión sin restricciones, aseguran, es nociva para la democracia por varias razones. Stephen Holmes argumenta que bloquea a las sociedades en batallas sin solución, desvía recursos limitados, y socava el espíritu de cooperación al ofender a individuos o grupos. Él llama a los gobiernos para que inciten a dar un paso al costado de los desacuerdos de modo de alcanzar el acuerdo. *La represión puede ser perfectamente saludable, señala, y añade que atar las lenguas puede ser uno de los principales regalos del constitucionalismo a la democracia.* Los gobiernos democráticos, proponen los teóricos enrolados en su misma facción, deben limitar la agenda pública a aquellas áreas en las que existan acuerdos y evitar conflictos perjudiciales sobre asuntos no solucionables.

Holmes se refiere específicamente al rol que tales *leyes mordaza* juegan en las transiciones democráticas. Señala que las amnistías son ejemplos clásicos de leyes mordaza que estabilizan a las democracias, ya que gracias a ellas los líderes autoritarios pueden renunciar al poder a cambio de un voto de silencio. En su artículo “Las leyes mordaza o las políticas de la omisión”, Holmes plantea: *Cerrando los libros del pasado, guardando retribuciones por crímenes previos fuera de la agenda política, los organizadores de una nueva democracia pueden asegurar la complicidad de las elites estratégicamente ubicadas —la cooperación puede ser indispensable para una transición exitosa desde la dictadura al autogobierno—. Sin un deseo primordial por la unidad nacional, sin embargo, es posible asumir que los grupos opuestos no estarán de acuerdo en llamarse al silencio sobre los temas*

que los dividen más radicalmente.

Esta argumentación tiene dos fallas. Primero, las amnistías no han probado ser particularmente estabilizadoras. Al contrario, las sociedades en democracias emergentes han pedido leyes que incluyan la persecución de los perpetradores de la violencia estatal. Y la comunidad internacional también ha demandado respeto por las leyes internacionales en contra de las amnistías. Cada vez más, cortes domésticas e internacionales han desafiado la legalidad y legitimidad de tales medidas. Segundo, las fuerzas autoritarias no suelen mantener su parte del trato de amnistía. Reacios a aceptar el silencio o la condena oficial del pasado autoritario, los perpetradores acostumbran a manifestarse para influenciar la memoria colectiva.

En Europa existen varias leyes para impedir las expresiones racistas e hirientes de grupos neonazis así como su emergencia o popularización. ¿Cuál es el camino correcto? ¿Proteger intereses de minorías a través de restricciones a la libre expresión o dar plena libertad de expresión?

### Memoria y expresión en Argentina

Argentina parece un caso de estudio de las *leyes mordaza*. Las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y el indulto presidencial que Menem concedió a los líderes de la Junta militar encarcelados, pudieron pretender, a cambio de la amnistía para los perpetradores, que éstos no hicieran propaganda de sus métodos y objetivos. Sin embargo, tales no impidieron que los apologistas del régimen autoritario compartieran el escenario público. Holmes puede ver esta interrupción como una falta de deseo de mantener la unidad nacional. O como una pérdida de confianza en la ley de amnistía. Ciertamente, los defensores de los DD.HH. y las víctimas de las atrocidades del régimen autoritario rechazaron las leyes de amnistía y buscaron justicia por la violencia del pasado, tanto local como internacionalmente. Su persistencia valió la pena y las cortes democráticas finalmente abolieron las leyes de amnistía.

Pero incluso antes del final de la amnistía, los perpetradores desafiaron el trato de *silencio por impunidad*. Antes que aceptar tranquilamente su amnistía, estos perpetradores defendieron públicamente sus actos, resucitando la justificación para la violencia del régimen autoritario. Las cortes intentaron preservar el silencio con la ley de apología del delito (artículo 213 del Código Penal): *Quien por cualquier medio hiciera apología de un crimen y/o de una persona que haya cometido un delito, será penado con prisión de un mes a un año*. En un giro irónico, las cortes democráticas podían condenar a los perpetradores por sus expresiones, pero no por hechos de violencia criminal. Cuatro casos ilustran la aplicación de la ley: Astiz, Pernías y Rolón, Etchecolatz y Colores.

Alfredo Astiz impactó a los argentinos cuando declaró en la revista *Trespuntos*: *Soy el mejor hombre del país, técnicamente hablando, para matar a un político o un periodista*.

*Continuó, y emitió una amenaza más directa: Para los periodistas ahora resulta que no existió la subversión. Tienen que cuidarse, van a terminar mal. No nos sigan acorralando, porque no sé cómo vamos a responder. Están jugando con fuego. Es como si Cassius Clay entra a tu casa y te pega un día, dos, tres, al final te cansás y aunque seas más chico le partís una silla en la cabeza. Igual, no somos más chicos. Las fuerzas armadas tienen quinientos mil hombres técnicamente preparados para matar. Yo soy el mejor de todos. Siempre me vienen a ver. Yo les doy siempre el mismo mensaje: tranquilícense, hay que esperar, pasó en todos los países. Pero no sé hasta cuándo los voy a poder retener.*

La mayor parte del público ya conocía las hazañas de este capitán de la Marina, sobre todo su infiltración en las Madres de Plaza de Mayo en 1977, que condujo al secuestro y la desaparición de sus miembros, y el asesinato de la adolescente sueca-argentina Dagmar Hagelin, a quien él confundió con un líder de la guerrilla montonera. La ley de Obediencia Debida lo liberó de la prisión, donde permanecía por éstos y otros hechos. Pero acusado y condenado por una serie de crímenes, incluyendo apología del delito y amenazas a la democracia, Astiz recibió una pena de tres meses de prisión en suspenso y una multa por su entrevista a *Trespuntos*. Las FF.AA. también lo sancionaron por conceder una entrevista no autorizada y mostrar falta de respeto por la jerarquía militar. Fue exonerado y se le retiraron los privilegios de su rango, incluyendo la pensión y el seguro. Las cortes internacionales presionaron por su extradición. El juez Baltasar Garzón usó las declaraciones de Astiz en *Trespuntos* para hacer avanzar casos contra él en las cortes españolas y pidió su inmediato arresto por Interpol en caso de que Astiz dejara territorio argentino.

En defensa de esa aplicación de la ley de apología del delito, Nora Cortinas, de las Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, declaró que Astiz “exalta el crimen que él y su banda cometieron, pero también amenaza con cometerlos de nuevo”. Federico Polar, vocero del ex presidente Raúl Alfonsín, también defendió su censura sucintamente, al declarar: “Que una figura como Astiz tenga la posibilidad de poner en las páginas de las revistas cómo mataron gente, pero sin arrepentirse, no contribuye a la reconciliación. Estas personas no tienen derecho a la libre expresión. Este tema es más importante que la libertad de prensa y este tipo de artículos no deberían aparecer”.

El presidente Menem trató a Astiz como a un “canalla” y lo hizo encarcelar para silenciarlo, alertando de paso a otros probables soldados parlanchines del peligro de hablar. También se anotó para pegarle Ramón Palito Ortega, otrora cantante pasatista, promovido a la primera magnitud en la constelación del peronismo por el demiurgo Carlos Menem, gracias a lo cual llegó a ser uno de los presidenciables y a gobernar la pauperizada provincia de Tucumán (que fuera uno de los escenarios más candentes de la guerrilla y de la repre-



sión criminal a combatientes y opositores en general). “Esta gente no debería estar libre, no deberían estar en la calle... Los que hoy se benefician con el perdón están exaltando la violencia, como si las barbaridades cometidas hubieran sido actos virtuosos, y esto provoca indignación”, sentenció *Palito*.

Pero no todos juzgaron como peligrosas las declaraciones del autodenominado “caballero del mar”. Estela Carlotto, presidenta de las Abuelas de Plaza de Mayo, se refirió a él como un “asesino cobarde”, que se rindió en la Guerra de Malvinas pero mató a una adolescente indefensa que se alejaba corriendo de él y no acató su voz de alto, que secuestró e hizo desaparecer a madres desarmadas buscando a sus hijos. Haciéndose eco de esta visión, Bartolomé De Vedia escribió en el matutino *La Nación*: *Nos guste o no nos guste, hay en el mundo un hombre que se llama Alfredo Astiz. Tiene cuarenta y siete años, es rubio, se cree lindo y se jacta de saber matar a la gente. Su especialidad son las jovencitas y las monjas indefensas. De ingleses ni hablar.* La periodista que lo había entrevistado, Gabriela Cerruti, declaró: “Todos sabemos que Astiz debería ser condenado por lo que hizo y no por sus declaraciones a la prensa. Pero la única cosa que podemos celebrar es que en este país está prohibido defender el terrorismo de Estado”.

Miguel Osvaldo Etchecolatz, el notorio ex jefe de la Policía Bonaerense, había enfrentado una sentencia de 23 años por 95 acusaciones de tortura. Liberado bajo la ley de Obediencia Debida, no se quedó callado, sino que escribió su libro *La Otra Campana del Nunca Más*, e hizo apariciones en los medios. Aseguró que “lo único que hice fue combatir la subversión marxista, el enemigo diabólico”. Justificando sus actos como combates, se jactó: *Cuando me ordenaron tomar la responsabilidad de luchar contra las organizaciones terroristas, confieso que me sentí honrado de haber sido elegido. La posición me permitía darle algo a mi país, a millones de argentinos que no quieren vivir con esos asesinos.* Y añadió: *“Nunca tuve, ni creo que debería haber tenido, una conciencia culpable. ¿Por haber matado? Ejecuté una ley escrita por hombres. Fui el guardián de los principios divinos. Por ambas razones, lo haría de nuevo, dando todo lo que tenía. (La otra campana del Nunca Más)*

Durante una emisión del programa televisivo *Hora Clave* incurrió en apología del delito. Allí, Etchecolatz interpelló a una de sus antiguas víctimas de tortura, el diputado Alfredo Bravo, sugiriendo que su relato público de las torturas sufridas era una falsedad. Luego, quizás tentado por un grosero ejercicio de la ironía, contradujo lo anterior, al afirmar que las acciones llevadas a cabo contra Bravo pudieron haberle sido beneficiosas: “Desde su juventud él tuvo pies planos y verrugas... el tratamiento que le dimos pudo haberlo curado” (SIC).

Elisa Carrió sintió que había contemplado la tortura de Bravo a través del programa. Pese a su incomodidad, creyó que el intercambio hizo avanzar el diálogo nacional. Según ella, la *performance* de Etchecolatz dejó claro que “hay un solo terrorismo y es el del Estado autoritario. Demostró que no hay dos demonios, porque lo que vimos en televisión fue un torturador acosando a un maestro”.

Bravo inició una causa contra Etchecolatz por difamación. Etchecolatz respondió que Bravo también lo había difamado, refiriéndose a él como una figura siniestra en la historia, un asesino y un ladrón. Pero Bravo ganó el caso. La Asamblea Permanente por los Derechos Humanos llevó a Etchecolatz a la corte bajo la ley de apología del delito, estableciendo que su libro y la aparición en *Hora Clave* “dañaron la paz pública tratando de provocar miedo” a través de “elogios públicos y alabanzas al genocidio”.

En su fallo, los jueces sostuvieron: Al decir “*Basta de Nunca Más*” quiere significar que los hombres de las Fuerzas Armadas no deben ser criticados, juzgados ni castigados por sus excesos. Es decir, que soberbiamente pretende que tal obrar sea justificado y ello constituye apología puesto que así se justifican, se defienden, se aprueban y se exaltan hechos delictuosos.

Como parte de su condena de tres años en suspenso, el juez ordenó a a Etchecolatz hacer un curso de Derechos Humanos y lo animó a evitar el alcohol y buscar tratamiento psiquiátrico.

Aunque por entonces libre de la prisión, Etchecolatz se encontró con recriminaciones públicas. Uno de estos encuentros mandó a Etchecolatz de nuevo a la corte. En él, había desenfundado un arma y amenazado con matar a cuatro estudian-

tes universitarios que lo habían llamado “asesino” mientras sacaba a pasear su perro a una plaza. HIJOS organizó un escrache contra él en 1998. Aunque sus vecinos lo defendieron arrojando harina y papel picado a los participantes, y la policía usó gas lacrimógeno para dispersarlos, uno de los organizadores consideró la respuesta como una victoria: “El escrache los molesta porque a partir de ahora Etchecolatz no va a poder caminar libremente por su barrio... Haremos que el país sea su cárcel. Podemos, y debemos, luchar hasta que todos los asesinos y sus cómplices tengan las sentencias que se merecen por los abusos que cometieron: cadena perpetua”.

Antonio Pernías y Juan Carlos Rolón, ambos capitanes de Marina, enfrentaron audiencias públicas en el Senado para confirmar sus ascensos. Los medios usaron las audiencias para implicar a los oficiales en abusos del pasado. Pernías, según se dijo, había inventado unos dardos venenosos que probaba en los prisioneros, participó en el ataque a la iglesia Santa Cruz que terminó con la desaparición de militantes de las Madres de Plaza de Mayo, ejecutó a cinco padres palotinos, y se infiltró en organizaciones de exiliados en el extranjero. La medalla de Rolón al heroico valor en combate, conferida en 1978, indicó su propio rol en la represión militar. Antes que negar la tortura, los oficiales la admitieron. Pernías la llamó “el arma secreta en una guerra sin reglas” y confesó que “yo hice mi parte como tantos otros”. Rolón también admitió haber torturado, afirmando que estaban involucrados en ello casi todos los oficiales en actividad de la Marina, es decir “todos los oficiales destinados a los grupos de tareas, que fueron formados para llevar adelante lo que fue llamada ‘la lucha antisubversiva’”. Rolón admitió luego: “No tenemos elección alguna a menos que quisiéramos irnos”. Pernías aclaró que, como oficiales leales, cumplirían una orden, ya fuera emitida por un régimen autoritario o democrático. Cínicamente, cuestionó si debería desobedecer órdenes de comandantes designados por el Senado, el mismo cuerpo al que estaba testificando para su propio ascenso.

Enfrentarse al “mayor movimiento de guerrilla urbana en la historia del mundo”, afirmaba Rolón, “era algo realmente sin precedentes, y no estábamos preparados. Recibimos muy poco entrenamiento y luego fuimos enviados a participar en estas operaciones urbanas”. Añadió que a nadie le gustaban los “métodos traumáticos requeridos para resolver sucesos traumáticos”. Pernías, además, se consideró a sí mismo inocente, argumentando que la Marina había purgado a los oficiales que habían usado excesiva fuerza en la guerra antisubversiva. Pernías declaró: “Creo que ésta fue una experiencia sin antecedentes y que la situación nunca volverá a ocurrir”. Rolón añadió: “Es mi oportunidad de estar aquí e insisto que es un honor y un privilegio. Aceptaré cualquier cosa que el Senado decida con el espíritu de la república, y respetaré y continuaré creyendo en la democracia”.

En lugar del ascenso esperado, Pernías y Rolón tuvieron que vérselas con cargos de apología del delito. No todos consi-

deraron que estos cargos fueran correctos. El senador peronista Deolindo Bittel, aunque finalmente votó en contra de su ascenso, consideró que Pernías y Rolón fueron oficiales leales que llevaron a cabo sus tareas con efectividad: “Estos muchachos tienen que pagar el precio por algo que no es su culpa”. Álvaro Alsogaray afirmó en un programa de televisión que Pernías y Rolón no habían admitido haber hecho uso de la tortura. Cuando otra invitada del programa se identificó como una víctima de las torturas de Pernías, Alsogaray primero cuestionó su honestidad, para luego atacar al anfitrión del programa por “darle espacio a ella para continuar su campaña contra el régimen militar aquí y en el exterior”.

Otros estuvieron de acuerdo en negarles el ascenso, pero no con los cargos de apología del delito. Emilio Mignone, ex director del Centro de Estudios Legales y Sociales, preguntó retóricamente: “¿Es aceptable para la sociedad argentina de hoy que las Fuerzas Armadas lleguen a ser gobernadas por oficiales moralmente degradados que torturaron y asesinaron prisioneros, hayan o no enfrentado sentencias judiciales?”. El dramaturgo Eduardo Pavlovsky señaló que la sociedad argentina aprendió de las audiencias de ascenso: *Ellos revelaron una nueva monstruosidad social: la tortura como una institución. Ellos interiorizaron la tortura como normal, como obvia, y como una práctica común entre profesionales. Como un instrumento de interrogatorio enseñado en los programas educativos de la Marina nacional (“El Sr. Galíndez”, nota de opinión en el matutino *Página/12*, 28 de octubre de 1994).*

Con el fin de la amnistía, era de esperar que los perpetradores hablaran menos. Pero ése no ha sido el caso. Cinco militares en actividad fueron arrestados por apología del delito, por su homenaje, el 24 de marzo de 2006 en Plaza San Martín, a los militares y civiles víctimas de la guerrilla de los '70. El general retirado Miguel Giuliano habló en ese homenaje de “una memoria subjetiva y hemipléjica”.

### Memoria y condena

En un mundo ideal no habría necesidad de leyes como la de apología del delito. Con la memoria colectiva condenando a la violencia del pasado, nadie la justificaría públicamente. Aquellos que cometieron violencia criminal se enfrentarían a la persecución por sus actos y no por lo que expresen. Ese mundo no existe. En efecto, como el repudio público de los hechos criminales del pasado se expande a través del trabajo de la memoria pública y las persecuciones a los criminales, los apologistas del régimen autoritario pueden sentir más, no menos, necesidad de afirmar su propia memoria del pasado.

En este mundo real, las democracias se enfrentan con un dilema. Actúan contundentemente contra el discurso de los apologistas del régimen autoritario, o lo permiten. La censura, como Holmes y otros afirman, posee ciertas virtudes democráticas. Proteger el discurso del pasado asegura la memoria colectiva. Cuando los perpetradores salen a hablar, alteran la memoria colectiva y el silencio sobre el

pasado. Ellos intentan imponer su propia visión del pasado. Las democracias interesadas en evitar confrontaciones potencialmente desestabilizadoras sobre la memoria del pasado encuentran que las *leyes mordaza* son una manera efectiva de tratar con los apologistas del autoritarismo. Censurándolos, dejan en claro que las violaciones a los Derechos Humanos no serán toleradas, ni siquiera en la retórica.

Por razones prácticas y filosóficas, sin embargo, las restricciones a la expresión tienen altos costos y le dejan pocos beneficios a la democracia. Desde una perspectiva filosófica, restringir el discurso más allá de mínimas garantías socava los derechos fundamentales de la libre expresión. Mediante el uso de prohibiciones contra el discurso de los apologistas del autoritarismo, se lo reconoce como un peligro claro e inminente para la sociedad democrática o para individuos particulares. Teniendo en cuenta que las declaraciones que cayeron bajo la ley de apología del delito involucran versiones del pasado y no especifican o apuntan amenazas a los individuos, las cortes interpretaron la memoria del pasado de los perpetradores en sí misma como peligrosa para la sociedad democrática.

Los apologistas del autoritarismo ofrecen tres peligros potenciales para la sociedad democrática. El más obvio es que ellos puedan cosechar apoyo con sus expresiones y llegar a ocupar cargos en el gobierno democráticamente elegido. Frenar sus discursos ayuda a frenar su apoyo dentro de la democracia. Segundo, ellos pueden dividir a la sociedad en dos polos de memoria bien separados, lo que dificultará la obtención de consensos y la asunción de compromisos democráticos. Prohibir ese tipo de discurso puede contribuir a evitar la polarización y la desestabilización. Tercero, el poder político de los apologistas del autoritarismo enrarece la discusión de ideas y el debate de proyectos. No necesitan tomar el control del gobierno democrático para ejercer influencia sobre diversas políticas. Censurar su discurso puede ser un recurso para evitar su influencia en el gobierno democrático y la sociedad.

La Argentina parece inmune a estos tres peligros señalados. El país no parece requerir leyes de restricción a las libertades expresivas para impedir a los perpetradores que ganen el control de la democracia. La reciente decisión de la Cámara de Diputados que evitó que el torturador confeso Luis Abelardo Patti tome su banca no descansó sólo en sus discursos, sino también en su flagrante indiferencia por los Derechos Humanos. Habiendo ganado el voto popular, además, sugiere que las leyes sobre el discurso, aun cuando son aplicadas, no impiden que las ideas se diseminen o ganen apoyo. En efecto, la protección del discurso permite que los grupos de defensores de los Derechos Humanos, víctimas, y sobrevivientes desafíen las afirmaciones de los apologistas del autoritarismo. Esa competencia de ideas puede demostrar ser más efectiva en combatir su propagación que enterrarlas convirtiéndolas así en apóstoles a quienes las defienden.

La movilización de la sociedad argentina contra las confesiones de los perpetradores demuestra este argumento. Cuando los perpetradores han tenido que defender públicamente sus visiones contra los desafíos de las víctimas, los sobrevivientes y grupos de Derechos Humanos, han tendido a perder su influencia. Los que desafían las visiones de los apologistas compiten exitosamente en el mercado de ideas para mostrar lo poco heroicos que han sido estos hechos. Así, la sociedad argentina desafía la afirmación de Astiz en cuanto que él fue el “asesino mejor entrenado” con la evidencia del asesinato de una adolescente sin pasado político, y su participación en la desaparición de dos monjas. ¿Quién podría ver su rol como heroico, frente a tal evidencia? Incluso algunos de sus partidarios dentro de la milicia comenzaron a restarle apoyo. Que Etchecolatz blandiera un arma para amenazar a dos estudiantes universitarios por haberse burlado de él, demuestra una conducta precipitada, incorrecta para un oficial de policía. Llevar el debate al dominio público, en otras palabras, permite una discusión del pasado y lo que significa para la democracia. Enterrarlo, lo deja sin discutir. Los partidarios del régimen continúan creyendo las historias que les cuentan porque nadie las cuestiona.

Ciertamente, la controversia rodea las declaraciones de los apologistas del autoritarismo. La democracia, de todos modos, tiene que ver con la participación política, la oposición, y la polémica. La controversia es inevitable. Además, si los apologistas no reciben la clase de tratamiento que esperan —aplausos o martirio—, es más probable que permanezcan tranquilos. Que ellos puedan compartir el escenario público y aparecer tan poderosos que puedan enfrentar a la censura, no sólo promociona sus visiones de una izquierda democrática vengativa, sino que también refuerza, más que disminuye, su poder político.

La ley de apología del delito sirve a un propósito importante. Simbólicamente, le recuerda a la sociedad democrática que justificar la violencia del pasado es justificar un crimen y no un acto heroico. Pero censurar el debate sobre el pasado es ignorar el poder de los grupos movilizados en la sociedad argentina para desafiar exitosamente las versiones del pasado de los apologistas. Y debilita, además, el principio democrático de proteger la libre expresión y la competencia de las ideas.

(traducción del inglés de Marcelo Metayer).

**Leigh Payne** es profesora de Ciencias Políticas en la Universidad de Wisconsin, EE.UU. Su último trabajo es *Unsettling Accounts*, Duke University Press, un libro acerca de confesiones públicas hechas por perpetradores de la violencia de Estados autoritarios en Argentina, Brasil, Chile y Sudáfrica. Sus libros anteriores son *Uncivil Movements: The Armed Right Wing and Democracy in Latin America* y *Brazilian Industrialists and Democratic Change*.

# Entres héroes y traidores

¿Cómo se articulan una política de olvido acerca de lo sucedido durante la última dictadura con las particulares memorias de los integrantes de la fuerza? ¿Qué tensiones se dan entre la memoria oficial de la institución y las memorias de los familiares de muertos en los 70 y los cuadros medios, necesitados de reforzar la identidad y la pertenencia?

Por Valentina Salvi

Ilustraciones Miguel Rep

El acto del 24 de mayo de 2006 en Plaza San Martín, por el cual cinco oficiales de la Compañía de Comandos 601 del ejército recibieron arresto de entre 30 y 40 días, fue un eslabón de una cadena de actos conmemorativos que, aunque siempre realizada dentro de cierto entorno íntimo, escenifica disputas internas sobre la memoria del pasado reciente. En los últimos años, oficiales de rango medio en actividad, oficiales retirados —mayoritariamente aglutinados bajo la figura de *compañeros de promoción*— y familiares de los oficiales muertos durante la década del 70, se han convertido en los guardianes del fausto militar de los *muestras por la subversión* frente a la política de memoria de los mandos superiores. Lo ocurrido frente al cenotafio de la Guerra de Malvinas muestra que los *actos de homenaje* —así llaman los organizadores a estos eventos— son el ritual en el que se revelan los conflictos en torno a qué y cómo recordar de un pasado violento que, desde el regreso de la democracia, viene determinando la vida política e institucional del ejército.

En la vida militar, en sus prácticas y representaciones colectivas, hacer historia de la institución, de sus hombres, de sus batallas y de sus muertos, es una práctica corriente, estimulada y valorada por los oficiales. La institución fomenta y premia la sensibilidad histórica de sus hombres. Los oficiales están familiarizados con las preocupaciones e intereses de los quehaceres del recuerdo. En su

calidad de agente productor y transmisor de sentimiento patriótico interesado en dar continuidad a una visión tradicional y no contradictoria de su rol en la vida nacional, el ejército narra su propia historia desde un dispositivo retórico que define acciones heroicas, gestas memorables y actos de caballeros. De allí que la historia oficial y la memoria colectiva parecen no distinguirse al punto que la memoria historizada, como diría Pierre Nora, es la garantía de control de la institución sobre la homogeneidad de los relatos.

Cada nuevo año el canon histórico ofrece a las tropas un calendario de fechas y aniversarios para ser recordados y conmemorados. En la vida militar, las prácticas conmemorativas tienen la función de investir con un aura simbólica a las gestas que constituyen el pasado de la institución. De este modo, el pasado se convierte en tradición y se vuelve objeto de un ritual basado en actos y homenajes, con estrictos cronogramas, oradores y discursos, uniformes de gala, desfiles, izamiento de banderas, himnos, formaciones de tropas, salvas al aire, entrega de condecoraciones, descubrimiento de placas, banda militar y trompa. Si bien esta rigurosa liturgia encarna el modo oficial de evocación del pasado, estas celebraciones se completan con pequeños actos informales tales como alocuciones personales, palabras de agradecimiento, aplausos, menciones o reconocimientos que constituyen una forma socialmente aceptada por los oficiales de expresión pública de sus sentimientos y emociones. Además, en muchos casos estas ceremonias se realizan ante la presencia de familiares y amigos. Así la institución crea un régimen de memoria y una performatividad que permiten no sólo fijar los recuerdos en sus portadores sino también transmitir y reproducir las tradiciones y la identidad militar.

Esta obsesión por los legados puede resultar contradictoria con la política de olvido que el ejército y sus hombres han mantenido frente a una sociedad que les reclama la verdad sobre el destino de los desaparecidos. A pesar de la voluntad de silencio que rodea a la desaparición de personas, los oficiales y el ejército recuerdan los años de la represión ilegal, recreando versiones de estas experiencias. Si bien estas versiones son resignificadas —en el plano personal y colectivo— de acuerdo a las circunstancias y al escenario político en el que la institución despliega sus estrategias y proyectos, cabe aclarar que están inscriptas dentro de una política de olvido, silencio y destrucción de los rastros del pasado que pretenden rememorar. De allí la selectividad de los hechos de la memoria que, como punto ciego de las entrevistas que he realizado, denota la fuerza vinculante que tiene el secreto como forma de cohesión entre los oficiales. El primer beneficio del secreto es la confianza mutua entre sus detentores, ya que de la capacidad de callarse deriva una sensación de resguardo. Así se instituye un mecanismo por el cual se produce automática-

mente el silencio esperado en cada uno de los miembros de la fuerza.

El lema *Soldado no pidas perdón por haber defendido a tu Patria*<sup>2</sup> con el que la Comisión de Homenaje Permanente a los Muertos por la Subversión convocó al acto en Plaza San Martín, debe entenderse en un horizonte de significación de la vida militar post-dictadura que se inaugura con el *mensaje al país* del general Martín Balza. El 25 de abril de 1995, un día después de que el ex-represor Víctor Ibáñez reconociera por televisión que se arrojaban prisioneros vivos al mar, comenzó un período de tensiones y descontentos entre la oficialidad y los mandos superiores que llega hasta la actualidad. Esa noche el jefe del Ejército leyó en el programa de televisión *Tiempo Nuevo* un discurso en el que afirmó: "...quiero decirles como Jefe del Ejército que, asegurando su continuidad histórica como institución de la Nación, asumo nuestra parte de la responsabilidad de los errores de esta lucha entre argentinos que hoy nos vuelve a conmovir".<sup>3</sup> Esta proclamada *autocrítica institucional*<sup>4</sup> no fue recibida satisfactoriamente por el movimiento de DD.HH., que no admitió la inexistencia de listas de desaparecidos en manos del ejército<sup>5</sup>; sin embargo fue percibida por los oficiales de rango medio en actividad y retirados como un acto de traición. El fastidio que el mensaje al país desató entre la oficialidad del ejército muestra que el poder de la palabra que evoca el pasado no deriva solamente de la autoridad de quién la enuncia, sino que se convierte en una palabra autorizada cuando obtiene el reconocimiento del grupo al que está dirigida. Las disputas por la representación del pasado represivo son al mismo tiempo luchas por las posiciones de autoridad, por la legitimidad de quien toma la palabra y por el reconocimiento del grupo al que se le transmite la memoria.

El descontento con las autoridades de un *ejército donde el honor es vendido por unas monedas*<sup>6</sup> —como vocifera una comunicación del *Grupo de Amigos por la Verdad Histórica*— se acrecentó considerablemente tras ser descolgadas las fotografías de Videla y Bignone, miembros de las Juntas Militares y Directores del Colegio Militar, que adornaban las paredes de esa institución. A raíz de que el general Bendiñi descolgara esos cuadros frente a 27 generales y 5 coroneles mayores, y con 700 estudiantes formados en los patios del Colegio Militar, cuatro generales presentaron su retiro<sup>7</sup>, demostrando, de este modo, su disconformidad con las autoridades del ejército y su política de memoria. Un oficial declaró al diario *Perfil*: *Y... obligarlo a descolgar del Colegio Militar los cuadros de Videla y Bignone, delante de todos los cadetes, no es un buen modelo para los futuros oficiales. Esos cuadros estaban ahí por una tradición que se sigue y porque fueron directores del Colegio Militar...*<sup>8</sup> Otro dijo: *Fíjese usted cómo manejó ese tema la Armada. Al Almirante Godoy también se le pidió lo mismo con los cua-*

*dros de los jefes que están en el Edificio Libertad. ¿Cómo lo resolvió? Un día le dijo a su secretario que le alcanzara a su despacho el cuadro de Massera. Dos días después, como siempre a última hora y cuando ya casi no quedaba nadie le pidió el otro cuadro...<sup>9</sup>*

La renuencia a pedir perdón y la negativa a rendir cuentas por la desaparición de personas ante la sociedad civil se arraiga en una representación muy generalizada en la memoria del ejército. En la perspectiva de quienes hoy homenajean a sus camaradas de armas muertas en la década del '70, la participación del ejército en las actividades represivas es interpretada como una acción de guerra. A la retórica de la guerra, la sociedad civil, dada la condición clandestina y el carácter sistemático y planificado de la política de aniquilación, le opuso el concepto de "terrorismo de Estado". Pero los militares continúan evocando ese pasado como *lucha contra la subversión*, una *lucha* en la que se defendió a la patria de los enemigos internos que la amenazaban. Y de este modo, se mantiene viva hoy aquella moral de combate que los convocó, como un llamado de la patria a dar un paso al frente y salvarla.

Los *actos de homenaje* se han transformado en el ámbito en el cual no sólo se evoca la represión como *lucha contra la subversión*, sino que se escenifica el conflicto entre la política de memoria de los mandos superiores y las prácticas conmemorativas de los rangos medios y los deudos. En estas ceremonias, los oficiales retirados y en actividad y las familias de los oficiales muertos se presentan como los guardianes de la memoria de esa *lucha* enfrentados al control de la institución sobre los relatos. Estos actores buscan institucionalizar la narrativa de la *lucha contra la subversión* como discurso oficial y legítimo del ejército.

Con excepción del acto en repudio al copamiento del cuartel de La Tablada, que se realiza cada 23 de enero en Plaza San Martín<sup>10</sup>, hasta el 24 de mayo de 2006 los oficiales —junto a las familias— realizaban los *actos de homenaje* a los *muertos por la subversión* de manera reservada.<sup>11</sup> Los lugares elegidos eran las dependencias de cuarteles y regimientos a los que los oficiales homenajeados pertenecían, o bien donde murieron. Estos *actos de homenaje* se realizaban, según deploran los organizadores, *sin evocación alguna por parte del Ejército Argentino ni autoridades*; y en algunos casos -se quejan- los responsables de esas dependencias militares no autorizaron que se colgaran las placas alusivas. Algo inadmisibles para los organizadores, ya que para ellos las marcas en el tiempo que representan los 30 años transcurridos se completan si se convierten en marcas en el espacio. Las placas recordatorias son el símbolo que permite inscribir territorialmente los acontecimientos que se quieren evocar al tiempo que se presentan como la garantía del reconocimiento oficial de la memoria que buscan institucionalizar.

*Ahora nos enteramos —sin sorpresa para nosotros— que el jefe de Estado Mayor General del Ejército no autorizaba la ceremonia ni la colocación de la placa, cuya comprometedor leyenda los exponía al escarnio: Asesinado por la subversión<sup>12</sup>, reclaman los organizadores de un acto de homenaje en Rosario.*

A diferencia de las autoridades del ejército que evitan darle entidad oficial a estos eventos, las familias y los compañeros de promoción exigen que a los oficiales muertos se los recuerde como *hombres de honor* y *con personal uniformado y una trompa para el toque de silencio*. En estas conmemoraciones, el pasado parece mezclarse con el presente eterno de los rituales castrenses. La rutina de las *performances* ritualizadas logra que los acontecimientos evo-

**La renuencia a pedir perdón y la negativa a rendir cuentas por la desaparición de personas ante la sociedad civil se arraiga en una representación muy generalizada en la memoria del ejército. En la perspectiva de quienes hoy homenajean a sus camaradas de armas muertas en la década del '70, la participación del ejército en las actividades represivas es interpretada como una acción de guerra.**

cados sean inscriptos en estructuras de sentido preexistentes. Esta repetición performática, que se confunde con una repetición interpretativa, impide que los hechos sean comprendidos y elaborados desde nuevos interrogantes. Los *actos de homenaje* remiten a un momento fundacional, casi mítico, en el que el ejército, la nación y la guerra se funden en la retórica de la gesta patriótica.

*La ceremonia de descubrimiento de la placa alusiva se propuso y acordó (...) para el 25 de mayo, fiesta patria que invita a la recordación de los héroes de las distintas guerras que forjaron nuestra Nación.<sup>14</sup>*

El discurso heroico exige que la memoria se practique bajo la lógica de la guerra y no de la masacre. Por eso, se reconoce a los desaparecidos pero *como muertos de una guerra no convencional*, y sólo en esos términos se acepta y reconoce el dolor de sus familiares y amigos. Desde esta lógica de bandos enfrentados, los oficiales y las familias reclaman que los militares muertos se han convertido, en los últimos años, en víctimas no reconocidas por la sociedad, pero por sobre todas las cosas, por el propio ejército. Un ejército que se niega homenajear a los oficiales muertos como *héroes que defendieron a su patria*. Si bien la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida provocó cambios considerables en las relaciones entre el ejército y la sociedad civil, los oficiales con los que he hablado tienden a desvalorizar el rol de la sociedad como blanco de sus reclamos o como interlocutor de sus evocaciones. Para los oficiales, reconocer la catástrofe que representó la desaparición sistemática de miles de perso-



nas implicaría un efecto de ruptura. La construcción de una memoria de héroes garantiza un relato unidimensional que opaca otras acciones posibles, puesto que resaltar ciertos rasgos como señales del heroísmo, exige silenciar otros. Esta práctica evocativa confirma la sospecha de que la reflexión no es un tipo de razonamiento moral generalizado ni estimulado en la vida militar.

A esta altura, ninguna duda abrigamos de que el general Carpani Costa se conmueve en la tumba de vergüenza y de asco, al ver que el Ejército que lo educó en el honor y el coraje hoy no está a la altura de sus obligaciones, corroído por la mentira, la cobardía, el deshonor y las sospechas de corrupción, y se preguntará si la conducción del Ejército de hoy está en condiciones de ofrecer su vida por la Patria, tal como hizo jurar a sus soldados el jefe del Grupo de Artillería de Salta, teniente coronel Roberto Augusto Vega, veterano de Malvinas, cuando, al tomar juramento a los soldados en el Día de la Bandera, en la localidad de Campo Castañares, expresó: "Es la misma bandera por la que varios soldados llevan grabadas en sus cuerpos las heridas recibidas peleando en

*Manchalá contra el terrorismo apátrida que pretendía cambiarla por un trapo rojo*".<sup>15</sup>

Es notable en esta cita cómo en la memoria de los oficiales de rango medio se reviven escenas, términos, rituales de la *guerra antisubversiva* en la medida en que condensan sentidos y valores que sirven para reforzar una identidad que se siente jaqueada y amenazada por la recuperación y consolidación pública de la memoria de los desaparecidos en Argentina. Si bien los períodos de crisis o amenazas externas constituyen coyunturas de activación de la memoria que pueden estimular a los grupos a reinterpretar su propio legado memorial y cuestionar su identidad colectiva, es decir a realizar una vuelta reflexiva sobre su pasado; en el caso del ejército se tiende, por el contrario, a cristalizar sentidos y a fortalecer posiciones que se niegan a cualquier revisión. Allí donde las víctimas de la represión persisten como muertos del bando subversivo y los represores como patriotas heroicos, se busca resistir a la vigilancia memorial de una institución obligada por la sociedad civil y por el estado de derecho a gestionar su democratización.<sup>16</sup> La evocación heroica de la repre-

sión ilegal es una *performance* colectiva que busca restaurar la dignidad del ejército como guardián de la patria, al tiempo que resguarda a los individuos de cualquier auto-crítica posible.

La memoria militar retoma así un punto central de la doctrina que alimentó las representaciones y las creencias que estallaron en la criminalización del Estado: se trató de una guerra librada en muchos frentes —militar, político, ideológico y psicológico—, en la cual las armas de combate fueron impuestas por el accionar del enemigo. Lo justo y lo injusto queda, pues, ligado a la lógica de la guerra y sus resultados militares. De tal modo que al diluirse la acción clan-

**La lealtad al ejército y a la Nación se materializa bajo la forma un sacrificio voluntario personal. De este modo, se sostiene y reivindica la figura del militar combatiente quien, a diferencia del militar de escritorio, está comprometido con la lucha, se siente parte de la lucha, de cuerpo y alma.**

destina y estatal en el terreno de una operación militar, se consideran los asesinatos como muertes justas, y en todo caso, las muertes injustas se explican por la contingencia de un tipo de lucha no querida.<sup>17</sup>

Además, la reivindicación de los héroes y de los mártires de la *lucha contra la subversión* surge del convencimiento de que nadie tiene que defenderse ni rendir cuentas por haber ganado una guerra justa. Esta concepción fortalece una imagen, tanto de los oficiales que *combatieron* en el pasado como de quienes hoy los recuerdan, como *soldados leales a la patria*. En esta identificación entre ayer y hoy, las experiencias pasadas se superponen, o bien impregnan las experiencias del presente. Los *combatientes* en el terreno militar se confunden con los *combatientes* en el terreno de la memoria. Y ambos se apoyan en la convicción de que *defender a la patria* exige un sacrificio voluntario personal. La retórica de la *lucha contra la subversión* reintroduce en el escenario de la memoria la cuestión de los valores que conforman la identidad *legítima* del militar.

La identificación entre el pasado y el presente radica en la voluntad personal de enrolarse en una *guerra para eliminar subversivos y así defender a la Nación*. La lealtad al ejército y a la Nación se materializa bajo la forma un sacrificio voluntario personal. De este modo, se sostiene y reivindica la figura del militar combatiente quien, a diferencia del militar *de escritorio*, está comprometido con la lucha, se siente parte de la lucha, de cuerpo y alma. La distancia moral entre un militar *combatiente* y un militar *de escritorio* explica, para los oficiales que homenajean a sus camaradas, el desacuerdo con las actuales autoridades de ejército.

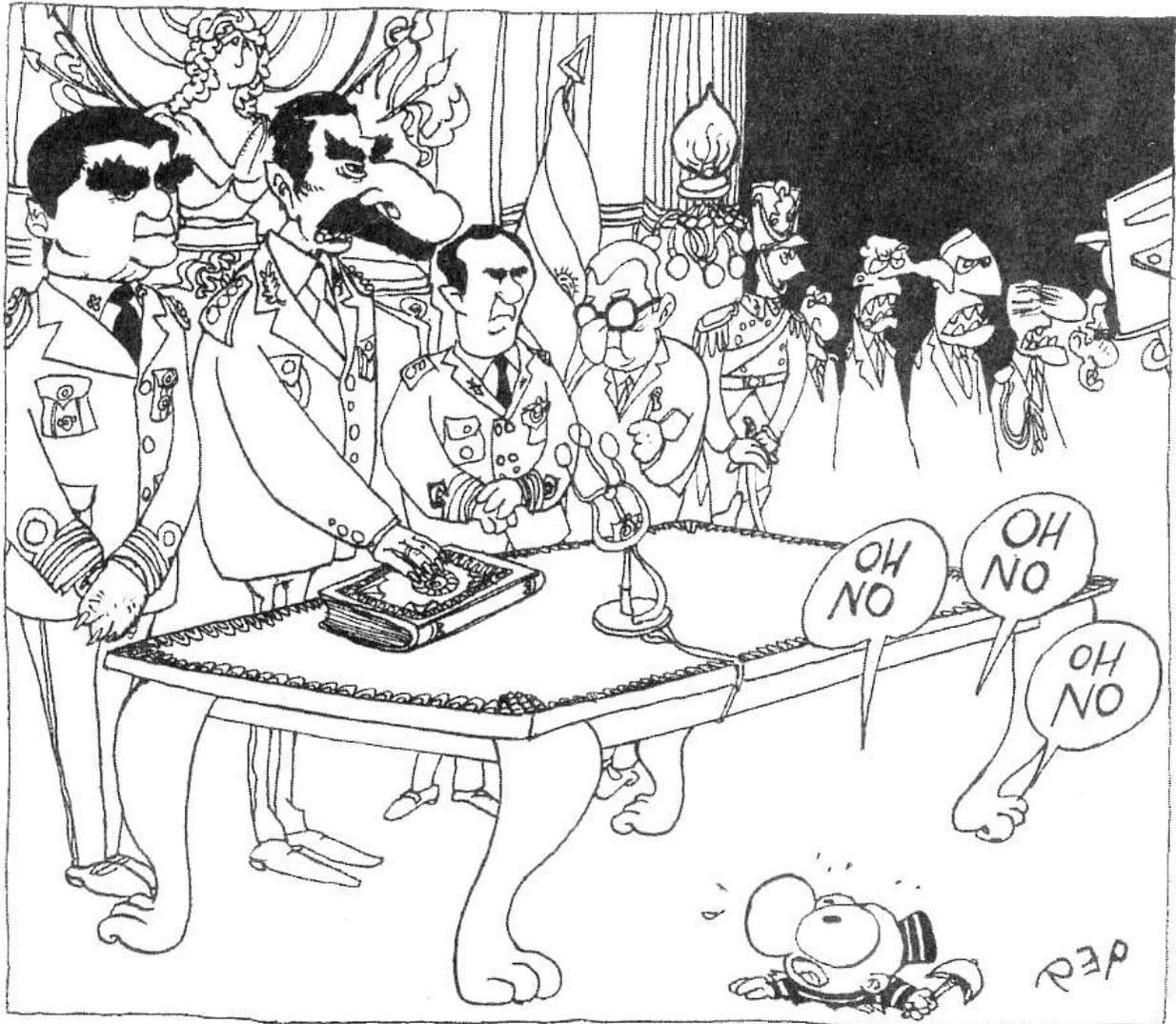
En el proceso de construcción de sus memorias, los oficiales de rango medio realizan una asociación entre los generales de escritorio de ayer y los generales de escrito-

rio de hoy. Esta asociación entre los comandantes de ayer y los generales de hoy se explica porque los oficiales esperan la protección de los mandos superiores. Tal como afirmó públicamente el capitán de corbeta retirado Francisco Scilingo<sup>18</sup>, los comandantes de ayer debieron asumir todas las responsabilidades por la represión ilegal y por supuesto, no aceptar los indultos. Del mismo modo, los generales de hoy deberían impedir que se juzgue a los oficiales involucrados en violaciones a los DD.HH.

La evocación de la *lucha contra la subversión* como una retórica de combate se inscribe en un debate más amplio sobre los valores legítimos que deben conformar la identidad militar tradicional. En una coyuntura política de transformación institucional, el ejército y sus hombres tienden a reafirmar la continuidad de los valores militares tradicionales. Entre ellos, el más relevante es el sacrificio que aparece asociado a la figura del combatiente. Se trata de un valor moral fundamental de la vida militar como diferenciada de la vida civil. Desde su temprano ingreso al Colegio Militar, los futuros oficiales son socializados en tradiciones militares enraizadas en valores como la lealtad, la abegación, la resistencia, la entrega y el sacrificio. Ser militar exige mucho más que adscribir a dichos valores morales sino que estos son inscriptos en el cuerpo y en la subjetividad de los oficiales. El sacrificio no es un acto extraordinario sino ordinario, es común y esperable *dejar todo por el ejército*. Sacrificarse es, pues, identificarse plenamente, sin resistencias y sin distancia crítica, primero con la institución castrense, luego con la profesión militar, por último, con el combate. Como valor moral, el sacrificio es la materia significativa a través de la cual la identidad colectiva se encarna en sentimientos, preferencias y elecciones personales. Y por ello, asume la forma de sentimientos normalizados y ritualizados, obligatorios y legítimos de ser expresados públicamente en actos conmemorativos.

La moralidad de un militar comprometido con la *lucha contra la subversión* es más que un conjunto de argumentos justificatorios, se encarna en deseos, expectativas, elecciones, preferencias y sentimientos subjetivamente vivenciados y colectivamente aceptados y estimulados. El mundo personal-afectivo del sujeto y el mundo militar-moral del oficial se superponen y complementan allí donde la identidad militar se constituye en el *militar combatiente*. Y así el deber de militar se vivencia subjetivamente como una virtud personal. Sólo en este terreno afectivo donde la obligación parece perder su carácter meramente coercitivo, es posible que surja el heroísmo del sacrificio como un comportamiento individual y colectivamente valorado.

En la memoria de los militares, el sacrificio se presenta como algo más que una figura retórica, se trata del modo legítimo de ser militar, más aun, en la medida que se retrotraen a una época en la que lo militar y sus institucio-



nes y tradiciones se consideraban *amenazadas por la anarquía de los valores*. La identidad militar se concibe a sí misma como un mundo de valores morales frente al mundo civil que se entiende como carente de ellos. En este sentido, los miembros de las organizaciones armadas eran vistos como jóvenes díscolos que despreciaban todo orden.

**En los actos conmemorativos se evocan de manera acrítica los valores y las creencias que fomentaron la desaparición de personas en Argentina.**

Esta oposición refuerza la auto-imagen militar en la que los oficiales se convierten en militares plenos, legítimos, en militares *que no dejan caer sus banderas y si caen tendrán que caer con ellas*, en tanto actúan y se reconocen como *hombres de acción*, como combatientes.

La identidad militar tradicional aparece más resguardada por los oficiales retirados, los oficiales de rango medio y las familias que por la misma institución y sus auto-

ridades. Por ello, las disputas con las autoridades del ejército en torno a los *actos de homenaje* son percibidas por los oficiales como una muestra de la crisis de valores y de costumbres que está atravesando la institución. *En estas condiciones, y habiéndose comprobado el escaso grado de compromiso, de respeto al honor militar, de entereza y de valentía que portan los actuales conductores del ejército*, caracteriza el Grupo de Amigos por la Verdad Histórica.

En los actos conmemorativos se evocan de manera acrítica los valores y las creencias que fomentaron la desaparición de personas en Argentina. En un contexto en que el ejército está obligado a posicionarse frente a los debates que la sociedad mantiene sobre las violentas experiencias del pasado y a gestionar su propia transformación institucional, la reivindicación de la *lucha contra la subversión* de los cuadros medios refuerza una lógica identitaria que opone el nosotros a los otros, por un lado; y garantiza la continuidad de la identidad militar tradicional,

por otro lado.

Esta identificación grupal que asegura la fijación al pasado, reproduce mecanismos de diferenciación de la alteridad generalizados en la vida militar. La construcción simbólica de la identidad militar se apoya en una distinción del mundo civil. Desde el Colegio Militar, los oficiales incorporan un sistema clasificatorio que esencializa la vida militar como el mundo de los valores eternos y la vida civil como carente de ellos. Estas polarizaciones se reifican en clasificaciones binarias tales como orden-caos, lealtad-traición, coraje-cobardía, amigo-enemigo, patria-extranjero, etc. La ritualización de la memoria de la lucha contra la subversión en los actos de homenaje funciona como un instrumento privilegiado para la reproducción del mundo simbólico al que pertenece el oficial.

“Frente a ellos, nosotros... los ingenuos, los que todavía creemos que existen valores eternos, que hay patria para siempre, instituciones para siempre y también un ejército para siempre”.

El pasado es evocado como emblema de legitimidad en el marco de conflictos que se vienen produciendo al interior del ejército. La *lucha contra la subversión* en boca de los militares entrevistados es tanto una trama memorial como una moral de combate. Esta identificación entre los combatientes en el terreno militar con los combatientes en el terreno de la memoria, fija el presente al pasado de un modo que impide cualquier tipo de reelaboración, autocrítica o transformación. Éstas son percibidas como una traición a la memoria de lo ocurrido.

¿Qué significa recordar para un oficial de rango medio del ejército argentino? Evocar la *lucha contra la subversión* implica fijarse al pasado, fortalecer la identidad tradicional y salvaguardar el carácter corporativo de la cohesión militar. Se trata de una matriz narrativa a través de la cual los oficiales recuperan el pasado en común pero refuerzan los límites de lo significativo y pensable por ellos sobre ese pasado. La memoria que se evoca en los actos de homenaje es una memoria facciosa, excluyente y cerrada, que no da lugar a nuevos interrogantes ni estimula ninguna reelaboración. Reproduce una idea simple del pasado, con buenos y malos bien identificados, y por lo tanto impide reflexionar sobre la complejidad de los comportamientos humanos. Se trata de una memoria abusiva que privilegia unas víctimas por sobre otras y justifica sufrimientos por considerarlos merecidos. La narrativa de lucha contra la subversión reproduce un nosotros excluyente y cristaliza una memoria intransferible, encerrada en sí misma, que les permite a los oficiales salvaguardarse como una comunidad moral diferenciada frente a una sociedad que exige cambios.

**Valentina Salvi** es historiadora.

1. De las promociones del Colegio Militar surge un grupo políticamente activo que se denomina Unión de Promociones. Su presidente, el general Giuliano, cerró la lista de oradores en el acto del 24 de mayo.

2. *La Prensa*, 25 de mayo de 2006.

3. *Clarín*, 26 de abril de 1995.

4. “El Ejército instruido y adiestrado para la guerra clásica, no supo cómo enfrentar desde la ley plena el terrorismo demencial. Este error llevó a privilegiar la individualización del adversario, su ubicación por encima de la dignidad mediante la obtención, en algunos casos, de esa información por medios ilegítimos, llevando incluso a la supresión de la vida, confundiendo el camino que lleva a todo fin justo, y que pasa por el empleo de medios justos. Una vez más reitero: el fin nunca justifica los medios”.

5. “Las listas de desaparecidos no existen en la fuerza que comando, si es verdad que existieron en el pasado no han llegado a nuestros días. Ninguna lista traerá a la mesa vacía de cada familia el rostro querido, ninguna lista permitirá enterrar a los muertos que no están ni ayudar a sus deudos a encontrar un lugar donde rendirles un homenaje”.

6. Comunicación del a propósito del 30 aniversario de la muerte del General de Brigada Arturo Horacio Carpani Costa. Por instrucción de María Josefina Iturrioz Vda. de Carpani Costa, Arturo Adolfo, María Josefina, Fernando y María de la Paz Carpani Costa, firma el Dr. Juan Martín Carpani Costa.

7. *Clarín*, 24 y 25 de marzo de 2004.

8. *Perfil*, 4 de junio de 2006.

9. *Ibid.*

10. En el acto del 23 de enero de 2006 se homenajeó también a los caídos por la patria –según versan las proclamas– en el ataque al cuartel de Azul realizado por el ERP el 19 de enero de 1974.

11. Esta práctica de realizar los actos de homenaje puertas adentro tiene su antecedente en las misas que convocaba Familiares y Amigos de los Muertos por la Subversión (Famus)

12. Comunicación del Grupo de Amigos por la Verdad Histórica.

13. Comunicación del Grupo de Amigos por la Verdad Histórica

14. *Ibid.*

15. Comunicación del Grupo de Amigos por la Verdad Histórica.

16. El fracaso de la guerra de Malvinas, las violaciones a los DD.HH., las intenciones golpistas de la década del '80 y '90, la muerte de un soldado por maltratos durante el servicio militar, acrecentaron el descrédito de la institución, que debió afrontar un proceso de cambios

17. La Doctrina de la Guerra Contrainsurgente considera que los movimientos revolucionarios plantean una guerra generalizada hasta la aniquilación; el secuestro y la tortura quedan justificados por el accionar de un enemigo indefinido que usa medios ilícitos. Esta doctrina reenvía la responsabilidad directa a las víctimas, al tiempo que introduce una falsa distinción entre métodos legales e ilegales y entre muertes inocentes y merecidas.

18. El capitán de corbeta (R) Francisco Scilingo realizó sus declaraciones públicas después de que los comandantes de las juntas militares recibirían el indulto y porque –a su criterio– fue el silencio oficial sobre la represión ilegal lo que impidió la promoción a oficiales como Pernías y Rolón. (*El vuelo*, Horacio Verbitsky, editorial Planeta, Buenos Aires 1995).

19. Fragmento de un discurso pronunciado por un teniente coronel (R), al cumplirse 30 años del Combate del Río Pueblo Viejo (Operativo Independencia).

El 24 de marzo según True Peace

# RECORDANDO con ira

Los conflictos por la memoria del pasado reciente no pueden ser pensados en términos maniqueos: agentes partidarios de la memoria frente a individuos que enuncian desde el olvido y el silencio. Se trata de distintos agentes que elaboran sus propios relatos de lo acontecido, que no sólo pueden diferir sino incluso ser abiertamente contrapuestos. Es el caso de esta página de internet vinculada a la derecha pro-militar con respecto a las versiones más aceptadas en la sociedad acerca de la significación del golpe de Estado.

Por Emiliana Mercère

Ilustraciones Miguel Rep



Las representaciones colectivas, constituidas en la tensión entre los actos de olvidar y recordar, se vinculan con las agendas políticas cambiantes de los grupos que rememoran, por lo que resultan inevitablemente parciales. Una vía fértil de acceso a la reflexión sobre las maneras en que se configuran estas memorias es el análisis de las prácticas conmemorativas. Dado su carácter público, periódico y reiterativo, éstas son un lugar privilegiado para investigar las interpretaciones del pasado que atraviesan el tejido social, son un núcleo generador de polémicas y antagonismos. Por esto, elegí una fecha de indiscutible capacidad de convocatoria, que con los años ha devenido un punto de anclaje para representaciones del pasado distintas, incluso, contrapuestas: el 24 de marzo de 1976.

Abordaré los editoriales emitidos por *True Peace* respecto a esa fecha de conmemoración en los años 2000, 2001 y 2002.<sup>1</sup> El trabajo parte de una serie de interrogantes: ¿de qué modo *True Peace* conmemora?, ¿qué relato establece acerca del pasado? Para responder estas preguntas, analizaré la situación argumentativa, relevando cómo este grupo de ultraderecha, a través de su página web “Terrorismo en la Argentina”, pretende desacreditar el discurso de los organismos de DD.HH. y de los medios de comunicación masiva, y, simultáneamente, busca auto-legitimarse y obtener un mayor consenso respecto de su representación del accionar represivo, ejecutado por las Fuerzas Armadas durante la última dictadura en la Argentina (1976-1983).

Recurriré como marco teórico principalmente al *análisis argumentativo* tal como lo propone Christian Plantin, cuyo enfoque comunicativo-interactivo tiene por objeto principal los discursos en oposición e intenta definir el grado y la forma de argumentación en una situación lingüística dada (1996, 1998).<sup>2</sup>

### Actores de la argumentación

Partiendo de la diferencia entre actante y actor, se subrayan los obstáculos en la reconstrucción de este último. Analizando detenidamente los discursos emitidos por *True Peace* sólo se encuentra un nombre propio a quien atribuirle la información transmitida: Lucas Salgado, quien firma el editorial del 24 marzo de 2002. Allí, dice ser miembro de la dirección editorial de *True Peace* y afirma hacerse nuevamente cargo, a pedido del resto de los integrantes, del editorial sobre la conmemoración del último golpe de Estado, con lo cual se deduce que es él quien ha escrito los editoriales en tal fecha conmemorativa en el 2000 y 2001. Ahora bien, en ningún discurso publicado hay referencias precisas respecto de la profesión, la actividad laboral o la posición en el entorno social de Salgado o de los restantes miembros de *True Peace*. No obstante, investigando en internet descubrí que este individuo perteneció —ignoro si continúa haciéndolo— al Área 85 de la Dirección de ContraIntelligen-

cia de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), cuyos integrantes suelen ser retirados de alguna fuerza armada o de seguridad.

En el editorial de 2002, Salgado hace una dolida referencia al fallecimiento del Almirante Horacio Zaratiegui, quien era secretario privado de Massera y conducía junto con Miguel Ángel Troitiño y Carlos Acuña el programa radial *Debate Ciudadano*, en la FM Cultura 97.9, publicitado en las páginas de *True Peace*. Es importante tener en cuenta estos nombres: el almirante Troitiño, por demorar en uno de ellos, fue candidato de *Fuerza Republicana* —el partido del gral. Bussi—, vicepresidente del Centro de Oficiales y Vocal y miembro honorario del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada. Junto con el general Carlos Matalón y el brigadier Luis Villar, actualmente todos retirados, fundaron en 1998 un grupo que pretendía legalizarse como partido político, llamado *Nueva Opción Republicana*. Entre otras cosas, su programa planteaba que *los desaparecidos están en México, pueden volver los enfrentamientos de los '70 y hay que cuidarse de Chile*.

Paradójicamente, podemos recoger más elementos de las negaciones que de las afirmaciones: *En estos tiempos, se nos ha acusado con los argumentos más disparatados. Del agravio barato de ser llamados nazis o fascistas, ser parte de algún ignoto partido de ultraderecha o ser el órgano de difusión de un grupo de militares retirados* (editorial de 2000).

Teniendo en cuenta estos datos y sobre todo relevando los otros sitios mencionados<sup>3</sup> y el léxico empleado, que responde al típico ideario de la ultraderecha militarista argentina, se podría decir que los actores han pertenecido o pertenecen a las FF.AA. y/o de seguridad.

Asimismo, hay referencias a individuos que jugarían el rol de Aliados del Proponente, esto es, que comparten el sistema de valores de los miembros de *True Peace*, como se desprende de enunciados tales como *nuestro mensaje para aquellos que al día de hoy sufren injusticias derivadas de la conducción o participación en aquella guerra* (editorial de 2000).

El editorial de 2002 plantea: *Finalmente queremos hacerle llegar nuestro respeto a aquellos que cayeron en combate, a aquellos que combatieron a favor de la Nación y que aún tienen las marcas del combate, y a aquellos que tras haber conducido la Guerra, sufren hoy injustos arrestos domiciliarios producto del espíritu de revancha de algunos ex terroristas*.

Respecto de la identidad de las personas o instituciones que ocupan la posición de Oponente, se mencionan, con más o menos precisión según el caso, los medios masivos de comunicación —a los que se descalifica señalando su carácter de empresas—, los sobrevivientes reaparecidos, los familiares indemnizados, sus abogados y los organismos de DD.HH.

También es incierta la descripción de los individuos concretos en posición de Tercero. Dado que la comunicación se



produce de manera mediática (por internet), se puede hablar de audiencia, constituida en este caso por un conjunto de individuos difícilmente identificables: todos aquellos que ingresan a la página "Terrorismo en la Argentina".

### Conjunto de argumentos

La tesis del Proponente reproduce punto por punto el alegato sostenido por los defensores de los acusados en el Juicio a las Juntas, consistente en que no hubo terrorismo de Estado sino una guerra desatada por la subversión contra la sociedad argentina en su conjunto. Se justifica la represión ilegal recurriendo a la retórica de la emergencia, convocando, en particular, la estrategia de la obligación: las FF.AA no quisieron ni provocaron tal guerra; debieron luchar contra la subversión para defender a los argentinos y para ello no tuvieron otra opción que responderle con una guerra no convencional y con metodología propia, con la consiguiente e inevitable instalación de un gobierno de facto.<sup>4</sup> Desde tal perspectiva, no era posible combatir la guerrilla insurgente con las restricciones que imponía el ordenamiento institucional y jurídico de la democracia entonces vigente. Llegan incluso a sostener que, porque se luchó contra la guerrilla, hoy funciona un sistema democrático en la Argentina: *...sin lugar a dudas los objetivos de ese gobierno fueron llevados a cabo: la reinstauración del orden y la tranquilidad para los habitantes, una sociedad más madura y encaminada hacia el logro de una democracia* (editorial de 2000).

En este conflicto sobre las diferentes interpretaciones de

los hechos y la aplicación de las normas del orden moral, incide fundamentalmente la legalidad de las acciones de las FFAA.<sup>5</sup> Aunque es evidente que legalidad y legitimidad no son lo mismo, *True Peace* defiende a los represores apelando a la legitimidad de todas las acciones gubernamentales que prescribió la ley, en particular, el decreto 2772/75: *...el gobierno democrático justicialista le ordenó a las FF.AA. la aniquilación de los terroristas* (editorial de 2002). *True Peace* niega —como en su momento lo negaron los abogados de los militares enjuiciados— que los grupos armados hubieran sido diezmados con anterioridad al golpe, que éste tuvo como objetivo la imposición de políticas económicas, sociales y culturales altamente autoritarias y excluyentes. En este punto, interesa indicar cómo se introduce el *argumento de las represalias (ojo por ojo diente por diente)*: la guerrilla no se ajustó a las leyes de la guerra; por lo tanto, era lógico y necesario que las FFAA usaran una metodología ilegal. Lo que hace *True Peace* es justificar *una acción negativa poniéndola en paralelo con otra acción negativa. Esta argumentación se refuta a partir del principio moral de que no se puede combatir el mal con el mal* (Plantin, 1998 [1996]: 82). Esta primera tesis incluye la fórmula de los excesos y errores, según la cual el secuestro, el robo de bienes materiales, la tortura, el asesinato con desaparición del cuerpo y la apropiación de menores como *botín de guerra* no se realizaron dentro de un sistema militar perfectamente organizado sino que fueron faltas cometidas por algunos subordinados, con lo cual se quita a las FFAA como insti-

tución responsabilidad sobre lo sucedido. Así, por ejemplo, *True Peace* afirma en el editorial de 2000: *...no decimos que durante aquella guerra se hizo todo bien, admitimos que se han cometido errores y horrores. Pero enmarcado en una guerra que es la sinrazón humana llevada a sus límites violentos más extremos.*

Y en el de 2001: *Sin duda alguna en esta guerra hubo errores y horrores. Grandezas y miserias, propias de la condición humana, pero sin lugar a dudas los objetivos de ese gobierno fueron llevados a cabo: la reinstauración del orden y la tranquilidad para los habitantes, una sociedad más madura y encaminada hacia el logro de una democracia.*

En ambos casos se apela a la *captatio benevolentiae*, consistente en lograr la buena predisposición del público a través de pequeñas concesiones hechas al oponente, las que, al ser mitigadas, devienen en concesiones aparentes. En efecto, a través del uso del conector adversativo “pero” se orienta a la audiencia hacia la conclusión que más le conviene a *True Peace*. Tal conector establece una relación adversativa entre las cláusulas anteriores al nexos (*admitimos que se han cometido errores y horrores y en esta guerra hubo errores y horrores*) y las posteriores. Se podría afirmar que la autocrítica formulada en las primeras proposiciones —la admisión de una cierta responsabilidad— se diluye en las segundas. Además, vale destacar la indeterminación del eufemismo *errores y horrores* y preguntarnos en qué consistieron esos errores y horrores y, sobre todo, quiénes los cometieron. No es un dato fútil el empleo particular del lenguaje que hace *True Peace*, que elude ciertos vocablos reemplazándolos por otros menos inquietantes para revestir de inocencia las acciones más condenadas por el código moral de la sociedad —matar y torturar—, mitigando así la culpabilidad de los militares.

Esta argumentación se arma a partir de la articulación de dos macroactos discursivos de legitimación y de defensa, que comparten las mismas condiciones generales de fortuna: 1) El hablante (H) ha hecho (A); 2) H cree que el Oyente (O) piensa o puede pensar que A ha sido un error; 3) H piensa que A no ha sido un error (Van Dijk y Martín Rojo, 1998: 182). Un acto verbal relacionado con los anteriores es el de negación, en el que, o bien el proponente afirma no haber hecho A, o al menos no haber hecho o pretendido que A fuera como ha sido representado en la acusación. Desde el punto de vista de la interacción comunicativa, esa intervención está orientada a responder la acusación del oponente, desacreditándolo, y simultáneamente a persuadir a la audiencia de que los hechos no fueron tal como aquel los describe. Desde una perspectiva semántica, la representación cognitivo-discursiva de los acontecimientos como *hechos* ciertos tiene que ser legitimada para contrarrestar las versiones consideradas falsas. Esto resulta funcional para el intento de justificación: es más fácil justificar

Por un lado, si bien es cierto que las organizaciones armadas llevaron a cabo atentados y secuestros, de ninguna manera se le pueden atribuir violaciones y torturas. Pareciera ser que *True Peace* proyecta —en términos psicoanalíticos— sobre el considerado enemigo acciones y características relativas no a éste, sino al propio accionar de los represores, formulando así una representación falsa de lo real acontecido.

la represión si los que han sido reprimidos son definidos y descriptos como *los violentos* y se les adjudica acciones tales como *secuestrar, violar, matar y torturar —y los capos a hacer unos buenos dinerillos—en nombre de la Revolución y del pueblo* (editorial de 2002).

Aquí es importante resaltar dos aspectos. Por un lado, si bien es cierto que las organizaciones armadas llevaron a cabo atentados y secuestros, de ninguna manera se le pueden atribuir violaciones y torturas. Pareciera ser que *True Peace* proyecta —en términos psicoanalíticos— sobre el considerado enemigo acciones y características relativas no a éste, sino al propio accionar de los represores, formulando así una representación falsa de lo real acontecido. Por otro, resulta evidente la estrategia de simplificación de la historia: en su versión de los hechos, este grupo reduce las luchas populares, con sus diversos modos de militancia y grados de compromiso, al fenómeno de la guerrilla rural y urbana. El punto clave de esta operatoria es el deslizamiento desde la des-inocentización hacia la des-victimización. Se intenta demostrar que las víctimas habían formado parte de organizaciones insurgentes, como si con ello los mecanismos de represión ilegales y clandestinos resultarían justificados. La argumentación sostenida por *True Peace* no sólo es mentirosa —porque la mayoría de los secuestrados no formaban parte de organizaciones armadas— sino moralmente reprobable, ya que aun si las víctimas hubieran sido guerrilleros eso no vuelve de ninguna manera aceptable su secuestro, tortura y muerte.

Esta operatoria de desinocentización/desvictimización se entiende mejor si recordamos que, como todo discurso argumentativo, el de *True Peace* se establece con relación a un contra-discurso, el del Oponente. A éste se le adjudica una representación despolitizadora de la última dictadura que niega a los desaparecidos su identidad como militantes. *True Peace* ironiza respecto de esta caracterización al decir, por ejemplo: *...los terroristas, convertidos mediante las mentiras de la prensa en dulces corderitos ejemplares, víctimas de unos locos socios feos y malos que los masacraron* (editorial de 2002).

Esta tesis atribuida al Oponente repone en cierta manera el discurso instalado en buena parte de la sociedad durante

la dictadura e iniciada la democracia, sostenido por los familiares de detenidos-desaparecidos, legitimado por el Juicio a las Juntas y reproducido por los medios masivos de comunicación. Este discurso omitía las perspectivas revolucionarias de muchos actores políticos de los '70, sus cuestionamientos a la democracia burguesa y su reivindicación de la violencia política, cuestiones todas éstas que —a la luz de los tiempos que corrían— difícilmente circulaban en público. Incluso se daba el caso de individuos que deseaban contar sus definiciones políticas —aquellas por las que habían sido secuestrados y torturados— y no encontraban quién quisiera escucharlos. Importa señalar que ese discurso fue indiscutiblemente hegemónico en el escenario público desde el juicio hasta mediados de los '90, cuando empezó a disputar su posición dominante con otros discursos reivindicatorios de la militancia de los sobrevivientes y los muertos por la represión. No obstante, y en carácter de hipótesis, creo que todavía el discurso de la víctima inocente sigue operando en la doxa, sobre todo vehiculado por los medios, con la clara excepción del diario *Página 12*, que ya hace tiempo instaló en sus páginas el debate y la revisión de los '70.

Lo que inquieta de esta operatoria y de su antítesis, es que, si bien desde espacios ideológicos opuestos, tanto el discurso inocentizador como el de ultraderecha sostienen un argumento perverso: la víctima inocente es más víctima que la militante. De lo que se desprende —según escribe Pilar Calveiro en *Poder y desaparición*— que *la tortura y el asesinato como forma de represión de la disidencia política tienen un valor sustancialmente diferente de si se usan contra inocentes; en el primer caso, estarían implícitamente admitidos*.

Y esto me lleva a reponer preguntas dolorosas e incómodas que ya hacía Juan Gelman en su “Elogio de la culpa”: *¿Hubo que ser inocente para acceder a la categoría de víctima de la dictadura militar? (...) ¿Piensan que la dictadura era mala cuando mataba inocentes —los excesos— pero que hacía bien en matar a los otros?*

*True Peace* discute con la perspectiva inocentizadora, que —insisto— ha dejado de ser hegemónica pero todavía opera. Ahora bien, incluso en el caso de comprobar que sea cierta la acusación sostenida por este grupo de que el periodismo sigue nutriendo al público con este relato, eso —más que darle la razón a *True Peace*— nos obliga a preguntarnos por qué como sociedad seguimos necesitando adjudicarles descompromiso político a los desaparecidos y reaparecidos para recién así poder pensarlos como víctimas.

**Emiliana Mercère** es Licenciada en Letras y actualmente dicta clases de Introducción a la Literatura en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Desde abril de 2001 hasta marzo 2006, fue becaria del CONICET.

## Bibliografía

Calveiro, Pilar, 1999, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue.

Ducrot Oswald, 1984, *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*, Barcelona, Paidós.

Gelman, Juan, 1997, “Elogio de la culpa”, en *Prosa de prensa*, España, Ediciones Grupo Zeta, pp.26-29.

Halbwachs, Maurice, 1992, *On Collective Memory*, London, University of Chicago Press.

Plantin, Christian 1996 [1998], *La argumentación*, Barcelona, Editorial Ariel, S.A.

1998, Introducción: “La argumentación entre enunciación e interacción” y “La interacción argumentativa”, en *Escritos, Revista de Ciencias del Lenguaje*, Número 17-18, enero-diciembre, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, pp.7-21 y 23-49 respectivamente.

Van Dijk, Teun y Martín Rojo, Luisa, 1998, Había un problema y se ha solucionado. La legitimación de la expulsión de inmigrantes ilegales en el discurso parlamentario español, en Martín Rojo L. y Whittaker R. (eds.), *Poder-decir o el poder de los discursos*, Madrid, Arrecife.

1. El corpus ha sido tomado de la página web *Terrorismo en la Argentina*, a la que se accedía a través de las direcciones <http://pagina.de/terrorismo> o <http://come.to/terrorismo>. Esta página estuvo en la red desde 1997 hasta el 2003. Los textos fueron transcritos tal como aparecían allí.

2. En “La interacción comunicativa” el autor considera que una situación del lenguaje comienza a ser argumentativa cuando se hace presente en ella una oposición discursiva. En el momento en que esta oposición deviene un problema en forma de Pregunta-Cuestión (C) y se diferencian explícitamente los tres papeles actanciales, el de Proponente (P), el de Oponente (O) y el de dudar, que corresponde al Tercero (T), la comunicación es enteramente argumentativa (1998: 25).

3. Entre los sitios mencionados aparecen: Foro de la Verdad Histórica (Asociación Ex-Combatientes de la guerra contra el Terrorismo), Foro de Generales Retirados, Ejército Argentino, Armada Argentina, Fuerza Aérea Argentina y Policía Federal Argentina.

4. Esta tesis también era sostenida por los acusados. Así, en 1984, frente al Consejo Supremo de las FF.AA., el dictador Jorge Rafael Videla afirmaba: “Esto, señores, en términos militares tiene una sola denominación: la guerra. Una guerra impuesta por el enemigo y, en su momento, aceptada, yo diría que aplaudida, por grandes sectores de la civilidad, sin cuyo concurso no hubiera sido posible la victoria militar lograda”.

5. *True Peace*, tanto en los editoriales que estamos analizando como en otros, plantea que la ciudadanía argentina le debe gratitud a los dictadores porque gracias a su accionar vivimos en democracia. Así, por ejemplo, en “Para hacer un análisis de la guerra” se puede leer: *Si el terrorismo hubiera triunfado seríamos una dictadura como la cubana. Entonces, ¿quiénes son los verdaderos artífices de nuestra democracia? ¿Los que ponían bombas, secuestraban y asesinaban para hacer una dictadura marxista eterna o quienes nos defendieron de ellos, aunque por unos años se apropiaran del gobierno? Gracias a que los argentinos derrotamos a los terroristas hoy gozamos de un país libre y de pleno derecho.*

# Testigos Y VECINOS

Por Gabriela Águila

Ilustraciones Miguel Rep

**Pese a que la represión fue fundamentalmente clandestina, hubo quienes vieron secuestros y ejecuciones y quienes vivieron durante años en las cercanías de un centro clandestino de detención. ¿Puede entonces afirmarse que nadie sabía? ¿Basta el miedo para explicar el silencio y la incompreensión?**

El diario *La Capital* de Rosario reseñaba en abril de 1976: *un presunto subversivo fue capturado tras un intenso tiroteo en pleno centro de nuestra ciudad, en la mañana de ayer. El hecho fue presenciado por el numeroso público que circulaba por la zona y por el vecindario.*

Esa crónica periodística señala un aspecto que interesa relevar: si bien gran parte de la represión fue clandestina y se realizó fuera de la vista de los ciudadanos, hubo muchas operaciones llevadas a cabo en presencia de testigos. Esta dimensión social ha permanecido velada —y escasamente analizada— por primar una perspectiva que priorizó el carácter fundamentalmente oculto y/o secreto del accionar represivo y por ende mostró una sociedad desconocedora de lo que sucedía.

Sin embargo, en la ciudad de Rosario y su zona de influencia, muchos de los centros clandestinos de detención se encontraban ubicados en el perímetro urbano, rodeados de casas particulares o en lugares donde transitaban diariamente muchos ciudadanos. Y aunque la mayoría de los procedimientos realizados por las fuerzas represivas se perpetraban en horas de la noche o la madrugada, otros se produjeron a la luz del día, en general con la movilización de efectivos de civil y uniformados, con una exhibición notable de poder de fuego, cercando las calles y alertando a los vecinos para que se ocultaran en sus casas.

Pilar Calveiro ha afirmado que nadie podía aducir desconocimiento respecto a las acciones de las fuerzas de seguridad, sea a través de los hechos que algunos presenciaban, sea a través de la información difundida por los medios de comunicación de masas. *Por todos lados se filtraba la información.*<sup>1</sup> Si bien una porción muy significativa del plan de exterminio se mantuvo oculta a los ojos de los ciudadanos *comunes*, retazos más o menos significativos de ese accionar se conocieron, percibieron o circularon en distintos ámbitos.

Un análisis que se proponga describir y explicar los comportamientos sociales durante la dictadura, debe considerar los modos en que, en palabras de Christopher Browning, *la política criminal del régimen impregnaba inevitablemente la existencia cotidiana*.<sup>2</sup> Así como el uso de la violencia —o la amenaza de ello— fue un elemento constitutivo del régimen y adquirió una relevancia fundamental en sus primeros años, no debe perderse de vista que también atravesó la esfera pública, tanto en su ejercicio liso y llano como en los discursos públicos —que propugnaban y justificaban la adopción de soluciones drásticas frente a la acción *subversiva*— o la información difundida ampliamente a través de los medios de prensa nacionales y locales respecto de procedimientos, detenciones y hallazgo de cadáveres, que incluyó tanto los comunicados oficiales de las fuerzas de seguridad como cierta cobertura periodística.

Además, no fueron la prensa o las declaraciones públicas de los personeros del gobierno las únicas fuentes informativas. Los procedimientos, las detenciones, allanamientos y fusilamientos producidos en la vía pública o la vecindad con algunos centros clandestinos de detención, configuraron una parte significativa de las facetas *públicas* del terror estatal, en un contexto donde no sólo se *comunicaba* lo realizado sino que se exhibía con crudeza —incluso en los casos en los que se pretendía hacer *invisible*— el accionar represivo.

El estudio de las actitudes y comportamientos sociales durante la última dictadura requiere considerar las articulaciones existentes entre las estrategias del régimen y la sociedad, o los modos en los cuales los objetivos, las políticas y las convocatorias implementadas por la dictadura fueron recibidos y experimentados por los ciudadanos: hombres y mujeres (o niños) que presenciaron en forma directa los procedimientos, allanamientos, detenciones o fusilamientos, y vecinos que convivieron con la realidad —no por oculta, menos presente— de los centros clandestinos de detención. ¿Cómo fueron interpretadas y resignificadas estas situaciones? ¿Cuál era el clima de opinión familiar, colectivo, social?

Esas preguntas nos enfrentan a un problema: la ausencia concreta de fuentes documentales o de relatos contemporáneos que permitan dar cuenta de cuáles fueron, en términos sociales amplios, las percepciones individuales y colectivas frente a la represión. El análisis aquí presentado se asienta sobre un conjunto de relatos de personas que presenciaron estos hechos o fueron vecinos de los centros clandestinos. Aun con sus limitaciones, se propone ofrecer un panorama de una problemática poco explorada<sup>3</sup> y delinear un conjunto de rasgos equiparables, en el análisis de la dinámica social y política de la época, con comportamientos y situaciones más generalizadas.

#### Yo lo vi

En los relatos de los familiares de víctimas del accionar

represivo, son frecuentes las referencias al rol que jugaron los vecinos que presenciaron los procedimientos y secuestros. Muchas veces, en un peregrinar desesperado, los familiares pudieron reconstruir las detenciones contando con esta información *de primera mano*.

Al final de la dictadura hubo testigos que denunciaron ese tipo de acciones, contrariando con sus relatos los partes policiales o los comunicados del II<sup>o</sup> Cuerpo de Ejército que los presentaban como *enfrentamientos*. En casos de personas desaparecidas sindicadas por las fuerzas represivas como *prófugas*, señalaban que esas personas habían sido detenidas por las fuerzas de seguridad.

Un comunicado que se publicó en el diario *Tribuna* de Rosario, en diciembre de 1976, indicaba que *El comandante del II Cuerpo comunica a la población que el día 26 de diciembre siendo la 1.30, en circunstancias que personal dependiente de la jefatura del área 211 realizaba un patrullaje en la zona de Fisherton, observó a una pareja que portaba un bulto de regulares dimensiones y en actitud sospechosa se mantenía próxima a la estación transformadora de energía eléctrica instalada en la intersección de las calles Bulevar Argentino y Colombes. Al impartírseles la orden de detención para proceder a su identificación, intentaron fugar cubriéndose con disparos de armas de fuego siendo abatidos y produciéndose la detonación de una carga explosiva que transportaban....*

Da otra versión del *enfrentamiento*, lo testimoniado —muchos años después— por un vecino del hermano de una de las víctimas: “...me dice que el ejército había cerrado las cuatro manzanas que rodeaban la casa varias horas antes del hecho (...) que vio mucha gente, no en posición de combate sino naturalmente como quien espera algo, no como un atentado. Llegó un Falcon, los bajan del baúl y el muchacho no podía caminar y la chica podía caminar. Los dos estaban en mal estado (...) los colocan en un cono que tienen de la brigada de policía para hacer estallar las bombas (...) y hacen estallar la bomba”. Es interesante señalar que esto fue relatado al familiar casi dos décadas después del hecho y ante su requisitoria.

Era habitual que los procedimientos realizados por las fuerzas represivas involucraran la movilización de muchos efectivos de civil y uniformados, una exhibición notable de poder de fuego, el cercamiento de calles o manzanas, la invasión de los domicilios. Mediara o no la solicitud de permiso a los vecinos para operar desde los techos o las casas adyacentes, siempre había alertas o amenazas para que se ocultaran. En algunos casos fueron obligados a actuar como *testigos* y, eventualmente, se produjeron entre ellos detenciones.

La intimidación de los vecinos y ocasionales transeúntes se convirtió en una dimensión constitutiva del accionar represivo. En un relato contenido en la causa Feced, se refiere un procedimiento en el que fue detenido un militante

y en el que también detienen a un vecino: *que estaba ahí de paso, enfrente de la casa, a la vez que amenazaban a la gente que salía de la casa, para que no salgan de ahí y no presenciaran el operativo*. Un sobreviviente relataba que en el momento de su detención, *los vecinos todos vieron que me llevaron, pero los obligaron a meterse en sus casas*. En otro caso, mientras revisaban y destrozaban una vivienda, los que actuaban en el grupo de tareas decían *corran a la gente, que no miren*.

Relatos similares fueron brindados por vecinos que declararon hacia mediados de los años '80 respecto de uno de los casos investigados en el marco de la causa Fedec, ocurrido el 2 de enero de 1977 en el Barrio Gráfico de Rosario. Un vecino refería que pasaron muchos policías uniformados por el jardín de su casa y de otro vecino *sin pedir permiso*, que uno de ellos anunció por megáfono que debían mantenerse dentro de sus viviendas e intimó a los ocupantes de la finca en cuestión que se entregaran. Relataba que observó lo sucedido hasta que empezaron los disparos porque se refugió toda la familia en una piecita de la casa y *no salieron de allí hasta que terminó todo*, que los policías *tiraban desde su casa. Que se metieron allí sin permiso*. Otra vecina refería que se le apersonó personal policial para *pedirle autorización a los efectos de entrar hacia los fondos de la vivienda en la cual iba a haber un procedimiento policial. Y además les recomendaron que se encerraran en el baño porque podía haber disparos de armas de fuego*. La actitud referida por todos los que testimoniaron en la causa fue acatar la orden policial y ocultarse, como sostuvo uno de ellos, *por causa del temor que tenía así como los demás miembros de su familia*.

Los testigos de otro procedimiento realizado en la zona oeste de la ciudad refirieron situaciones similares. Una vecina relataba que cuando comenzó el tiroteo: "lo primero que vi fue a un chico joven arrodillado, y a un señor rubio, alto y corpulento, con el cabello bien cortito al estilo militar, que muy cortésmente me dijo que me fuera adentro. Luego esta persona que fue introducida al Torino y el auto partió (...) cuando doy la vuelta veo que un grupo de personas iban corriendo y tirando a una chica joven que corría. En un momento dado la chica cayó (...) y le siguieron tirando en el suelo... En ese momento (...) un joven de cabello largo y ondulado, con lentes ahumados; me insultó, diciéndome que volviera a mi casa, y desde una distancia aproximada de unos 20 ó 30 metros, apuntó su arma hacia abajo y me disparó un tiro cerca de los pies".

Otra vecina reseñaba que se encontró con "un muchacho joven de cabello largo y lentes ahumados quien insultándome me dijo que me metiera dentro de mi casa, ante lo cual, por la forma en que me trató, me quedé donde estaba, procediendo entonces el joven me repitió los insultos y la orden que me resistí a cumplir, ante lo cual hizo dos disparos con la enorme arma que tenía en sus manos. Esto hi-

zo que entrara pero no a la casa, sino a la galería, donde me quedé, pudiendo observar luego desde la misma (...). A todo esto, el muchacho que me disparó se quedó en la puerta de mi casa, como vigilando que no saliera nadie hacia ese lado desde el campo de la parte de atrás".

En algunos pocos casos, que por su magnitud conmovieron a la opinión pública, la prensa local proporcionó un mayor caudal de información, como sucedió en los primeros días de enero de 1977, cuando un operativo de *proporciones poco comunes* mereció una desusada cobertura periodística, que registró declaraciones de los vecinos y fue completado con un comunicado oficial del IIº Cuerpo. En la madrugada del 31 de diciembre de 1976, fuerzas policiales y militares desataron un intenso tiroteo en un edificio de Balcarce al 700 que terminó a media mañana del día siguiente e incluyó un bombardeo con bazookas por parte de las

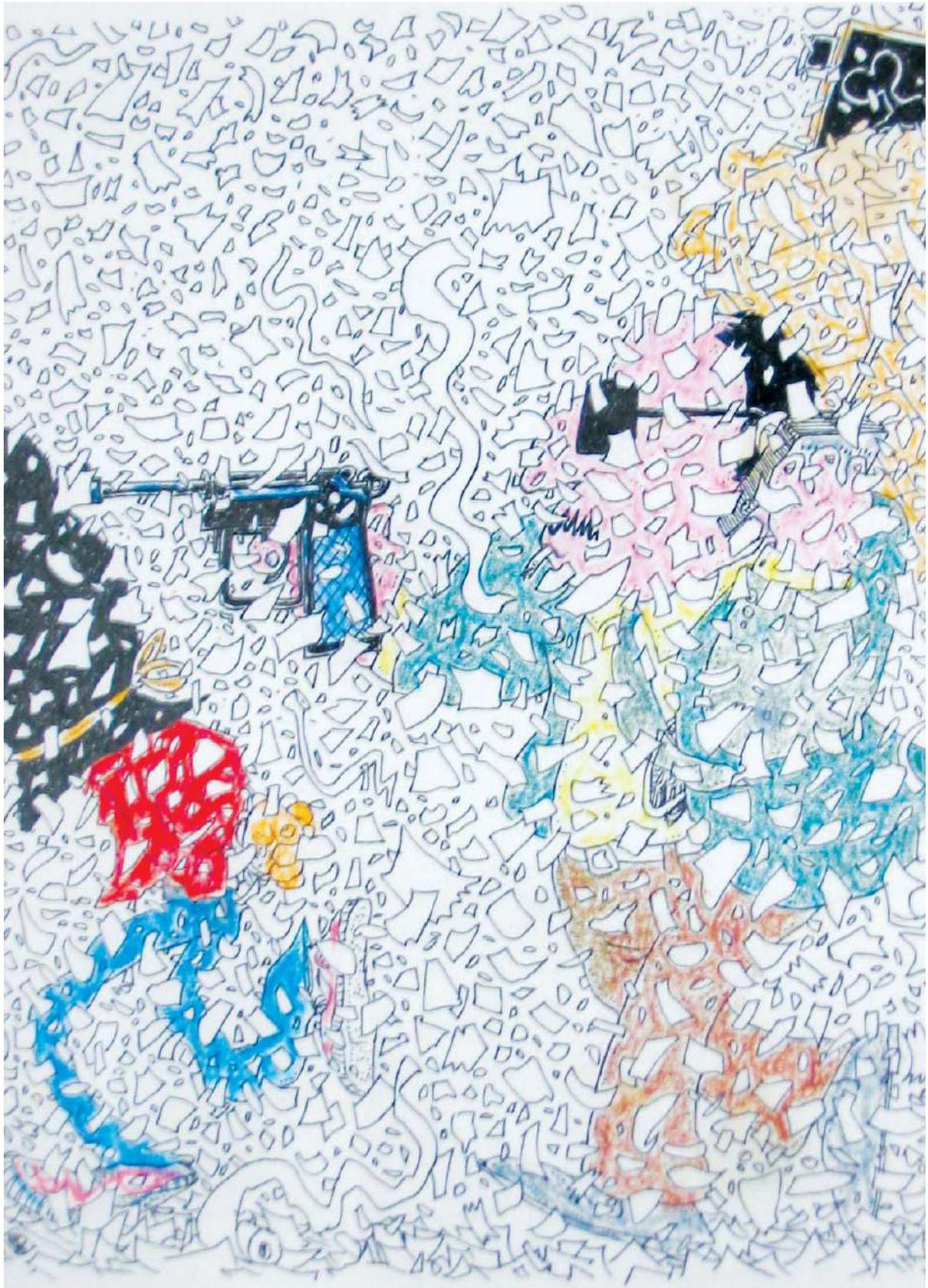
**Encontramos asimismo relatos de algunos sobrevivientes que consignan la presencia de vecinos cuando se verifican los procedimientos en los que fueron detenidos, sea porque se había producido en horas del día o en lugares céntricos de la ciudad o por las mismas características del hecho.**

fuerzas represivas, culminando con un saldo de cinco muertos, tres de los cuales eran mujeres jóvenes que se habían arrojado o habían sido arrojadas por las ventanas del departamento. Un diario local registraba que *numerosos corrillos se formaron sobre el bulevar para contemplar los muros acribillados del edificio en el área correspondiente al departamento de los sediciosos y sus ventanas arrasadas por los impactos*.

Encontramos asimismo relatos de algunos sobrevivientes que consignan la presencia de vecinos cuando se verifican los procedimientos en los que fueron detenidos, sea porque se había producido en horas del día o en lugares céntricos de la ciudad o por las mismas características del hecho. Una de ellas refería que cuando fue detenida, junto con varios miembros de su familia, el vehículo *quedó a mitad de cuadra y por un altoparlante comenzaron a decir que saliera la familia G. (...) salieron los vecinos, yo vi gente*.

Para muchos de los que transitaban por tales situaciones, la presencia de testigos o vecinos significó un frágil reaseguro, una esperanza de que podía identificarse el lugar al que se los llevaban o, en otros casos, la posibilidad de una comunicación con sus familiares.

Y, si bien la impunidad se constituyó en un elemento integrante de las acciones represivas, el que hubiera gente en la calle en el momento de los procedimientos parece haber preocupado a las fuerzas de seguridad. Una ex detenida relataba que, en el momento del procedimiento, los miembros del grupo de tareas comentaban "vamos a esperar un rato que haya menos gente en la calle". Y seguramente



la presencia de testigos en los procedimientos e incluso el hecho de que los vecinos se vieran involucrados en algunos de ellos, motivó que el Comando del II<sup>o</sup> Cuerpo señalara en un comunicado que se publicó en la prensa local a principios de diciembre de 1976: *Se requiere de la población comprensión para considerar que este tipo de actividades se realiza con la finalidad de erradicar definitivamente la subversión y crear las bases necesarias para lograr que el trabajo y esfuerzo de todos los habitantes de bien se traduzcan en el logro de grandes objetivos fijados por el Proceso de Reorganización Nacional.*

### Yo vivía por ahí

La reconstrucción de la historia de algunos de los centros de detención que funcionaron en Rosario y su zona de influencia se realizó no sólo sobre la base de los testimonios de los sobrevivientes sino, muchas veces, a través de relatos de los vecinos que se registraron al finalizar la dictadura. La instalación de centros clandestinos de por sí conllevaba una alteración de la normalidad de la vida cotidiana en el área, sobre todo cuando nos referimos a una modalidad utilizada frecuentemente en las zonas aledañas a Rosario, la de alquilar casas particulares (quintas), lo cual marcaba una diferencia importante con aquellos centros que funcionaron en las dependencias policiales o militares, donde el movimiento de personal uniformado o vehículos formaba parte del panorama habitual.

Este fue el caso de la ciudad de Granadero Baigorria, distante a 10 km de Rosario, el lugar donde estaba ubicado uno de los centros clandestinos de detención del área, “La Calamita”. A comienzos de 1984 comenzaron a aparecer las noticias en los diarios de Rosario acompañadas por denuncias de algunos vecinos y funcionarios de aquella localidad. Los testimonios de los vecinos indicaban al menos desde 1977 la fuerte presencia militar y policial en la zona, el ingreso y salida de vehículos (automóviles sin patente, camiones), el cierre de los accesos.

Otros testigos recuerdan el movimiento que acompañó a la instalación de líneas de electricidad, seguramente en el momento en que el campo se puso en funcionamiento y hacia principios de 1984, el diario *Democracia* de Rosario mencionaba la vinculación que existía entre algunos vecinos o comerciantes del pueblo con el centro de detención: *los comercios de la zona habían incrementado sus ventas, especialmente de cigarrillos, diarios y frutas. Seguramente, la carne y otras comidas eran transportadas hasta el lugar desde Rosario.* Años más tarde, otro diario local daba cuenta de que *los vecinos saben que allí se mataba gente pero no mucho más.*

Consignemos ahora algunos de los testimonios recabados a través de entrevistas realizadas más recientemente. Un matrimonio que vivió frente al centro clandestino recordaba que había un lugar donde dicen que tenían a la gente

(...) eso nos dicen, nosotros no sabíamos nada, vivíamos enfrente y ni nos habíamos enterado, pasábamos por la puerta, con nuestro bebé en brazos y nada”. Relataban también que de noche se escuchaban tiros, pero como vivían en el campo no les llamaba tanto la atención y que ocasionalmente entraban vehículos policiales a su casa: “Se equivocaban y se metían en nuestra casa, como vivíamos bien enfrente (...) Pero nosotros estábamos en otra, éramos jóvenes, teníamos nuestro bebé chiquito y estábamos con eso, no nos metíamos en la política (...) ah! Y lo que también se dice, pero son comentarios, nosotros no vimos nada, que ahí también hay gente enterrada (...) Que los metían en los subterranos donde tenían huecos para almacenar los vinos, los torturaban y los mataban después”.

El mismo tipo de relato es el de los miembros de una familia que vivía muy cerca del ex centro de detención, quienes recuerdan que “la casa estaba bastante retirada, estaba ocupada pero no sabíamos de qué parte eran: si eran militares o guerrilleros, nosotros no preguntábamos (...) pero no se podía pasar por ahí, había guardias y se veían vehículos, no se podía entrar”.

Otro vecino de “La Calamita”, que testimonió en la justicia hacia 1984, recordó que observaba antes del Mundial de Fútbol de 1978 “un gran movimiento de vehículos que ingresaban y se retiraban de dicho lugar, en su mayoría coches particulares” y que muchas veces ayudó con su tractor a retirar vehículos que quedaban empantanados en el camino por el barro. Relataba que le dijeron ser militares, que había personas de civil portando armas y que escuchaba disparos por la noche y, agregaba, “inclusive les he dado repollos y otras verduras de la quinta”.

En el caso de la vecina localidad de Funes, donde funcionaron dos o tres casas como centros de detención clandestinos, los rumores sobre lo que allí sucedía, frecuentes en estos casos, se multiplicaron. Respecto de una de las casas que los vecinos identificaban como un centro de detención, los relatos indicaban que “los vecinos comentaban que esta casa era un centro clandestino de detención y veían entrar y salir camiones del ejército. A los chicos se les decía que esta casa estaba embrujada para que no pasen por el lugar”.

En todos estos casos lo que parecía predominar era un esfuerzo de los grupos de tareas o las fuerzas que operaban esos lugares por exhibir una apariencia de normalidad. Los vecinos de “La Calamita”, por ejemplo, relataban que “ellos estaban ahí y no molestaban a nadie”. Sin embargo, esta aparente normalidad era contrastada reiteradamente por los atípicos movimientos que se producían, entre los que se contaban la desusada presencia y el movimiento de vehículos, ruidos de disparos o, como refieren algunos testimonios, la reiteración de una práctica: el alertar a los vecinos cuando se *liberaban* zonas para operar. Los relatos hablan de “movimientos raros”, “gente que venía de Rosario y luego se iba”, “disparos”, etc. Algunos vecinos de “La Calami-



ta” refieren en sus testimonios ante la justicia que en 1976 ó 1977 sus domicilios fueron revisados por personal del Ejército (*había como cuarenta o cincuenta soldados, en camiones del ejército*), con el objetivo de ver si todo estaba en orden.

### Testimonios, relatos, memorias

Un elemento que aparece reiteradamente en el conjunto de entrevistas realizadas para reconstruir algunos de los *enfrentamientos* o hechos vinculados con el accionar represivo es la fidelidad de los recuerdos. Los vecinos rememoran, muchas veces sin tener cabal conocimiento de quiénes fueron las víctimas, y con una precisión que resulta a veces notable, las características de los hechos de los que fueron testigos, tal como fue posible corroborar con otras informaciones o datos provenientes de otro tipo de fuentes. También son reiterados el silencio que se elige frente a este *saber* y la persistencia del miedo. Una entrevistada relataba que vivió gran parte de su vida en una ciudad cercana a Rosario y recordaba que presenció en la “época de los militares”, junto con su familia y los vecinos, el “bombardeo” de algunas casas del barrio en que vivía y la detención o el fusilamiento de algunos de sus vecinos, sin embargo, jamás hablaron de ello ni siquiera en el ámbito familiar, y esos hechos que nos relataba aparecían todavía atravesados por el temor.

Un hombre, que hoy supera los 40 años y cumplió el servicio militar en esos años, relataba algunos episodios de los que fue testigo, el miedo que todavía siente frente a esos recuerdos y la posibilidad de contar lo que vivió. “Yo estaba en la colimba porque me tocó, tenía 18, 19 años (...) lo

que nos decían es que eran extremistas, que eran ellos o nosotros, que venían para matarte y tenían planos del regimiento”. Frente a la pregunta de por qué callaban nos señalaba que “nadie les decía” que lo hicieran: “nos hacían la croqueta, nos lavaron la cabeza, no nos decían que nos calláramos ni nada. Teníamos miedo, pensábamos en la familia (...) todavía está en nosotros el miedo, porque sí, el miedo existe, uno tiene familia”. Y agregaba una frase que tiene una particular resonancia y significación en este análisis: “yo estuve ahí y no te dabas cuenta”.

Este señalamiento, respecto del antes y el ahora -configurado por el final de la dictadura y el conocimiento público y masivo de las violaciones a los DD.HH.- no puede ser omitido, en tanto atraviesa las percepciones y recuerdos de la mayor parte de los entrevistados. En casi todos los testimonios suelen apuntarse comentarios como éstos: “Ahora sería distinto, ahí te vas dando cuenta”; “nos enteramos cuando terminó todo, estábamos en otra”; “ahora no podría justificar atrocidades que hicieron los militares”; “no se sabía qué pasaba ahí, nos enteramos de todo después (...) todo lo que se decía en ese momento era en contra de los extremistas”. Sin embargo, y tal como se enuncia, optan por no preguntar, no saber y finalmente no cuestionar ese discurso dominante.

Vale citar los dichos de un vecino muy cercano a “La Calamita” que declaraba hacia 1984 en la Justicia. Luego de afirmar que veía frecuentemente el movimiento de vehículos y la presencia de gente en el lugar, decía: *Ahora, adentro yo no he visto nada, porque delante de mi casa tengo un monte frutal que me impide ver (...) además a mí tampoco me interesaba ver*. Otro vecino, frente a la pregunta de

si había dado cuenta a la policía de lo que veía o escuchaba en ese predio (movimiento de vehículos, disparos, etc.), afirmó: *Yo por mi parte no lo hice, ni creo que alguien lo haya hecho, todos sabíamos que algo raro había, pero nadie decía nada.*

Es interesante señalar el caso de un ex funcionario municipal de Granadero Baigorria, quien denunció la existencia del centro de detención hacia 1984: *Y no se sabe a quién pertenecían, no, no se sabe... aparte yo en ese tiempo no trabajaba acá, trabajaba en Rosario, estaba todo el día ausente...ésta es la historia (...) yo salía a la mañana y volvía a la noche... bueno (...) yo estaba muy poco en el pueblo, no, no, no. Si fuera en la actualidad que estoy todo el día en el pueblo, la observación hubiera sido distinta....* El testimonio exhibe cómo, incluso para alguien que sostenía haber seguido militando en las filas del radicalismo en los años de la dictadura y asumió un papel importante en la denuncia y la difusión pública sobre el centro de detención, lo que sucedía a pocas cuadras de su casa estaba fuera de su conocimiento, y sólo adquirió significación con el establecimiento del primer gobierno constitucional hacia fines de 1983.

Más recientemente, con el testimonio de una vecina de la ciudad de San Lorenzo, se abrió una causa actualmente en marcha en el Juzgado Federal N° 4 de Rosario. Esta vecina contó que, mientras se encontraba en el cementerio de la localidad, vio a camiones militares descargar y enterrar cuerpos en un lugar particular. Ese relato, un secreto mantenido durante veinte años al interior de la familia, sólo fue hecho público en los últimos años, tal como se expresa en su declaración: *Advertidos de la gravedad de los hechos del que fueron testigos y temerosos de poder ser visualizados por los elementos que se encontraban realizando tan macabra tarea, resolvieron retirarse y guardar silencio hasta el día de la fecha sobre dichos acontecimientos. A pesar de tantos años transcurridos, y afectados aún por el temor de las consecuencias que nos podría acarrear la denuncia de dichos hechos he resuelto consultar con distintos profesionales y no obstante la angustia que me produce he tomado la decisión de hacerle saber a S.S. los hechos antes referidos.*

### Represión y sociedad

Refiriéndose al exterminio de los judíos en la Alemania nazi, el historiador Hans Mommsen sostuvo que para los observadores contemporáneos (los ciudadanos *comunes*, los alemanes *corrientes*) fue casi imposible obtener una amplia y completa imagen del proceso de aniquilación, dificultando la posibilidad de ensamblar las diversas informaciones de las que disponían en una pintura completa. Así, los testigos podían presenciar como hechos aislados la crueldad e injusticia de las acciones, la brutalidad de las fuerzas represivas, pero no tenían una completa visión del plan de exterminio llevado adelante. Gran parte de la historio-

grafía más reciente sobre el problema del consenso social durante el nazismo ha enfatizado que los contemporáneos contaron con abundante información sobre el terror y la persecución implementada por el Estado alemán y que, en todo caso, los comportamientos sociales de los ciudadanos comunes deben ser asociados menos al terror y a la apatía por él generado, que al funcionamiento de efectivos mecanismos de consenso social —activo o pasivo— que predominó instalando modos individuales y colectivos de aceptación y apoyo, incluyendo el conocimiento que se tenía de la política criminal del régimen nazi<sup>14</sup>.

Si se focaliza el análisis en la dictadura argentina, seguramente no es errado suponer que para la mayoría de la población el accionar represivo y los hechos que éste involucraba eran abstractos, lejanos, y que aun en el caso de quienes fueron testigos de algunos de ellos, permanecían co-

**El plan de exterminio llevado adelante por las fuerzas represivas tuvo un carácter selectivo: estaba dirigido fundamentalmente contra quienes habían sido tipificados como *subversivos* y hacia aquellos espacios donde su *acción disolvente* se había desplegado.**

mo hechos aislados. El plan de exterminio llevado adelante por las fuerzas represivas tuvo un carácter selectivo: estaba dirigido fundamentalmente contra quienes habían sido tipificados como *subversivos* y hacia aquellos espacios donde su *acción disolvente* se había desplegado. En tal sentido, si bien la puesta en marcha del accionar represivo se difundió sobre espacios sociales más amplios, puede postularse que la mayor parte de los ciudadanos no padecieron o fueron afectados directamente por el ejercicio de la represión estatal. Más aun, los tramos iniciales de la dictadura trajeron cambios que fueron visualizados por muchos sectores de la sociedad en forma positiva: había orden, una cierta mejoría de la situación económica, presupuestos ideológicos tranquilizadores, explicaciones para aquello que se salía de la normalidad.

Si existió condena o crítica de estas acciones, y varios de los testigos lo señalan, las mismas permanecieron silenciadas, seguramente por temor, dando por resultado comportamientos que expresaban bien apatía, bien la imposibilidad de articularse con acciones de resistencia abierta al régimen. Por su parte, las imágenes y los discursos hegemónicos difundidos a través de la prensa y otros ámbitos de acción estatal, enfatizaban que las prácticas de las fuerzas de seguridad eran una drástica respuesta a la amenaza que representaban aquellos definidos como *enemigos*, aportando un marco ideológico de legitimación del régimen y sus acciones. En el sentido que antes planteábamos, es menester preguntarse cómo una percepción fragmentaria, o en todo caso no integral o global, del plan represivo consolidó estas perspectivas y concurrió a la aceptación de

las explicaciones que se difundían desde el Estado, contribuyendo a generalizar, por lo menos durante los primeros años, estos comportamientos sociales.

Si llegamos a la conclusión de que —así sea en forma inacabada— se conocían aspectos de lo que estaba sucediendo, el correlato indispensable de este análisis apunta a plantear algún tipo de explicación respecto de la preeminencia de actitudes que expresaban conformidad o, por lo menos, la ausencia de respuestas sociales amplias y acciones articuladas de resistencia, al menos durante los primeros años de la dictadura. Así, conviene preguntarse: ¿esto se debió al conocimiento fragmentario del accionar estatal y represivo?, ¿a la difusión de estereotipos de las víctimas que justificaban los excesos y permitían escabullirse a través del desentendimiento o la apatía?, ¿a la imposibilidad de resistir, producto de la magnitud del terror?, ¿a la conformidad con las metas y objetivos del régimen? Por contrapartida, hubo otro tipo de comportamientos que matizaban los descriptos; aun así, las reacciones individuales, la condena moral, el disgusto frente a los excesos del accionar represivo, la sensación de injusticia, la desobediencia aislada, ¿son suficientes para opacar esta imagen de un consenso social amplio visible durante los primeros años?

En este sentido, la relación existente entre el ejercicio de la represión estatal y la sociedad en los años de la dictadura adquiere rápidamente visibilidad, en tanto el uso directo de la violencia no sólo contribuyó a dismantelar a las organizaciones político-militares y clausuró una etapa de fuerte movilización social y política, asestandose sobre sus actores reales o potenciales; sino que se configuró como una de las claves explicativas de gran parte los comportamientos sociales del período.

Traducido en el postulado de la *restauración del orden*, fue un ingrediente central en el discurso de la dictadura, y como tal generador de consenso o de adhesión voluntaria por parte de aquellos que participaban del diagnóstico sustentado por las FF.AA. y apoyaron abierta o tácitamente tal objetivo. Junto a ello, el uso de la violencia (o la amenaza de su ejercicio) operó sobre la sociedad como un contundente mecanismo de disciplinamiento social, produciendo temor, apatía, inmovilidad o generando conformismo o aceptación pasiva del nuevo orden de cosas y, en otra dimensión, reduciendo al mínimo las expresiones de cuestionamientos al régimen. Sin embargo, el ejercicio de la violencia no se configura como el único factor explicativo de los comportamientos sociales en el período.

Varios analistas han sostenido la idea de una sociedad que *se patrulló a sí misma*, incorporando comportamientos que —más allá del uso directo de la violencia por parte del régimen— se adecuaban a lo que la dictadura postulaba respecto de lo que la sociedad *debía hacer*, consistentes en una acentuada disposición a retirarse al ámbito privado, no cuestionar, no resistir, a aceptar el orden de cosas impuesto. Que

la represión y el temor tuvieron un papel significativo en la generación de estos comportamientos sociales es inculcable; sin embargo, la preeminencia de actitudes conformistas o de apoyo al régimen y, en directa relación con ello, la limitada expresión de los cuestionamientos y resistencias no podría ser explicada sin la existencia de un grado —dificilmente mensurable— de consenso social y político hacia la dictadura.

Una perspectiva que insista en el no conocimiento, en el *no saber* de la mayor parte de la sociedad, elude aspectos fundamentales de las estrategias desplegadas por la dictadura, entre las que se incluyeron exhibir y comunicar lo que se hacía, incluso en su faz clandestina. El análisis de los testigos, la mayor parte de ellos ciudadanos *comunes*, no directamente implicados con la estrategia represiva ni en un abierto apoyo al régimen, manifiestan esta compleja ecuación que caracterizó a los comportamientos de gran parte de la sociedad: el conocimiento, así sea fragmentario, de la violencia estatal, la aceptación de las explicaciones provistas, la conformidad pasiva o el silencio producido por el miedo. Sea por la cuerda del consenso, sea por la del temor, el clima social y político dominante en los primeros años se adecuó a los objetivos de la dictadura, generando una sociedad aparentemente despolitizada y que aceptaba, resignadamente o de buen grado, el nuevo orden de cosas. Probablemente, y como se ha sostenido para el caso de la dictadura franquista<sup>5</sup>, el régimen se conformaba con el silencio. Y esto fue, al menos durante los primeros años, lo que la mayor parte de la sociedad argentina otorgó.

**Gabriela Águila** es egresada e investigadora de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario. El presente artículo es un capítulo de su tesis doctoral: *Historia social, memoria y dictadura*.

1. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 2001, p. 150.

2. *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Edhasa, Barcelona, 2002, p. 21.

3. Para una de las pocas aproximaciones al tema, si bien centrada en entrevistas recogidas en un video documental realizado en 1996, puede verse el artículo de Florencia Levín, "Arqueología de la memoria. Algunas reflexiones a propósito de *Los vecinos del horror. Los otros testigos*", en revista *Entrepasados*, año XIV, n.º 28, Buenos Aires, 2005.

4. Ver por ejemplo Robert Gellately, *No sólo Hitler. Coerción y consenso en la Alemania nazi*, Crítica, Barcelona, 2002 o Ian Kershaw, *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*, Siglo XXI Eds., Buenos Aires, 2004.

5. Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Crítica, Barcelona, 1999.

# El descubrimiento de los derechos humanos

En la Argentina, los DD.HH. ocupan un lugar central en la movilización social. Y aunque el discurso del período post-dictatorial ha cambiado y se ha ampliado, ese uso sigue siendo una herencia del movimiento surgido durante la última dictadura, que tanto durante aquellos años como en la transición jugó un rol clave. Pero esto no siempre fue así. En un primer momento, los militantes exiliados vieron el reclamo por los DD.HH. como una mera táctica para minar el gobierno surgido del Golpe

Por Marina Franco

Ilustraciones Miguel Rep

Durante el gobierno de Raúl Alfonsín, los DD.HH. fueron parte central de la política de Estado, en particular en cuanto a los juicios a los militares implicados en la represión ilegal, situación que no fue similar en otros países de la región. A pesar de que las leyes de impunidad de los años siguientes modificaron la situación, el tema ha retomado fuerza y presencia en el espacio público. Algunos investigadores se refieren a una *cultura de los derechos humanos* instalada en nuestro país. Una importancia específica que quizás esté determinada por el profundo corte que fue la dictadura y por el compromiso del Estado durante los primeros años de la transición post-autoritaria. Dicha cultura está en pleno desarrollo hoy, dado que el actual gobierno ha retomado el problema jurídico y la memoria de los crímenes considerando la responsabilidad del aparato estatal.

Los historiadores de la memoria en Argentina suelen coincidir en que una de las características esenciales de esta nueva cultura político-humanitaria, al menos en su primera etapa, fue el silencio acerca del encuadre militante de las víctimas (y de amplios sectores de la sociedad) y los conflictos que atravesaron el país antes del Golpe. Este ocultamiento sirvió para construir una imagen de *víctimas ino-*

*centes* que hiciera más fácil la inculpación de los criminales independientemente de las acciones o identidades de los afectados. Contribuyeron substancialmente a esta imagen la investigación de la CONADEP y el juicio a los militares en 1985. Pero en dicha construcción también jugaron un rol importante los exiliados. Durante al menos una década, las políticas y los trabajos de la memoria en el espacio público argentino se basaron en esta idea de víctimas *inocentes* frente a victimarios *salvajes*.

## Allá lejos y hace tiempo

Buena parte de quienes pasaron sus años de destierro en Francia suelen señalar que *descubrieron* por entonces los DD.HH. y la democracia como ejercicio de las libertades individuales y la tolerancia política. Envar El Kadri ha declarado: “Siempre creí que el problema de los derechos humanos era algo táctico, que nosotros debíamos emplear para denunciar las injusticias del régimen (...) Miraba con una sonrisa de complacencia a los defensores de los derechos humanos (...) Una de las cosas que aprendí en el exilio es que la libertad es una e indivisible y que si uno acepta que sea violada en alguna parte del mundo, bajo el pretexto que sea,



uno comienza a perder su propia libertad.”

Numerosos abogados, políticos e intelectuales que pasaron su exilio en Francia o en otros países, hicieron luego una carrera profesional ligada a la defensa de los DD.HH., ya sea como funcionarios de organizaciones jurídicas o intergubernamentales o como funcionarios durante el gobierno de Alfonsín y el de Néstor Kirchner. Sin duda esta es la trayectoria de una minoría, pero otros muchos, a su regreso al país, continuaron trabajando en las organizaciones de DD.HH. y otra gran parte participó en actividades, manifestaciones y eventos. Incluso entre aquellos que se quedaron en Francia, muchos conservaron una relación activa y una par-

**Las organizaciones revolucionarias argentinas, de las cuales provenía una buena parte de los exiliados, estaban ideológicamente más cerca de un pensamiento belicista, entendían el conflicto por el poder como una guerra entre dos ejércitos.**

ticipación en las actividades relacionadas con los DD.HH. desde el exterior. Al final del exilio, la cultura de los DD.HH. era algo difundido y generalizado.

Sin embargo, debe recordarse que en general la izquierda de los '70 los consideraba derechos burgueses —y por tanto individuales— ocultos bajo un discurso de pretensiones universalistas. Las organizaciones revolucionarias argentinas, de las cuales provenía una buena parte de los exiliados, estaban ideológicamente más cerca de un pensamiento belicista, entendían el conflicto por el poder como una guerra entre dos ejércitos. El humanitarismo eran visto como una filosofía burguesa o filantrópica que en el mejor de los casos podía ser utilizada como táctica para debilitar a los militares. ¿Cómo explicar entonces el profundo cambio ideológico producido en el medio militante?

Durante el exilio, se crearon en Francia cantidad de organizaciones identificadas públicamente como de argentinos o de exiliados unidos por la *lucha antidictatorial* para la *defensa de los derechos humanos*. Su proclamado objetivo era apelar a la solidaridad internacional e *informar* lo que sucedía en Argentina. Y aunque sus miembros provenían por lo general de las organizaciones revolucionarias, rehuían toda identificación política pública.

En Francia había dos entidades cuyos nombres y principios de organización hacían referencia explícita a la defensa de los DD.HH.: la CADHU (Comisión Argentina de DD.HH.) y el CO.SO.FAM. (*Commission de Solidarité des Parents des Prisonniers, Disparus et Tués en Argentine*). La CADHU estuvo inicialmente formada por militantes de origen montonero y del P.R.T.; al fracturarse, el núcleo de París pasó a ser estrictamente peronista. El CO.SO.FAM estaba integrado por militantes del P.R.T., aunque no de manera exclusiva. Quizás la más importante de estas organizaciones fuera el CAIS (*Comité Argentin d'Information et Solidarité*), mucho más politi-

zada y atravesada por los conflictos de los diferentes partidos y organizaciones que funcionaban en su interior. Además, estaban el grupos de abogados, el de periodistas, el de obreros y sindicalistas, el de campesinos y miembros de las ligas agrarias. A pesar de la presencia de los diferentes partidos políticos y organizaciones político-militares dentro de casi todas estas organizaciones nuevas del exilio y de las diferencias de constitución y de orientación de muchas de ellas, las actividades desarrolladas, así como sus discursos y prácticas, mostraban un lenguaje y objetivos comunes. Estas coincidencias fueron afirmándose sobre todo a partir de los '80, cuando las grandes organizaciones políticas fueron desapareciendo a causa de sus crisis.

La situación fue similar en el resto de los países que recibieron exiliados argentinos. Incluso en los países como México y España en los cuales, por la presencia de miembros de las cúpulas guerrilleras, la discusión política pudo haber sido mayor, la línea de acción más importante fue la denuncia de la dictadura militar en términos de violaciones a los DD.HH.

Este panorama del exilio argentino plantea una cuestión esencial: ¿hasta qué punto la denuncia de las violaciones de los DD.HH. fue una táctica, o incluso una fachada, para encontrar una recepción favorable en la sociedad de acogida y en el ámbito internacional? ¿Se puede hablar de una auténtica y real convicción y apropiación de esta causa?

## Hitos

Si bien toda periodización es discutible, puede hablarse de un primer momento: la partida de la Argentina y los primeros años en Francia, una etapa fuertemente centrada en la formación de comités de denuncia y la búsqueda y construcción de una red de solidaridad local e internacional. Los núcleos formados en esos años fueron comités de solidaridad ligados a las organizaciones revolucionarias argentinas o comités de solidaridad que se identificaban como *exiliados o víctimas de las violaciones de los derechos humanos*, y reunían militantes de diversos orígenes. La pertenencia política de los miembros nunca se mencionaba públicamente, aunque en su interior la asociación u comité cobijara una enorme actividad partidaria o incluso, fuertes diferencias y conflictos internos.

Durante ese período, estos grupos de exiliados recurrían a un discurso centrado en la defensa de las violaciones a los DD.HH. y la denuncia de la dictadura y dirigido hacia el espacio público de la sociedad de acogida y las organizaciones locales e internacionales concernidas por la tarea humanitaria, como Amnesty o la Asociación Internacional de Juristas. Ese discurso se basaba en el lenguaje político tradicional de la izquierda argentina de la época: el imperialismo como cuadro de comprensión ideológica del terrorismo de Estado, la referencia permanente a la clase obrera argentina como principal fuerza de lucha y de

resistencia, la apelación a la revolución y a la victoria final con connotaciones triunfalistas. Al mismo tiempo, ese discurso estaba siempre acompañado de la insistencia en el carácter *unitario* del combate de los exiliados, sin divisiones ni identificaciones particulares.

Conservando siempre un lenguaje político de carácter ofensivo con respecto al régimen como objetivo de la lucha *antidictatorial*, el discurso y las acciones emprendidas tenían como objetivo mostrar la dimensión de las violaciones a los DD.HH. cometidas en Argentina, el funcionamiento del sistema represivo y en particular de los campos clandestinos y la tortura, la situación de los detenidos en las cárceles y de ciertos grupos afectados como niños, sindicalistas, periodistas, médicos. Para enfrentar la falta de información, se prepararon y difundieron listados precisos de víctimas, con las últimas informaciones disponibles sobre cada una, los lugares y fechas de detención, el estado de salud, el nombre de los militares implicados en el caso, etc.

A pesar de las dificultades de los antiguos exiliados para hablar del tema, es evidente que durante esos primeros años los conflictos políticos dentro de los comités y entre ellos fueron significativos, al punto de impedir la puesta en práctica de políticas comunes o coordinadas. Estos antagonismos surgían de la competencia entre los partidos políticos dentro de cada comité y sus intentos de control de la actividad del exilio, en cuanto a cómo llevar adelante las acciones públicas y de DD.HH. y en relación con las posiciones a adoptar frente a eventos como el Mundial de Fútbol de 1978.

Hasta fines de los '70, en las organizaciones del exilio en Francia se puede observar un funcionamiento político conflictivo, tenso, muy ligado a las situaciones de los partidos y organizaciones político-militares en su interior y un discurso público que, ocultando todo ello, privilegiaba la acción política contra la dictadura y el lenguaje de los DD.HH. Todo se hacía sin mencionar nunca las identidades políticas y las luchas de carácter revolucionario llevadas adelante en la Argentina antes del Golpe y, sobre todo, sin proponer ningún proyecto político para el futuro, cualquiera fuera su orientación, a excepción de la democracia como modelo deseado de funcionamiento institucional.

A lo largo de los años '80, las organizaciones de exiliados en Francia profundizaron su trabajo sobre el eje humanitario como forma de combatir la dictadura, exigían el fin de las desapariciones forzadas de personas, las torturas y los secuestros, la liberación de los prisioneros políticos, la aparición con vida de los desaparecidos, el retorno de las garantías constitucionales y de la democracia. A medida que estas exigencias tomaban fuerza e importancia en el discurso, desaparecieron referencias políticas y discursivas previas como el imperialismo, la clase obrera, la resistencia y también el tono triunfalista característico del período precedente, cuando la revolución parecía aún posible.



**El Negro es un gato tranquilo, distante, tosco a veces, sin ser grosero. Mi papá y yo fuimos a buscarlo una tarde a la Sociedad Protectora de Animales de París. Habíamos llegado tiempo atrás a Francia, y yo me sentía muy solo, sin entender muy bien por qué habíamos dejado Buenos Aires con tanto apuro.**

**Mi papá y mi mamá me explicaron muchas veces que corríamos peligro**

Esta lenta hegemonía de lo político-humanitario fue acompañada por una *despolitización* y una relativa ausencia relativa de toda reflexión política o ideológica sobre el pasado, el presente del exilio o el futuro post-autoritario, a excepción de los últimos meses antes de las elecciones de 1983, cuando los partidos tradicionales vivieron una cierta reactivación. Entiéndase aquí *despolitización* en el sentido de abandono de la actividad política tal como había sido concebida antes del exilio y en su primer período, porque la lucha por los DD.HH. es siempre política, y en aquellos años fue la manera en que los emigrados continuaron su lucha política desde el exterior y se transformó en una nueva forma del compromiso. A su vez, la falta de discusión o de reflexión sobre el pasado debe ser matizada, pues fue algo que no se dio de manera idéntica en todos los países de exilio, y sin duda en todos se dieron discusiones privadas, en pequeños grupos y a puertas cerradas, aunque esto no fue lo más frecuente: la mayoría de los testigos señalan, casi como una confesión, las dificultades que tenían para hablar y discutir sobre el pasado inmediato.

En Francia, este segundo período estuvo acompañado por un importante descenso de la conflictividad política que había caracterizado los primeros años. Según los testimonios, esto permitió un funcionamiento más democrático dentro de cada organización del exilio y un trabajo coordinado entre ellas. La convivencia política mejoró a medida que las diferencias partidarias perdían peso dentro de cada comité

y al mismo tiempo que la conciencia de la *derrota* vivida en el país lejano y la experiencia del exilio se hacían realidades evidentes. Ese cambio estuvo estrechamente ligado a las crisis de los partidos y organizaciones político-militares y a su alejamiento relativo de la política del exilio.<sup>1</sup> Esta situación fue dejando espacio para que las acciones políticas fueran re-encaminadas.

Si bien al principio del exilio el énfasis en los DD.HH. pudo ser una *táctica* ante la urgencia de la situación, pudo así llevarse adelante una política efectiva contra la dictadura pese a las diferencias partidarias entre los actores involucrados. Pero en los años que siguieron, estilo que había sido *táctica* se fue convirtiendo en una nueva identificación común a todos los exiliados.

### Urgencias, sospechas, tácticas

La movilización internacional podía salvar vidas en la Argentina de la dictadura, tal como sucedió a partir de la presión hecha por Amnesty International, la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA en 1979, las denuncias hechas en la ONU, la OIT y las campañas de solidaridad con ciertos prisioneros, etc. Esto explicaría por qué la acción política estuvo centrada en el reclamo humanitario, pero no explica en cambio el silencio de sus actores en torno a sus identificaciones políticas y la actividad partidaria previa o paralela al exilio, ni explica la falta de discusión y de tomas de posición públicas con respecto al pasado y a la situación que condujo al Golpe.

Desde un principio —aunque más aun a medida que fueron conociéndose en Europa la magnitud y amplitud de la represión—, la sociedad francesa recibió a los refugiados e inmigrantes políticos argentinos de manera abierta y solidaria y los trató como perseguidos políticos de una dictadura. Vale recordar que sólo tres años antes se había dado allí una gran movilización contra el golpe de Pinochet y una enorme campaña para recibir a los refugiados chilenos. La historia de la Unidad Popular chilena verdaderamente constituye un capítulo de la historia de la izquierda francesa, que siguió atentamente la llegada de Salvador Allende a la presidencia. Había por tanto un favorable contexto de recepción para los argentinos y una cierta empatía con los latinoamericanos en general, sobre todo en los ámbitos de izquierda: los exiliados eran vistos como personas políticamente comprometidas y también como víctimas de persecución por parte de regímenes asesinos.

En aquella época había también en Francia, como en casi toda Europa, un clima de sospecha ante al terrorismo y ciertos movimientos armados<sup>2</sup>. Los argentinos podían ser vistos como revolucionarios, pero también como gente que había participado en la lucha armada en un país cuya historia se conocía poco y se entendía menos. Eso generaba sospechas: ¿Quiénes eran exactamente? ¿De dónde venían?

Gran parte de los argentinos exiliados se encolumnaba en

el peronismo, un movimiento que los europeos, en general, siempre asociaron al fascismo. Eso dificultaba la solidaridad política pura y directa con la que habían contado los chilenos pertenecientes al partido socialista o comunista. Muchos argentinos pertenecían a organizaciones armadas de la izquierda no tradicional, también eso generaba dudas y sospechas por parte de gobiernos, partidos, sindicatos y organizaciones humanitarias e intelectuales francesas. Por estas razones, centrar el discurso en DD.HH., prescindiendo de las identificaciones partidarias, fue una necesidad de las organizaciones argentinas. Una imagen *limpia* era una condición para que el combate político llevado a cabo desde el exterior fuera eficaz. Esa adaptación de las acciones y de la visibilidad de los argentinos a la imagen que tenían los franceses de los latinoamericanos perseguidos, tuvo sus consecuencias. A medida que los argentinos se adaptaban a lo que se esperaba de ellos, se fueron transformando y modelando

**Desde 1977, el régimen afirmaba públicamente que la subversión había sido eliminada del país y que sólo quedaban terroristas huidos al extranjero y asociados a otras organizaciones terroristas y humanitarias que elaboraban campañas de prensa contra la Argentina.**

según la imagen que la sociedad francesa les devolvía.

Además, el silencio de los exiliados sobre sus identificaciones partidarias y su insistencia sobre los DD.HH. de manera casi *aséptica*, eran una manera de proteger la vida de las familias y amigos que estaban en el país. Resultaba imperioso ocultar toda identificación considerada *subversiva* por los militares y que por tanto pudiera poner en peligro la seguridad de los exiliados y de su entorno cercano en la Argentina.<sup>3</sup>

Desde 1977, el régimen afirmaba públicamente que la subversión había sido eliminada del país y que sólo quedaban terroristas huidos al extranjero y asociados a otras organizaciones terroristas y humanitarias que elaboraban campañas de prensa contra la Argentina. Amnesty, Patricia Derian —secretaria de DD.HH. de James Carter—, Yves Montand, el periódico *Le Monde*, el primer ministro sueco Olof Palme, la revista italiana *L'espresso*, eran señalados como camaradas de esa conspiración internacional que tenía como bandera supuestas violaciones de los DD.HH. Semejante discurso dio origen a una imagen de aquellos que estaban fuera del país como *terroristas peligrosos, bandas armadas de delincuentes subversivos marxistas* culpables de la mala imagen del país en el extranjero. Ese peligro desplazado fuera de las fronteras daba a los militares el motivo y el argumento para proseguir la guerra contrarrevolucionaria que había justificado el Golpe.

A raíz de esta campaña específicamente dirigida a la opinión pública argentina, los exiliados se vieron obligados a demostrar la legitimidad de su situación y de sus acciones:



que no eran terroristas, sino que habían salido del país para salvar su vida amenazada por la represión. En síntesis, debían mostrar que eran víctimas. Esa condición exigía hacer silencio sobre la militancia política anterior a la salida del país y sobre las identidades partidarias, automáticamente sospechadas de *subversivas*. Además, la diplomacia procesista replicaba ese discurso en sus intervenciones ante la prensa europea, e incluso ante las organizaciones y tribunales internacionales. El antiguo exiliado Daniel Tarnopolsky reconoce: “Esa propaganda de los militares, negando el secuestro y la desaparición de la gente, nos obligaba a nosotros a negar la militancia, por la confusión que siempre se hizo entre militancia, terrorismo, guerra, secuestro, desaparición, tortura, muerte”.

A su vez, entre 1976 y 1977, el recién nacido movimiento argentino por los DD.HH. fue la principal fuerza de oposición al régimen. La mayoría de las organizaciones que lo integraron se presentaban como *no políticas* y fundaron sus actos de denuncia y protesta en los lazos de sangre que los unían con las víctimas. Sus principales consignas —*Aparición con vida, Verdad y Justicia*—, pronto se transformaron en las

reivindicaciones más fuertes contra la dictadura. Los exiliados siguieron con atención e interés su crecimiento y colaboraron desde el exterior difundiendo la tarea de las Madres de Plaza de Mayo y de personalidades como Adolfo Pérez Esquivel, cuyo premio Nóbel de la Paz en 1981 fue ampliamente difundido por los comités del exilio. Desde finales de los años ‘70 y comienzos de los ‘80, las acciones, las campañas y las consignas de los emigrados políticos, cualquiera fuese su identificación política o ideológica y el país de acogida, apuntaron al sostén del movimiento de los DD.HH. en la Argentina, concebido desde entonces como la verdadera fuerza de resistencia. En el contexto del destierro y la toma de conciencia de las dimensiones de la represión, en una etapa signada por el sentimiento de derrota, ese movimiento dio a los exiliados un objeto y un sujeto para continuar la lucha. Pero con lenguaje, prácticas y símbolos nuevos.

Las divisiones y conflictos en las organizaciones del exilio eran una herencia de los conflictos y la competencia política previas en Argentina y a la vez un resultado de las tensiones surgidas en la nueva situación. Ante ella, la defensa de los DD.HH. proporcionó una base de consenso, un tema compartido y la posibilidad de acciones unificadas.<sup>4</sup> Puede afirmarse que si el combate contra la dictadura desde el exterior logró alguna eficacia, fue precisamente por centrar las acciones en la defensa de los DD.HH.

Ese perfil político está estrechamente ligado a la crisis y estallido de las organizaciones políticas con sus programas de acción y sus políticas de cooptación y control dentro de los comités de exilio. Una vez que éstas y sus proyectos fueron desapareciendo de escena, sólo quedó como objetivo la defensa de los DD.HH.

¿Qué podía aportar a los exiliados este tipo de acción política? Esencialmente, el sentimiento de continuar la lucha y de no abandonar el combate político que había animado sus vidas hasta el momento de la partida del país. La actividad desarrollada en el exilio, dirigida a salvar vidas, proporcionaba un sostén moral y psicológico para los emigrados quienes estaban viviendo el fracaso de su proyecto político con el costo enorme de la muerte masiva de sus compañeros y seres cercanos. El sentimiento apabullante que muchos tenían era el de la derrota, la pérdida del proyecto y la culpabilidad de estar sanos y salvos frente a todos aquellos que habían muerto o sufrían una represión extrema. Para entender esos sentimientos y sus consecuencias sobre el exilio, es indispensable considerar la complejidad y la profundidad del compromiso político de esos militantes en los años previos. Las organizaciones revolucionarias que habían optado por la lucha armada, estaban construidas sobre un modelo de compromiso total; el militante, un héroe sacrificado, debía consagrar toda su vida a la causa. En ese modelo, la violencia era asumida como una manera de *hacer la Historia*. Para designar tal forma de militancia, muchos investigadores se refieren hoy a un funciona-

miento cautivo compartido entre militantes y dirigentes, e incluso a un *espíritu de cruzada*.

La partida al exilio significó una ruptura brutal de la experiencia y una pérdida de todo aquello que constituían los proyectos personales y colectivos construidos en la Argentina. En ese contexto, la continuidad de la militancia fuera del país daba un espacio de pertenencia y de identificación, además del sentimiento de continuar la acción política, incluso si ésta era reorientada hacia el que parecía ser, dada la aniquilación de las organizaciones, el único combate posible. Un anti-guero exiliado montonero lo evoca así: “Hay una tal ruptura psicológica en el exilio, es una situación de duelo difusa, no se sabe cuáles son los límites, es desorientador porque no hay un proyecto de futuro (...) yo logré aferrarme como un salvavidas a los estudios. Pero lo central de mi vida en la Argentina no eran los estudios, lo central era la militancia y lo secundario eran los estudios, eh, entonces cuando llego aquí me siento extremadamente solo (...) La primera gente que encuentro entonces fue del PRT y Montoneros, y todo eso fue como encontrar el medio de pertenencia, lo primero es un shock afectivo, totalmente. Por otro lado, unirme con algo que había sido exaltante; y por otro lado empezar a poder elaborar algo de la situación de exilio.”

También el sentimiento de culpabilidad dificultaba discutir sobre cualquier cuestión del pasado cercano. En cambio, la enorme actividad de denuncia de las violaciones a los DD.HH. en Argentina ayudaba a continuar y a soportar la situación, a no hablar de un pasado tan doloroso y concentrar las energías sobre algo útil: salvar vidas. Así, el nuevo compromiso por los DD.HH. podría explicarse por la necesidad de mantener una acción política reconstructiva en el exilio y enfrentar los sentimientos de pérdida, derrota y culpabilidad por la muerte de los otros. Como lo dice hoy un exiliado: “Yo me culpo de no haber tenido la capacidad moral y política para decirle a todo el mundo *esto se acabó, rájense, porque los mataron a todos, deben haber quedado diez vivos...* (...) Es muy difícil sacarse... cuando uno empieza a pensar... porque el problema de todo eso es no caer en tener siempre razón: uno tenía razón cuando estaba y tenía razón cuando no estaba. El problema no es tener razón, el problema razón es decir *nos equivocamos*, no decir *tuve razón en irme*”.

En el momento de la vuelta al país, la mayoría de las organizaciones del exilio en Francia firmaron un manifiesto que fue publicado en la prensa argentina. Afirmando su derecho al retorno, los exiliados reclamaban en él su condición de miembros de la nación argentina, y si bien no utilizaban el término, insistían en su condición de víctimas de la represión, en la cual incluían la cárcel, la tortura, el asesinato, las desapariciones, el exilio. Su discurso estaba totalmente centrado en las reivindicaciones humanitarias, sin ninguna proposición política, ni siquiera la democracia (excepto la exigencia del fin del estado de sitio). Lo más llamativo es que

ellos basaban su derecho al retorno en tanto que exiliados en la misma actividad de denuncia hecha en el exterior.<sup>5</sup> Esto permite apreciar hasta qué punto los DD.HH. se transformaron en una nueva forma de compromiso político para los exiliados, que reemplazó los motores de la acción previos y fue presentado como lo que legitimaba tanto haber pasado aquellos años fuera del país, como la condición misma de exiliados y el derecho al retorno.

## Conclusiones

La comparación entre las trayectorias de los exiliados argentinos y los uruguayos o brasileños, muestra que la aceptación y apropiación de los discursos y lenguajes de DD.HH. fue algo que se dio en todos los grupos de exiliados del Cono Sur. Lo que ha sido diferente en el caso de nuestro país no es el sentido de la transformación vivida, sino sus dimensiones, la manera en la cual el lenguaje y la acción humanitaria transformaron radicalmente la práctica política y las convicciones de los antiguos militantes revolucionarios. La manera en que este nuevo lenguaje reemplazó todo proyecto o construcción política nueva o alternativa entre los argentinos muestra la fuerza con que los militantes sintieron la derrota histórica.

Sin dudas, la dimensión atroz de la represión en la Argentina —con la práctica sistemática de la desaparición forzada de personas, el asesinato y la tortura— dio forma a un sistema de terrorismo de Estado más duro que el brasileño, el uruguayo o el chileno. Esto tuvo un efecto de ruptura muy importante en las tradiciones y las prácticas políticas. La capacidad adquirida por el movimiento de DD.HH. en el país para constituirse como única fuerza de resistencia a la dictadura, ayudó a reorientar los esfuerzos de los militantes residentes en el exterior hacia esa misma lucha humanitaria, algo sobre lo cual también influyó seguramente el hecho de irse a vivir en comunidades políticas reguladas por el respeto de las libertades individuales y democráticas.

La dificultad de los exiliados argentinos para repensar el militantismo desarrollado antes de la represión y sus consecuencias les impidió formular nuevos proyectos políticos o continuar con los previos. La enorme culpabilidad y el sentimiento de fracaso fueron vividos como un peso imposible de procesar; lo sobrellevaron actuando por las víctimas que habían quedado en el país, muertas o vivas. Todo esto, junto a la toma de conciencia de la dimensión del terrorismo de Estado, permitió el *olvido* de la condición de militantes revolucionarios comprometidos en una guerra y la emergencia de una nueva imagen, la de víctimas de las violaciones de los DD.HH.

El grupo de exiliados que sufrió las transformaciones políticas más fuertes no formaba parte de las fuerzas políticas tradicionales argentinas: la Unión Cívica Radical y el peronismo no armado. Éstas fueron protagonistas del retorno a la democracia en 1983. Al contrario, los movi-





mientos de izquierda que habían ocupado la escena política antes del Golpe, fueran armados o no, prácticamente desaparecieron tras la dictadura. Lo mismo sucedió en el caso de otros movimientos armados del Cono Sur, pero no con el resto de las fuerzas políticas que en cada país también fueron blancos de las fuerzas represivas y protagonizaron el exilio. Esas fuerzas, en otros países, continuaron existiendo y actuando políticamente. En cambio los militantes argentinos de izquierda no lograron reconstruir de manera cabal ninguna fuerza política y esa parte del abanico político prácticamente desapareció de la escena electoral. En el momento de la transición a la democracia, lo importante fue el peso del movimiento de los DD.HH. mucho mayor que en otros países.

El silencio sobre el pasado político de los desaparecidos y de los muertos, la construcción de la figura de *víctimas*, el discurso humanitario sin referencias a lo partidario y la insistencia sobre el carácter universal de los DD.HH. no son una construcción del período posdictatorial, tal como es generalmente explicado. Comenzó a construirse con el largo proceso de transformación de los lenguajes y las prácticas políticas de los exiliados. No fueron ellos los únicos responsables y protagonistas de ese cambio, pero tuvieron un rol importante gracias a la experiencia de haber sobrevivido a la represión, haberse exiliado y haberse sumergido en nuevos contextos políticos que a su vez también estaban en transformación. Estos factores históricos hicieron de los exiliados agentes de transferencia de la nueva cultura de los DD.HH. en la Argentina. Aunque esa cultura no haya sido enteramente nueva, ya que existía antes del Golpe—, se transformó en una experiencia *práctica* de la política y de la pro-

testa social sólo *después* de la dictadura, gracias a la presencia de los exiliados y del movimiento por los DD.HH. constituido dentro del país.

**Marina Franco** es profesora e investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín. Doctora en Historia de la Universidad de Buenos Aires y de la Université de Paris 7 (Francia). Autora de numerosos artículos en revistas nacionales y extranjeras sobre el tema del exilio y co-editora con Florencia Levín (eds.) de *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (en prensa).

1. La llamada contraofensiva montonera condujo a la organización a su crisis definitiva. Las posiciones contrarias a la operación produjeron dos rupturas muy importantes en 1979 y 1980. Por su parte, el PRT estaba ya muy debilitado en 1976. Y entre 1978 y 1979 atravesó una nueva y última crisis que concluyó en una fractura durante el VI Congreso, a raíz de la posición a tomar con respecto a la continuidad o no de la lucha armada.
2. Era la época de las Brigadas Rojas en Italia. El asesinato de Aldo Moro en 1978 había conmovido a la opinión pública internacional. Era también la época de los atentados de Munich (1972) y de las acciones terroristas del venezolano Carlos en Viena (1975), luego refugiado en París.
3. La dictadura argentina continuó la persecución fuera de las fronteras, enviando militares para infiltrarse en diversos grupos de exiliados y de militantes en México, Francia y Venezuela.
4. Esto no significa que no hubiera conflictos sobre las políticas de DD.HH. Los hubo por ejemplo en torno a las declaraciones de sobrevivientes según las cuales los desaparecidos estaban muertos.
5. Por el derecho al retorno, *Clarín*, 26/10/1983, Buenos Aires.

# El negro de París

Los dibujos de Miguel Rep que acompañan esta nota fueron publicados originalmente como ilustraciones para *El negro de París*, el único relato para chicos que escribió Osvaldo Soriano. Cuenta la relación entre un hijo de exiliados y el gato que adoptan en París, que le enseña la manera de acercarse a Buenos Aires, donde quedó su gata Pulqui. La historia se desboca hacia el terreno de la fantasía, y sin dejar de ser un relato infantil (como tantos relatos infantiles, desde *La isla del tesoro* a *Mathilda*, pasando por *Alicia en el país de las maravillas*) resulta una potente metáfora. Del exilio y del exiliado. Esa persona que es, al decir de Juan Gelman, una planta monstruosa, cuyas raíces están a miles de kilómetros.

Además de ser un gato callejero que adoptaron unos argentinos desterrados, podemos considerar que el Negro de París es también —en un juego de ficción— el propio Soriano, que tuvo en esa ciudad uno de sus tantos destinos de exilio. Una repetida circunstancia de vida, que no se inició para él con la última dictadura, sino que fue característica de su niñez, ya que por trabajar el padre para la empresa estatal de aguas, la familia debió seguirlo a lo largo de un periplo que comprendió San Luis —donde Osvaldito jugaba al fútbol con otro pichón de escritor: Eduardo Belgrano Rawson—, Cipolletti y Tandil.

Soriano fue —como Cortázar o su amigo Osvaldo Bayer— un activista del exilio: denunció cada crimen de la dictadura argentina y fue solidario con otros exiliados latinoamericanos, colaboró con las Madres de Plaza de Mayo y a su retorno evitó el aggiornamiento, el reciclado oportunista y culposo en el que muchos intelectuales, otrora airados, incurrieron.

Había nacido en Mar del Plata en el verano de 1943. Como Lord Byron, Baudelaire, Raymond Chandler, Cortázar, Borges, Burroughs y Matheson, Soriano amaba los gatos. Como Roberto Arlt, escribió sus ficciones en el tiempo que le robaba al periodismo (o escribía ficciones mientras decía estar haciendo periodismo). A los 26 años viajó de Tandil a la capital, donde se incorporó a la legendaria revista *Primera Plana*. Después pasó por *Panorama*, *La Opinión*, el diario *Noticias* y *Confirmado*. Colaboró con *El periodista* y *Humor*. Y fue uno de los fundadores del matutino *Página/12*.

A partir de 1973, cuando apareció *Triste, solitario y final*, cada uno de sus libros fue éxito de ventas y blanco privilegiado de la inquina crítica. Especialmente de la crítica universitaria. Se afirmó que su literatura es banal, complaciente con el mercado y el sentido común, simplificadora de la realidad, previsible, efectista, populista. Quizás demasiados adjetivos para alguien que evitaba, por principio, la prosa arborescente.

Ricardo Piglia (el mejor lector de la literatura argentina, según el ponzoñoso elogio de Beatriz Sarlo, otra lectora, aunque no tan buena), encontró que precisamente en esa simplificación residía la potencia de Soriano.

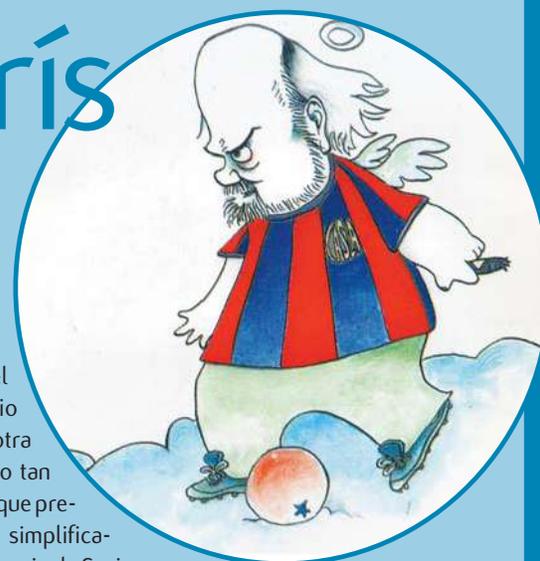
Piglia se jugó: “*Cuarteles de invierno* es el mejor libro que se escribió en el exilio sobre la dictadura argentina, porque no es un libro de denuncia directa. Es una metáfora concentrada en el enfrentamiento entre ese boxeador que se ve obligado a luchar, en una pelea decisiva, con el hombre que había elegido el ejército”. Esa novela y *No habrá más penas ni olvidos*, son para el narrador y crítico Guillermo Saccomanno indispensables si se quiere entender lo que fue la sociedad argentina en tiempos del autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”.

El credo estético de Soriano era tan ajeno a las modas y paradigmas críticos como al dogmatismo. Admiraba a Chandler, a Simenon, a Cortázar, a Borges, a Bioy Casares, a Arlt, a Hemingway, a Graham Greene, a Onetti, a García Márquez. Sostenía que en literatura el autor está siempre solo como un corredor de fondo. Y de esa soledad debe sacarlo todo: música de cielo y ruido de tripas. También alguna forma de belleza y la peregrina ilusión de que un día alguien decida abrir su libro para ver si vale la pena robarle horas al sueño con algo tan absurdo y tan pretencioso como una página llena de palabras.

A Soriano le dolían ensañamientos y ninguneos. Pero se defendía. Como un gato, se defendía. No dejaba mucho tiempo sin enzarzarse en discusiones literarias, históricas, políticas (y futboleras). Así, escribió acerca de la literatura argentina: *...carece de épica y de sentido del humor. Hay muchas excepciones, pero salvándolas, diría que la mayoría es muy solemne, se toma muy en serio. Proceden de la facultad, un lugar donde aprenden pocas cosas de la vida. El humor no sólo falta sino que también es mal visto. Si en este país hoy se escribiera El Quijote pasaría inadvertido. Hay mucho minimalista: viven alrededor de Retiro y Santa Fe, y creen que el mundo es ése. Ahí nunca vas a encontrar una épica. No hay una épica de la Recoleta. Hay mucho narcisismo.*

Pero por sobre todo, Soriano se defendía con novelas y libros de relatos que fueran como un cross a la mandíbula, tal cual decía y hacía su admirado Roberto Arlt.

Libros como zarpazos.



Miguel Rep, dibujante

# “EL artista ES UN pensador”

Avidez, curiosidad, inteligente irreverencia, caracterizan su producción, que se atreve con todo y no deja de interpelarnos. Una tira diaria en un matutino, dibujos unitarios, libros, historietas, tapas de novelas, ilustraciones para cuentos. “Yo quiero dibujar todo”, desafía.

Por Juan Bautista Duizeide

Ilustraciones Miguel Rep

Cuando se presentó la muestra Rep recuerda en el Museo de Arte y Memoria de La Plata, habían transcurrido unos pocos días desde la desaparición de Julio López. Por lo cual esa inauguración a punto estuvo de suspenderse. Finalmente, primó el criterio de que era necesario no ceder, no darles el gusto a los siniestros. Cuando le tocó hablar, Rep dijo que esa inauguración sólo sería una inauguración cuando pudiera entrar López por la puerta del museo e ir a ver sus dibujos. Hasta que eso no sucediera, su muestra sería un acto político.

Tamaño claridad, de la que pocos dirigentes pueden ufanarse, unida a un currículum que incluye haber publicado en sus inicios historietas como *Los Alfonsín* o *Joven Argentino* en la revista *Humor*, podrían llevar a un equívoco. Rep no es un humorista político. Es algo bien distinto, más completo y complejo: un hombre político. Alguien que vibra con lo que pasa con sus semejantes en la polis. Pero su sensibilidad no se queda en la denuncia, que la hay y mucha en su obra, sino que también acaricia otros mundos.

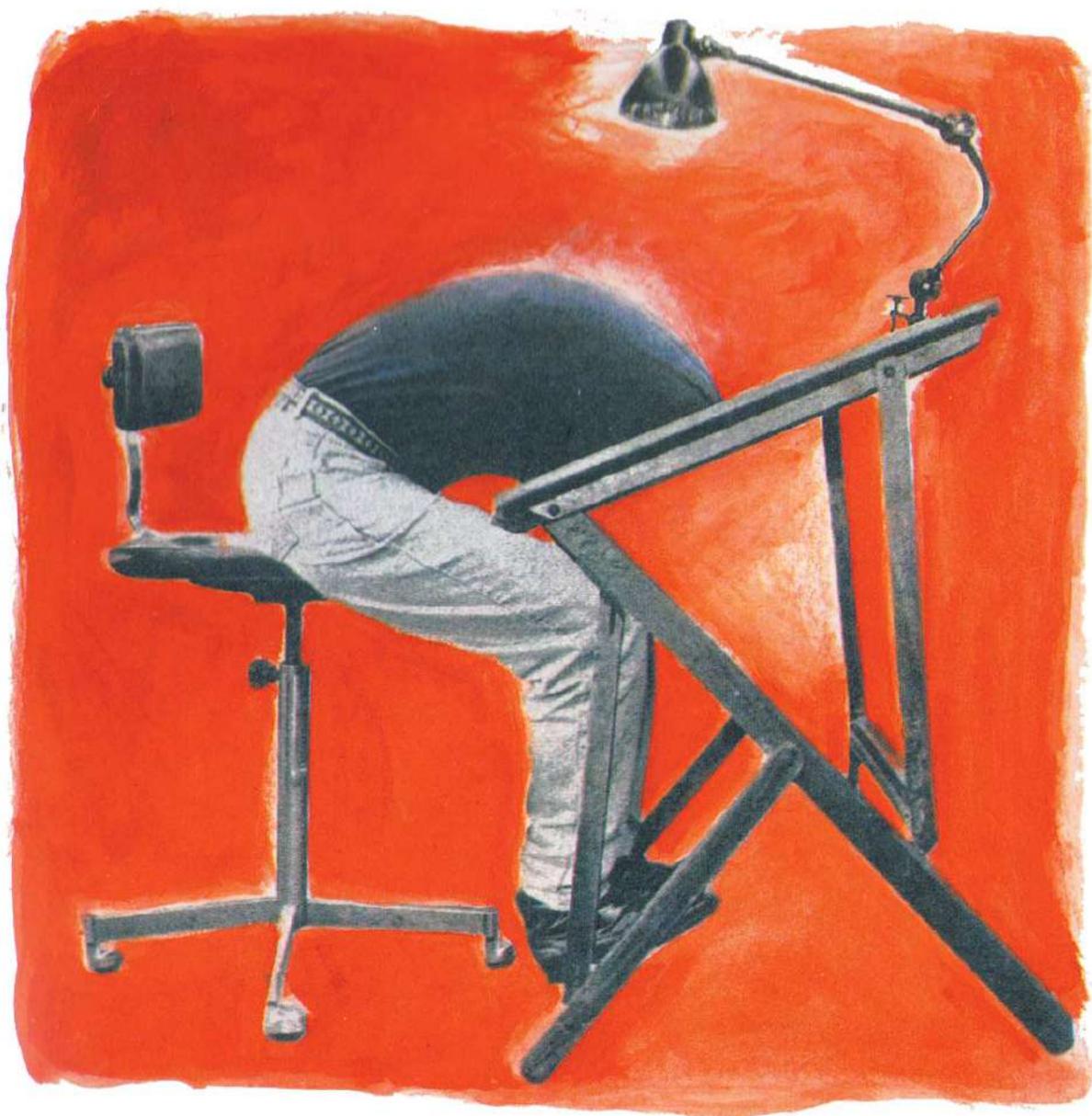
Para muchos, Rep viene a ser el descendiente modelo ochenta y pico de Quino. A él le gusta aclarar que en todo caso es su descendiente post-moderno, de un post-modernismo crítico: “En Quino hay certezas, slogans incluso, como ése del *palito de abollar ideologías*. Es decididamente un moderno. Yo en cambio soy deshilachado, incierto. Has-

ta en la postura se nota la diferencia. Yo me siento desgarrado; él, derecho”, diferencia. Hechas estas salvedades, hay que señalar que Rep no busca el fácil abrigo en el oficio. “El artista es un pensador”, define. Y esa definición connota una estética y una ética.

Tal vez a quien más se acerque sea al gran Oski. Es, como él, un enciclopedista plebeyo y jodón, un curioso voraz. “Yo quiero dibujarlo todo”, dice. “Si no hubiera sido dibujante hubiera sido asesino”, confiesa parafraseando a Jimi Hendrix. Al revés de los plásticos que hacen excursiones por los *barrios bajos* de la historieta en busca de nuevas formas, Rep explora las bellas artes con una inteligente irreverencia para volver al humor. “Tengo una mirada gráfica”, plantea. “No una mirada de plástico ni una mirada de escritor”.

Ama “la sensualidad de la ropa hecha bosta”. Asegura “me sale mejor lo roto, lo gastado, que lo prolijo y perfecto; me sale más dibujar una villa que un country, tal vez por mi origen”. Salvo contadísimas excepciones, Rep hace sus propios guiones. El desafío es que dibujos y guión no redunden sino que se complementen. Algo que para él en poquísimos casos en toda la historia del género se logró totalmente. Piensa en Pratt y su *Corto Maltés*, en *Mort Cinder* de Breccia.

“Yo me siento anarquista”, confiesa. “Me encantaría que me dijieran subversivo”, provoca. Tal vez quien mejor lo



defina, como en un claro espejo, sea uno de sus personajes: el Zebra. Ese presidiario con traje a rayas y todo que cava y cava y cava, y en su búsqueda de salida lo mismo se encuentra en el salón de la Casa Rosada en el cual juran por los estatutos del Proceso de Reorganización Nacional Videla, Massera y Agosti, que en la tapa del disco *Sgt's pepper lonely hearts band*, de los Beatles. Alguien que cava y cava y cava, en busca de aire y libertad, un trabajador que palea a través del encierro, de lo oscuro, y se asoma a distintos mundos, un zapador.

*-Al revisar una parte de tu producción —libros como La grandeza y la chiqueza, Bellas Artes, Y Rep hizo los barrios—*

*dos roles parecen definirse: guía y traductor. Guía por el mundo de la historia, el arte, los barrios. Guía que traduce esos mundos al dibujo. ¿Qué otros mundos tenés ganas de recorrer y presentarnos?*

-Yo tengo dos mundos, básicamente. Uno es el mundo que se ve, el del exterior de uno, y otro es el mundo interno. Cada vez que trabajo con el mundo exterior, trabajo desde mi curiosidad y trato de devolver esa curiosidad mediante preguntas que me hago mientras laburo y respuestas que doy con mi dibujo. Ése es el mundo más probable, más cotejable. A pesar de la subjetividad de mi idea: la ciudad, el mundo del arte, la historia, existen y pueden ser apreciados por otros independientemente.



mente de mí. Pero también está el otro mundo, el mundo interno mío, que no es probable. Ahí trabajo más con la libertad. Es un mundo subjetivo que nadie puede constatar. En el primero de mis dos mundos hay como una búsqueda de difundir los placeres que están alrededor de mí: en el otro, el capricho de difundir algunas cosas que me pasan. Esos son mis dos grandes campos de trabajo. Analizando el trabajo de otros humoristas, de otros dibujantes, veo que hay quienes sólo se dedican a su exterior, es el caso de la mayoría de los dibujantes humorísticos, o el caso de los dibujantes underground, que sólo parecen interesarse por su interior. Yo tengo esas dos curiosidades. Traducir y guiar en todo lo que tiene que ver con el afuera de mí y por ver y compartir lo que hay dentro de mí. Aunque esas dos dimensiones por supuesto que se tocan: mi mundo interno incluye al mundo objetivo y mi percepción del mundo objetivo está determinada por mi mundo interno. Donde más se nota eso es en la tira diaria que hago para *Página/12*. En trabajos como *La grandeza y la chiqueza* o *Bellas artes*, claramente está el exterior. En cambio *Postales* se conectaba más el interior. Las ilustraciones para el *Quijote* son mi encuentro con un autor volcando mucho de mi interior. Y algunas de las tiras diarias por las que a veces me acusan de no ser *entendible*, son las que hablan de mi interior. En cuanto a qué otro mundo externo me gustaría visitar, tengo ganas de hacer algo con el tango. Que no es mi música pero está en mi interior por vía de mi viejo, que era tanguero. Pero es difícil hacer algo sobre él sin volverte tanguero, sin que el género te gane, o sin quedar en lo más superficial.

*-En tus tiras vienen apareciendo cada vez menos personajes. ¿El Niño Azul copa todo?*

-Durante años estuve creando una cantidad de personajes en mi tira diaria de *Página/12*: Gaspar el revolú, Lucas, Auxilio, Socorro, el Caramonchón y otros tantos. Hasta que me cansé. ¿Por qué tendría que encajar algo que se me ocurre en boca de un personaje, que tiene una visión del

mundo limitada? Hay quienes pueden estar cincuenta años haciéndolo de manera maravillosa. El mundo en unos pocos cuadritos. El perfecto ejemplo es *Peanuts*, de Charles Schulz, con esos personajes tan queribles: Charlie Brown, Snoopy, Lucy, Sally, Linus, Woodstock...

Además, no puedo dibujar personajes que no estén de algún modo en mí. Me parece que si el personaje no está de algún modo en vos, termina siendo una falsa construcción. Gaspar el Revolú —si bien yo no soy un setentista por una cuestión de edad— está por la duda y por la cuestión del psicoanálisis. Para Lucas me basé en un darky que vi en el micro a la vuelta de un recital de The Cure, me pregunté *¿qué le estará pasando por la cabeza?*, pero conecta con el chico darky que llevo adentro, con una

*-Si yo fuera hoy literato quizás haría cuentos o haikus. Por ahí no llegaría ni siquiera al formato nouvelle. Me gusta lo epifánico. Más el detalle, la pequeña anécdota que el gran relato.*

especie de rebeldía introspectiva. Y la Turca es el personaje en el que se encarna mi rebeldía más extrovertida. Yo no podría dibujar, por ejemplo, a Boogie el aceitoso. Porque no soy un facho, pero porque además no lo tengo ni como oponente al facho, como contrario absoluto, porque no le tengo miedo a la violencia, no me es del todo ajena, pienso que si no hubiera sido dibujante podría haber llegado a ser muy violento. Para Fontanarrosa, en cambio, sí funciona como el opuesto absoluto, porque él es un tipo de lo más pacífico, que incluso le tiene miedo a la violencia, a las armas.

*-Otra cosa notable, que a lo largo del tiempo va reapareciendo en tu tira, son los libros que se hablan de un estante a otro de una biblioteca. Además de esas conversaciones, están lo que podrían llamarse, mejor que ilustraciones, diálogos entre vos y algunos textos. Además del Quijote, al que ya nos referimos, me gustaría que hablaras acerca de El negro de París, de Osvaldo Soriano, y El gol-*



pe, de Graciela Montes.

-Leí *El negro de París* cuando salió editado por *Punto-sur*, dibujado por otro. Y la verdad es que me quedé con las ganas de dibujarlo yo. El que lo hizo era un amigo de Soriano que había sido preso político de la dictadura. Lo hizo bien, pero yo me quedé igual con las ganas. Lamenté muchísimo no haberlo dibujado. Cuando comenzaron a reeditarse las novelas de Osvaldo Soriano en editorial Seix Barral, les pareció que yo era algo así como el dibujante natural para ilustrar sus tapas. Eso a partir de muchos trabajos que hice en la década del '90 con Soriano y también a partir de su muerte. Hice postales de él. Hice dibujos en el suplemento literario *Radar* de *Página/12*. Trabajé bastante sobre su figura. Y siendo la de él una literatura tan popular, tan cercana al cine y por ende al comic, la asociación conmigo resultaba muy directa. Además, había tenido una relación bastante cercana: me presentó un libro en la feria; casi fuimos juntos al mundial '94; a los dos nos interesaban la historia, los personajes perdedores, Buenos Aires... Por supuesto yo aprendí mucho más de él que él de mí. Pero puedo decir que hubo una buena conexión. Para las tapas de sus novelas recurrí a técnicas no habituales en mis dibujos. Finalmente, vino la reedición de *El negro de París* y pude darme aquel gusto postergado. Es el texto más infanto-juvenil de él, una rara avis, con lo cual fue fácil meterme con la ilustración, mientras que en una novela no sé si me animaría a ir más allá de la tapa. A medida que iba dibujando esas ilustraciones para *El negro de París*, pensaba qué iría a opinar él... Lo que para mí le faltó a ese trabajo es que la editorial apostara a que tuviese color adentro. Ése me parece que es el único débito, pero con el tiempo, me parece, puede subsanarse.

En cuanto a *El golpe*, no tuve que leer demasiado. Ya sufrí bastante el golpe y la dictadura. Y fue un tema que trabajé desde los años '80. No tuve que repasar. Te diría que ni siquiera lo leí. No hacía falta. Graciela Montes yo ya sabía cómo escribe, sabía qué fue el golpe y sabía que ése era un trabajo de divulgación. No iba a ser una lectura muy fi-

na y controversial de algún hecho específico, que sí me hubiera llevado a repasar o a estudiar. Fue un trabajo para cerrar un momento de la historia mía acerca de la dictadura. A partir de él se termina la visión global para meternos en los pequeños episodios y en los detalles, en lo particular, en lo específico. Para entrar en el tema de las responsabilidades civiles y ya no hablar sólo de los milicos malos, la tortura y todo eso, sino explorar la responsabilidad de los grandes empresarios, de la clase media y el consenso que en algún tiempo tuvieron.

-*Dos narradores muy visibles de tu generación, Rodrigo Fresán y Juan Forn, se han referido a vos como narrador. Fresán de manera directa, Forn se preguntó si lo sos... Sin embargo, vos después de tener en Humor historietas de una página o un poco más, como El recepcionista de arriba, Los Alfonsín y Joven Argentino, te concentraste en el formato de la tira y el cuadro unitario. La tuya sería una narración que tiende a concentrarse.*

-Si yo fuera hoy literato quizás haría cuentos o haikus. Por ahí no llegaría ni siquiera al formato *nouvelle*. Me gusta lo epifánico. Más el detalle, la pequeña anécdota que el gran relato. Me interesa más un episodio mínimo que la batalla de Cepeda. Aunque no creo que no esté en mí contar alguna vez algo de largo aliento. No puede ser que todo sea tan corto y tan fragmentado, si bien soy un hijo de eso, de este tiempo fragmentado, de este tiempo en el que no hay certezas ni nada que aguante el largo aliento. El largo aliento que yo he encontrado en mi vida es haber trabajado tanto.

Respecto a lo que dicen Rodrigo Fresán o Juan Forn, son clarísimos los campos de donde vienen. Cuando uno dice que soy un narrador y el otro duda si lo soy, es porque uno —Rodrigo— viene de frecuentar todos los géneros del arte popular, sabe muy bien lo que es la historieta, no tiene ningún problema con el campo del arte popular, ningún prejuicio, puede poner a Simenon y Salinger al lado de Pratt y Hergé; en cambio Juan, que viene específicamente de la literatura, se permite expresar la duda: ¿soy o no un narrador? En esos



juicios están las poéticas de cada uno. De todas maneras, Forn me incluyó en una colección de narrativa que dirigía para editorial Planeta, muy representativa de la época: *Biblioteca del Sur*. Pero me acomodó como un raro. En realidad estoy más cerca de los narradores, de los literatos y de los plásticos que de los historietistas. Porque con ellos se puede conversar de manera más interesante. No por un prejuicio de arte mayor y arte menor.

-¿Preferís que te llamen “dibujante”?

-Sí. “Dibujante” es la palabra que más y mejor me describe.

-Me refería a la palabra “dibujante” en contraposición a la palabra “humorista”. Hay una de las postales en que citás a Pier Paolo Pasolini. Dice: hay que desconfiar del humor, ese reflejo burgués que atenúa la crueldad del mundo... ¿Seguís desconfiando del humor?

-No. No decía *desconfiar*... Decía que es algo burgués, sí, y que atenúa la crueldad del mundo, pero no desconfiar... (se equivoca o se olvida Rep, en el texto de esa postal se autoconmina a desconfiar del humor, ¿este olvido o equivocación es sólo casualidad? ¿o sucede que ahora Rep confía más en las armas del humor?).

Aunque es cierto que a veces uno llega desconfiar del humor porque está tan metido en el sistema que a veces se muerde la cola, toma formas inaceptables. Pero ése es el humor más frívolo. El humorismo es un humanismo.

-Y tantísimas veces, en distintas circunstancias históricas y políticas, al humorista por ahí le dejan decir lo que no le dejan decir al narrador, al cronista, al periodista...

-Tal vez porque el drama, la literatura, el periodismo, la historia, están muy sacralizados. Al humor se lo toma como algo evanescente, mientras que lo demás tiene otro peso, y por su peso sedimenta. Es mucho más prestigiosa Griselda Gambaro que Oski, pero eso es por un prejuicio de la crítica, de la clase media. Mirándolo desde este lado, en verdad está bueno que no se sacralice lo humorístico del modo en que se sacraliza lo *serio*, porque el humorismo

está en contra de toda sacralización. Ahí está el humorista para bajarlos a todos del pedestal, ésa es su función. Aunque no digo que no haya humoristas que no se hayan subido al pedestal. Es muy importante hacer el ridículo. La vida es ridícula. La torpeza, la debilidad y el ridículo derivados de ella, son la verdad del ser humano. Admiro mucho el humor boludo hecho por gente muy inteligente. Como Groucho Marx.

-¿Cómo viviste la dictadura, Malvinas y los primeros años democráticos, que coinciden con tus inicios profesionales?

-Dejé el secundario durante la dictadura por una sensibilidad que se sentía encarcelada. Pero eso no quiere decir que yo fuera muy consciente de lo que pasaba. Y mi primer dibujo no apareció en ninguna publicación combativa, sino en *Cuarta Dimensión*, *periodismo de anticipación*, que dirigía Fabio Zerpa. Era una de platos voladores. Pero en aquella época, con tal de publicar, yo le habría dado mis dibujos a una revista de derecha, a cualquiera. Era muy chico. Y cuando comencé a publicar mis trabajos en la revista *Humor*, aunque era un medio de gente bastante informada, no era tanto lo que me llegaba por ese lado. Sabía algo de esa violencia por otras vías, percibía algo en la atmósfera.

Creo que la sociedad argentina siempre está matando a los jóvenes. Siempre. Ahora se dan las muertes juveniles que todos conocemos: por hambre, por marginalidad, por la violencia carcelaria, por gatillo fácil... Antes era de a miles. Ahora es por goteo.

La post-dictadura fue un momento primaveral. A partir del '83 aproveché la libertad política para trabajar con más libertad. Cada vez con más libertad. Yo no me quedé como muchos de la revista *Humor*, que decían contra la dictadura estábamos mejor. Mi materia prima es más que nada la libertad. Más libertad social para tener mayor libertad

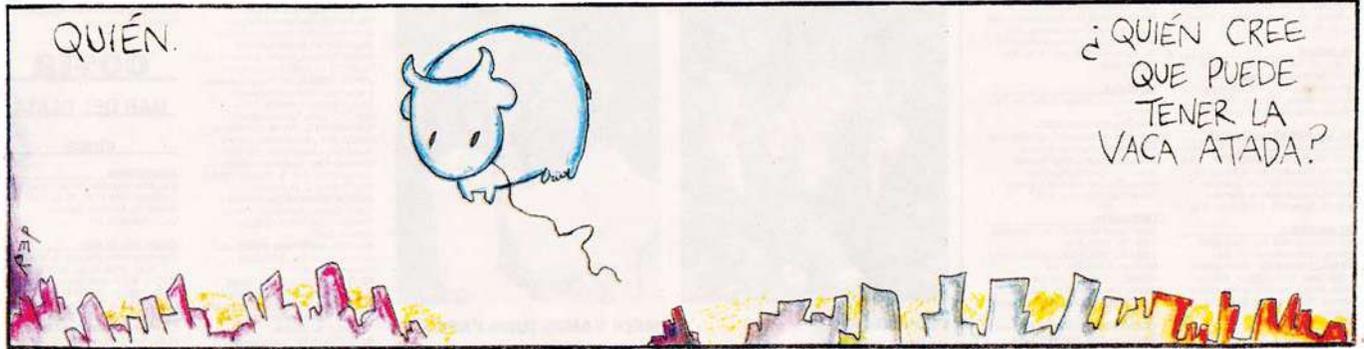


expresiva, más libertad expresiva para tener mayor libertad social. Ahora ya no le echo más la culpa de mis límites a los gobiernos o a los jefes de redacción. Mis límites son míos, mi capacidad y mi incapacidad.

Me pegó más la guerra de Malvinas que todo lo anterior, que ya algo me había pegado. Por una cuestión generacional. Yo soy clase '61. Y a Malvinas mandaron a la clase '62. Pero si seguía iba a ir la clase '61 y la '63, y las que vinieran. Sentí que ahí estaban diezmando a mi generación. Estaba muy atento a lo que pasaba. Desinformado o mal informado como todos, pero con un sentimiento en contra de los militares que ya me venía de un poco antes. Un odio a la dictadura. Pero así y todo el 14 de junio me sorprendió la derrota. Me sorprendió que fuera tan rápido. Y a partir de ahí comencé a trabajar sobre Malvinas. Es un tema importante para mi generación y para mi vida. Creo que la sociedad argentina siempre está matando a los jóvenes. Siempre. Ahora se dan las muertes juveniles que todos conocemos: por hambre, por marginalidad, por la violencia carcelaria, por gatillo fácil... Antes era de a miles. Ahora es por goteo. Un pibe hoy, tres pibes mañana, y así... Ésta es una sociedad muy saturna... Como en el cuadro de Goya, *Saturno devorando a sus hijos*. Fue así con los desaparecidos.

### -¿Cómo entraste a la política?

-A la política entré muy tarde. Yo no vivía en un conventillo porque en esa época ya no se usaban, pero casi. Éramos bien pobres. A mi casa no llegaban ni los diarios. Hasta que a cierta edad comencé a ir a Parque Rivadavia a canjear revistas. Así me fui haciendo mi propia historia de la historieta. Ahí mismo me compré unos fascículos, *Historia de las Revoluciones*, que me atrajeron por la gráfica. Y por esa misma razón, la gráfica, siempre la gráfica, elegidos de los posters que traían y los pegué en mi habitación. Allí estuvieron, hasta que un día a mi padre se le ocurrió violar la privacidad de ese lugar, que era medio de acceso restringido, y al entrar se topó con el Che Guevara y Hitler que lo semblanteaban desde la pared. De inmediato me mandó sacarlos y me dijo que la política no entraba más a casa. Pero la política igual entró. Primero por *Satiricón*, la mejor revista de la época. Luego por el amor platónico hacia una mujer un poco mayor, que me pasaba lecturas que, luego entendí, tenían una tendencia marxista. Así me fue haciendo simpatizar con las causas de la izquierda. A la historia me acerqué primero por un libro de Salvador Ferla, hoy olvidado; era un tipo de derecha, un divulgador nomás, pero tenía una escritura muy amena. No era un Halperin Donghi imposible de leer para alguien que no es his-



torizador de profesión. Más adelante me seguí acercando a la historia gracias a la lectura de algunas contratapas de *Página/12* escritas por Osvaldo Soriano. Él fomentó mi admiración por Belgrano, por Moreno, por Castelli. Toda la tendencia jacobina. Y luego investigué para dibujar la serie de *La grandeza y la chiqueza*. Y por más que le busqué la vuelta, a San Martín no pude encontrarle ni una mancha. Es una curiosidad de nuestra historia, ya que todos, de derecha, de izquierda, nacionalistas, peronistas, marxistas, lo respetan y hasta lo veneran. Mi padre que era correntino como él y estaba orgulloso de eso, decía San Martín no tienen ningún diente de leche... Para mí era como un súper-héroe. Hice un trabajo interesante, pero no volvería a dibujar *La grandeza y la chiqueza*, porque pienso que mucho de lo que entonces podía ser revulsivo se ha vuelto sentido común. Yo quería salir de la versión *Billiken* de la historia, que era la versión dominante. Pero esa tarea ya ha sido cumplida con el aporte de muchos. Pienso que el revisionismo se agotó y es necesario un revisionismo del revisionismo.

#### -¿Sirve el humor político?

-El humor político se desdibujó. A mí se me encendió la alarma cuando un periodista me dijo que Jaroslavsky quería tener el original de un dibujo de él que yo había hecho. ¡Y lo había matado! Así no funciona... A Menem, por ejemplo, le pegaban porque se ponía a jugar al fútbol con Maradona y le miraba las tetas a Madonna, porque se quedaba dormido en un acto, por los furcios... Pero lo dejaban casi como un tipo simpático. No le pegaban por las cosas terribles que estaba haciendo. Hay que hacer humor político sin los políticos. Dibujar lo que le pasa a la gente. Mostrar todo el entorno social, las consecuencias de una determinada política, es mucho más eficaz que mostrarlos a ellos. El mejor ejemplo de eso es George Grosz, que hizo un retrato tan justo como despiadado de la república de Weimar, en la Alemania de los años '20, y del ascenso nazi al poder, sin dibujarlos a ellos. Tal vez mi vie-

jo tenía razón. Tal vez lo que me estaba diciendo era *dibujá a la gente...*

*-Sin embargo a vos, tal vez por tus inicios en Humor, con historietas como Los Alfonsín o Joven Argentino, muchos te encasillan en el humor político. Y por cierta sensibilidad por lo social te ven como el humorista que defiende los derechos humanos. ¿Qué te pasa con eso?*

-Por supuesto, tengo una conexión fuerte con lo político, con los acontecimientos sociales, con los derechos humanos. Reacciono ante determinados desafíos de la realidad. Pero no estoy pensando todo el tiempo en la política. Hay distintos estados de ánimo. Una mañana tengo ganas de dibujar esa bandera norteamericana que chorro sangre y otras quiero dibujar al Niño Azul. No puedo ser todos los días el tipo absolutamente preocupado a mostrar los grandes males de la humanidad. Yo, no puedo. No digo que otros no puedan hacerlo. Por ejemplo, hay un español que hemos presentado con Quino, se llama El Roto, un dibujante maravilloso del diario *El país* de Madrid. Ese tipo es constantemente ácido, muy pero muy ácido. Goyesco. Y yo no puedo ser todo el tiempo goyesco.

Además, ya no tengo el mismo erotismo que tenía antes con los organismos de DD.HH. Yo veo a Estela Carlotta o a Hebe tan cerca del poder y me digo *ya está, tengo que dedicarme a otra cosa...* Cuando eran la causa de los perdedores, estaba ahí. Ahora que su defensa se está volviendo sentido común, historia oficial, me interesa apuntar hacia otras carencias y otros derechos: la indigencia de hoy, el gatillo fácil... No hay que regodearse en la sacralización del dolor pasado. Un peligro muy judeo-cristiano. No nos tenemos que anclar en el dolor. No nos podemos quedar en el puente inconcluso de la memoria. Tenemos que hacer memoria para el hoy. El dolor tiene que ser la materia prima y nunca el punto de llegada. Hay que trabajar los duelos. Y quizás ahí tengamos que dar una mano los humoristas gráficos.

# A mano alzada

## Oski

A mí nunca me daba placer ver los trabajos de Oski. Es como cuando no me gustaba tomar vino. Le faltaba chiste, para mí. Después me empezó a gustar el vino... Oski es el vino de los vinos. El mejor. Cuanto más pasa, mejor. Cuanto más sabio el paladar de quien degusta, mejor es. El humor de él es sutil, indirecto, inteligentísimo. Mientras que los que se quedan en el chiste fácil, en el humor ya, en lo obvio, son pan para hoy y hambre para mañana, Oski es como un grabador del siglo XVI, como un plástico del siglo XX. Como otros cultivaron el color, él cultivó la línea. Y su línea es la libertad. Libertad y expresividad.

## Pratt

Es la aventura. Es el no miedo. Lo anti constipado. La fluidez. La narración. Desde la palabra y con el dibujo más fluido para la aventura. Así te lleva de la mano. Los dibujantes malos logran copiar los gestos del dibujo de Pratt, han copiado la manito, pero no logran lo profundo de Pratt, se quedan en la superficie. Tratan de robarle los trucos que todo grande tiene, pero pierden la magia. Lo de él es incopiable. Él era así, aparte. Yo lo traté un par de veces. Nunca me miró demasiado a los ojos.

## Oesterheld

Yo era muy chico, trabajé con él los últimos tiempos, antes de que lo chuparan, en la editorial *Record*. No hice nada con él porque no tenía entidad para hacerlo. Hablaba con él, me iba hasta el escritorio de él. Para mí era el guionista de *El eternauta*. Había leído toda su obra, yo. El más grande guionista de todos los tiempos. Un día dejó de venir y me dijeron no viene más... Mucho después me enteré de lo que había pasado. Serio. Silencioso. Escondido y escondedor, quizás por las circunstancias. Estaba huyendo. A veces se quedaba a dormir en un sillón.

## Los Beatles

Aparte de la música, son una actitud. Yo no sería el mismo dibujante si no hubiera escuchado los Beatles. Me ha quedado grabada su actitud estética: cómo emprender un trabajo artístico a partir de la segunda post-guerra es lo que enseñan. Llegar al colmo y pasar a otra cosa. Eso es lo que a mí me quedó. Hay ecos picassianos en su trabajo. Tipos que agotan un camino, una obsesión, y pasan a otra cosa. Tienen una actitud intranquila, insatisfecha. La que ha gobernado toda mi estética. Musicalmente me quedo con los Beatles de *Revolver*, algo de *Rubber Soul*, algo de *Sgt's Pepper*, mucho del álbum blanco, todo *Abbey Road*.

## Rep

Ya nada me vuela la cabeza como antes. Como con *Radiohead*. Cuando aparecieron me parecía que eran unos marcianos. Pero a medida que uno va andando, ve que tienen un diálogo con el antes y un diálogo con lo profundo de sí mismos. Y en la medida en que tocan lo hondo de sí mismos es que pueden tocar a los demás. Me interesan las cosas que resuenan en mí. Y a medida que me conozco más, me interesa aquello que resuena con algo propio, pero no me sorprende. Estoy atento a lo que pasa. Pero es más lo que releo y lo que revisito que las novedades. Me he apartado de los fabricantes de novedades. No hay que dejarse llevar por la sorpresa permanente de las falsas novedades. Hay que dejar que decanten y emerjan en su momento justo. Me interesa un dibujante como *Chris Ware*, por ejemplo, que me maravilló, pero ahora observo de dónde viene, hacia dónde va, con qué se conecta. Tengo muchísimas ganas de ver sus dibujos, pero ya no me produce ese golpe que me produjo en su momento *Maus*, de *Art Spiegelman* o con *Krazy Kat*, de *Herriman*. Surgen cosas, pequeños fervores, ya no las obsesiones de antes. Cosas que sé que me van a acompañar y voy a acompañar, pero no ya esos sacudones de antes.

# Comisión Provincial por la Memoria

Comité Contra la Tortura

## Presentación del informe El sistema de la crueldad II: Ojos que no ven



El martes 21 de noviembre, se presentó en el Colegio de Abogados de la ciudad de La Plata el libro *El sistema de la crueldad II: Ojos que no ven*. Se trata del segundo informe anual del Comité Contra la Tortura de la Comisión Provincial por la Memoria, en cuya elaboración participó un equipo de profesionales a cargo de Alejandro Mosquera y con la coordinación del Dr. Roberto Félix Cipriano García.

El informe recopila casos de violaciones a los DD.HH. por parte de las fuerzas de seguridad de la provincia de Buenos Aires, los ubica en su contexto socio-económico, cultural y político, y plantea medidas tendientes a terminar con lo que es designado como una realidad cruel, despiadada, ilegal e inhumana por el fiscal Hugo Cañón, integrante de la Comisión Provincial por la Memoria y autor de uno de los prólogos del libro. En otro de los prólogos, Martha Pelloni recuerda palabras del fallecido padre Carlos Cajade, quien decía a los chicos hay que cuidarlos, no matarlos, y plantea la responsabilidad social por la vulnera-

bilidad de los chicos y jóvenes en riesgo. El restante prólogo, del jurista holandés Theo Van Boven, presidente de la Asociación Holandesa de Derecho Internacional de Juristas, ex-relator de las Naciones Unidas para los DD.HH. y consultor académico de la Comisión Provincial por la Memoria, se refiere a la importancia de la adopción por parte de la Argentina del Protocolo Opcional Contra la Tortura y Otros Tratos Crueles Inhumanos y Degradantes.

Entre otros temas, el informe *Ojos que no ven* releva las condiciones de detención en cárceles, comisarías e institutos de menores, analiza el fenómeno de las prisiones preventivas masivas, las prácticas ilegales de la policía en el momento de detención y propone un seguimiento de la actuación de funcionarios del Poder Judicial. Además de presentar una serie de casos testigo minuciosamente relatados y documentados, plantea terminar con las prácticas judiciales, penitenciarias y policiales lesivas de los derechos humanos y afirma la necesidad de institucionalizar en todo el país mecanismos autónomos de control que permitan prevenir y combatir la tortura y otros tratos crueles y degradantes.

En la presentación, junto a Hugo Cañón, Martha Pelloni, Laura Conte, Víctor Mendibil, Elisa Carca, Alejandro Mosquera y Mauricio Tenenbaum -integrantes de la Comisión Provincial por la Memoria-, estuvieron el juez de la Corte Suprema de Justicia Eugenio Raúl Zaffaroni, representantes de la Comisión Interamericana de DD.HH. y el doctor Roberto Bergalli, de la Universidad de Barcelona.

Previamente, el informe había sido presentado al gobierno bonaerense. En representación del ingeniero agrónomo Felipe Solá, lo recibieron el ministro de gobierno, Mario Oporto y el secretario de DD.HH. Jorge Binstock. Al día siguiente de recibir el gobierno este informe cuya elaboración había llevado meses, el secretario de política penitenciaria Carlos Rotundo lo calificó ante los medios de prensa como “falaz e intencionalmente sesgado”, y aseguró que “desde que se intervino el Servicio Penitenciario Bonaerense hasta la fecha, se redujeron de 4800 a 3736 los detenidos en comisarías, y de 24.400 a 24.200 en las cárceles”.

## Encuentro Jóvenes y Memoria 2006

# Más de 1600 personas en el cierre



Del 23 al 30 de noviembre se realizó en el complejo turístico de Chapadmalal el encuentro de cierre del Programa Jóvenes y Memoria: Recordamos para el futuro. Este año, en su quinta convocatoria, participaron más de 100 escuelas polimodales de diferentes localidades de la provincia de Buenos Aires.

Durante una semana, jóvenes y docentes mostraron sus producciones finales, intercambiaron experiencias, y participaron en talleres de reflexión y producción.

En el cine del Hotel 8 se realizaron las presentaciones generales. Allí pudieron verse videos documentales y de ficción, obras de teatro, libros, murales, muestras fotográficas, páginas y cds multimedia; en otros, productos del trabajo de docentes y alumnos a lo largo de todo el año, que intentan aportar a la memoria de sus localidades de origen y a partir de ella, a la memoria de todos.

En paralelo a las presentaciones, funcionaron talleres de expresión y reflexión. En los primeros, la oferta fue desde el periodismo, con alumnos que hicieron día a día el periódico de Chapadmalal, como así también talleres de murga, escrituras de pancartas y realización audiovisual.

En los talleres de reflexión se trabajó sobre diferentes ejes temáticos vinculados tanto a la experiencia vivida por los jóvenes como a los temas abordados en cada una de las investigaciones. En estos talleres, el juicio a Miguel Etchecolatz y la desaparición de Julio López fueron dos ejes importantes de movilización y discusión para los jóvenes. En este sentido, y con la inquietud de anclar su mirada en el presente y manifestar sus opiniones sobre la actualidad, los jóvenes trabajaron en un taller con materiales publicados por la página web Memoria Completa y la carta enviada a ésta por el dictador Reynaldo Bignone. Tras varios días de debate y reflexión, redactaron el documento *Los jóvenes, la memoria y el futuro*, que fue leído en el acto de cierre (ver cuadro aparte).

## Los jóvenes, la memoria y el futuro



Somos parte de los 1.600 chicos de 98 escuelas, pertenecientes a 48 partidos de la provincia de Buenos Aires, que participamos del programa Jóvenes y Memoria organizado por la Comisión Provincial por la Memoria.

Queremos responder a lo dicho hace muy poco por el dictador Bignone y compartir algunas reflexiones con todos los demás jóvenes.

Como se recordará, en octubre pasado, en una carta enviada a la página web *Argentinos por la Memoria Completa*, que reivindica lo hecho por la dictadura, Bignone afirmó que los jóvenes que defienden al Proceso llevan adelante la *heroica quijotada de arremeter contra quienes, cargados de odio, deformaron la moderna historia argentina. Previno que la verdad se puede deformar u ocultar por un tiempo, pero al cabo aparece en toda su magnitud. Y por último alentó a sus jóvenes acólitos a que terminen lo que nosotros no supimos ni pudimos terminar.*

Nosotros creemos que la verdad que se intentó silenciar, pero al final salió a la luz, fue otra. No coincidimos acerca de cuáles fueron las auténticas *quijotadas*. Y estamos convencidos de que otras son también las cosas que quedaron inconclusas y que vale la pena retomar.

El poder, en manos de los que se creyeron salvadores de la patria, trató de imponer su verdad sin más *fundamento* que el secuestro, la tortura y el asesinato. Nosotros defendemos otra verdad: la de que se implantaron, ya desde antes del golpe del '76, la represión clandestina, las desapariciones, el terrorismo de estado. Una verdad que salió a la luz gracias a los que resistieron y lucharon, poniendo en juego sus propias vidas, para que todos conocieran lo que

sucedía y fuera posible reclamar justicia.

Una *quijotada* es, en realidad, una acción heroica en defensa de un ideal. Entre los auténticos quijotes de ayer se encuentran los jóvenes de los '60 y los '70, que perseguían un cambio social y la existencia de un orden más justo. También son quijotes los que luchan por la liberación de América Latina, como antes Zapata, Sandino o el Che Guevara, o como ahora el Subcomandante Marcos. Verdaderos quijotes de hoy son los que siguen luchando por una vigencia real de los derechos humanos.

Es cierto que quedaron muchas cosas sin terminar. Hay que retomar, por ejemplo, todas las luchas que buscan la igualdad y aportan para la construcción de una democracia sustantiva. Para nosotros, no hay democracia verdadera sin justicia social, y no hay justicia social posible donde rigen el capitalismo y el imperialismo. Tenemos que recuperar la capacidad de reflexionar, de pensar en el otro, de ser solidarios, de comprometernos socialmente y de ir más allá del individualismo. Y debemos ser conscientes de que es muy difícil que ello suceda en la medida en que un sector de la juventud sólo esté interesado por el consumo y sea víctima de la imbecilización que promueve la publicidad y gran parte de los medios de comunicación. Sabemos que los jóvenes son, de por sí, rebeldes, pero observamos que en la actualidad no siempre aciertan en el modo en el que canalizan su rebeldía.

Por último, no queremos concluir sin hacer referencia al caso de Jorge Julio López. Estamos ante el primer desaparecido que vuelve a desaparecer en democracia. Eso nos demuestra cuánta democracia todavía nos falta conseguir. Se trata de un intento de imponer otra vez el miedo que pretende intimidarnos con el fantasma de que todo se puede volver a repetir. Pero no podemos permitirnos retroceder. Porque el miedo no puede volver a imponerse. Porque esta vez no nos podemos callar. Porque nadie tiene que volver a desaparecer, reclamamos la aparición con vida de Jorge Julio López.

David (16 años), Nahuel (17), Julieta (18), Juliana (17), Fernando (19), Débora (19), Sebastián(17), Belén(16), Daniela(17), Pablo (18), Nazareno(16), Camila(17), Jéssyca (16), Adrián (18)